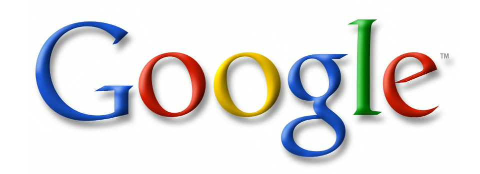
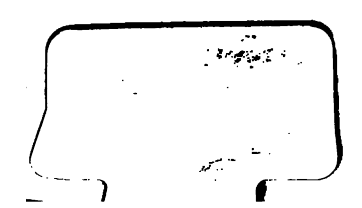
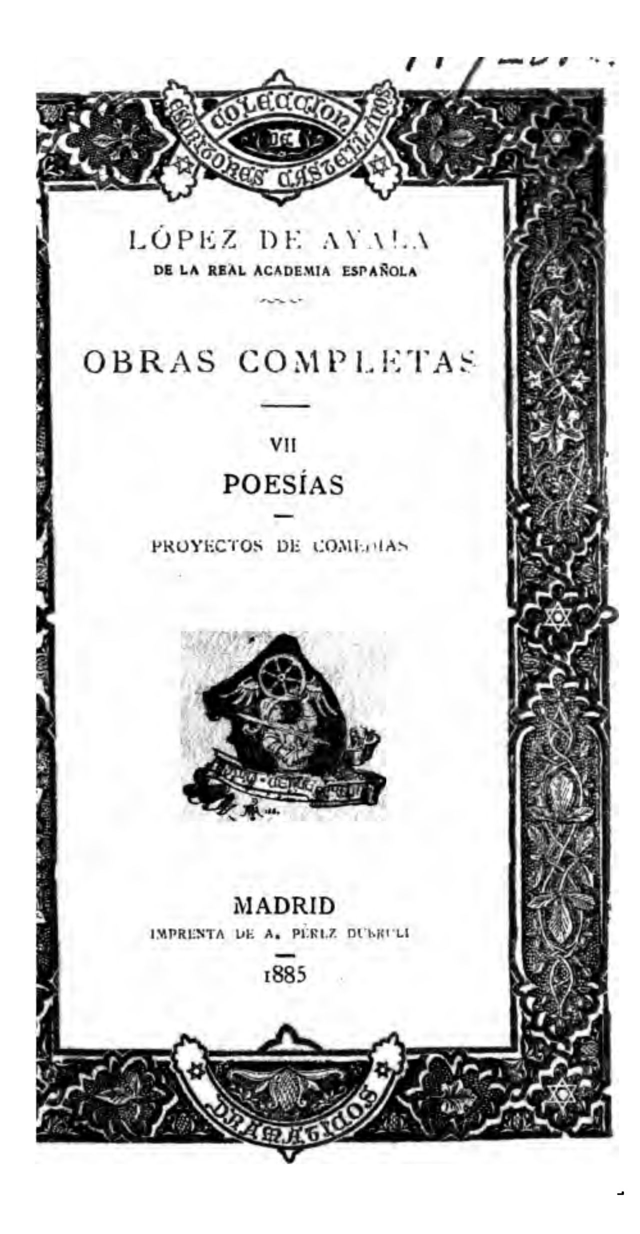








LÓPEZ DE AYALA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

OBRAS COMPLETAS

VII

POESÍAS

PROYECTOS DE COMEDIAS

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
1885

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

DRAMÁTICOS

- XXXII -



OBRAS COMPLETAS

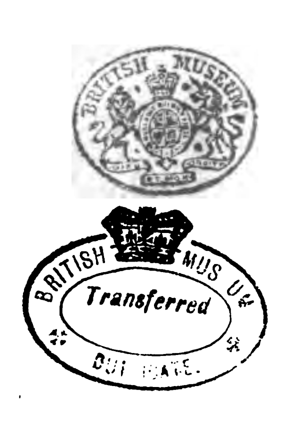
DE

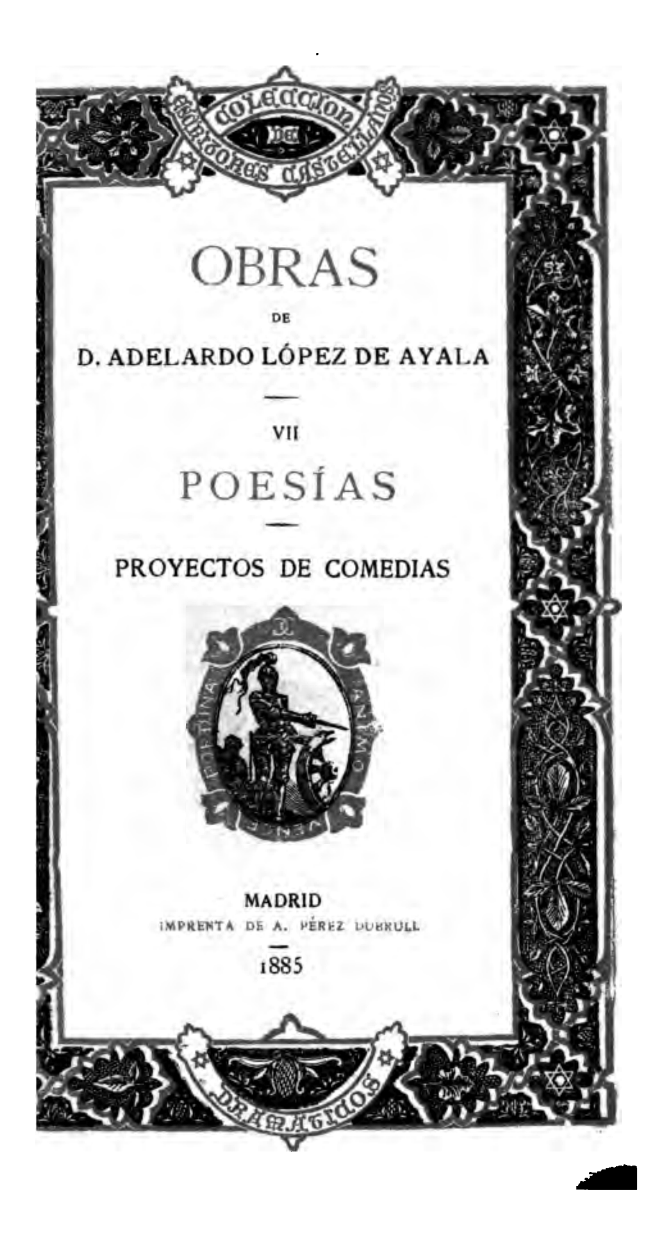
D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

VII

POESÍAS

PROYECTOS DE COMEDIAS


BRITISH MUSEUM
Transferred



OBRAS

DE

D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

VII

POESÍAS

PROYECTOS DE COMEDIAS

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL

1885

TIRADAS ESPECIALES

2	ejemplares	en vitela....................	*(Vendidos.)*		
6	»	en pergamino................	α	á	ς
22	»	en papel china...............	*I*	á	*XXII*
32	»	en papel Whatman...........	*A*	á	*DD*
32	»	en papel Original Turkey-Mill..	*a*	á	*dd*
200	»	en papel de hilo...............	1	á	200







ADVERTENCIA

DEL COLECCIONADOR

EN *el* primer *tomo de estas* OBRAS *anunció el insigne Sr. Tamayo que el* último *contendría la* BIOGRAFÍA DE AYALA *y el* JUICIO CRÍTICO DE SUS OBRAS, *escritos por la docta pluma del Sr. Cañete; y cumplida quedará de fijo aquella agradable promesa en el ya preparado volumen de* PROSA LITERARIA Y POLÍTICA, *con que terminará la presente publicación.*

Mencionó también el mismo Sr. Tamayo el nombre de todos los amigos del malogrado ingenio que habían contribuido á reunir, compulsar, etc., sus OBRAS DRAMÁTICAS *conocidas del público; y hoy nos honramos nosotros al declarar que después nos ha tocado alguna parte en la tarea, á la par triste y dulce,*

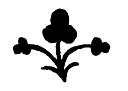
de juntar y coordinar las POESÍAS DE AYALA, *y, sobre todo, en el trabajo ímprobo de esclarecer y deslindar el maremagnum de notas, apuntes y borradores referentes á los* DRAMAS, COMEDIAS Y ZARZUELAS QUE TENÍA PENSADO ESCRIBIR, *y de cuyos conceptos embrionarios muchas veces nos habia dado conocimiento á los que nos ufanábamos con su intimidad y cariño desde los primeros años de la adolescencia.*

Ocioso es, por lo demás, añadir que todos los trabajos del autor de RIOJA *contenidos en el tomo que hoy sale á luz, así las* POESÍAS *como los* PROYECTOS DE COMEDIAS, *son interesantísimos, no sólo por tratarse de versos que nunca habian sido coleccionados, y que era muy difícil encontrar, ó de profundos estudios sociales y artísticos totalmente inéditos, sino porque abarcan toda la vida literaria del gran poeta, desde que, á la edad de quince años, en las montuosas soledades de Guadalcanal (donde habia nacido el 1.º de Mayo de 1829), ensayaba las cuerdas de oro de su lira, hasta que, en el altísimo puesto de Presidente del Congreso de los Diputados, espiraba el 30 de Diciembre de 1879; dia inolvidable, en que el majestuoso cañón nacional, presumiendo cumplir cancilleresco deber con un encumbrado repúblico, daba tan merecidos y solemnes adioses al vate laureado, autor de* EL TEJADO DE VIDRIO *y de* EL TANTO POR CIENTO.

En lugar oportuno insertaremos otras Advertencias *relativas á sus* PROYECTOS DE COMEDIAS. — *Terminaremos aquí diciendo, respecto de sus* POESÍAS, *que no hemos excluído de esta colección càsi ninguna tentativa de la primera juventud; pues hemos considerado que, tratándose de tan peregrino y simpático ingenio, todo era respetable y de gran interés para la Patria; fuera de que el magnífico ramillete de* Sonetos *con que empieza el tomo y las dos hermosas* Epístolas *que les siguen, una de ellas dirigida á D. Emilio Arrieta y la otra á D. Mariano Zabalburu, bastan á acreditar á Ayala de soberano poeta lírico; del propio modo que una ó dos composiciones de reconocido mérito bastaron para dar á varios poetas de edades pasadas imperecedera gloria en nuestro Parnaso.*

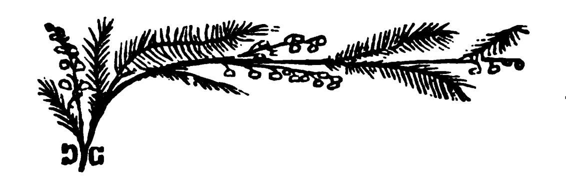
P. A. DE ALARCON.

Mayo de 1885.



POESÍAS

SONETOS AMOROSOS



SIN PALABRAS

Mil veces con palabras de dulzura
Esta pasión comunicarte ansío:
Mas ¿qué palabras hallaré, bien mío,
Que no haya profanado la impostura?

Penetre en ti callada mi ternura,
Sin detenerse en el menor desvío;
Como rayo de luna en claro río,
Como aroma sutil en aura pura.

Ábreme el alma silenciosamente,
Y déjame que inunde satisfecho
Sus regiones, de amor y encanto llenas....

Fiel pensamiento, animaré tu mente;
Afecto dulce, viviré en tu pecho;
Llama suave, correré en tus venas.

MI PENSAMIENTO

(EN MIS DÍAS.)

Bendigo el pensamiento, que no cesa
De abrasarse en tus ojos seductores,
Y alado, como el dios de los amores,
Siempre á tu oído mi pasión te expresa :

Que te sigue constante, y se embelesa
En vagar por las hojas de tus flores,
Y te abraza, á pesar de tus rigores,
Y cuanto más te enojas, más te besa.

Pájaro que del vuelo sostenido
Gime cansado, reposar ansía
Entre las pajas del oculto nido....

¡Oh Madre del Amor! En este día
Confúndanse en un trémulo gemido
Mi pensamiento y la adorada mía.

AL OÍDO

Déjame penetrar por este oído,
Camino de mi bien el más derecho,
Y en el rincón más hondo de tu pecho
Deja que labre mi amoroso nido.

Feliz eternamente y escondido,
Viviré de ocuparlo satisfecho....
¡De tantos mundos como Dios ha hecho,
Este espacio no más á Dios le pido!

Ya no codicio fama dilatada,
Ni el aplauso que sigue á la victoria,
Ni la gloria de tantos codiciada....

Quiero cifrar mi fama en tu memoria;
Quiero encontrar mi aplauso en tu mirada;
Y en tus brazos de amor toda mi gloria.

Á UN PIE

El pie más lindo que acaricia el suelo
Jugaba ante mi vista complacida:
Yo, con mano dichosa y atrevida,
De un espacio mayor levanté el velo.

Bella columna descubrió mi anhelo,
Por los mismos amores construída,
Como, del recio vendaval movida,
Se abre la nube, y se descubre el cielo.

Detenido en las puertas de la gloria,
Aguardo á que el amor quiera propicio
Dilatar en sus reinos mi victoria.

Y hoy, recordando tan gallardo indicio,
Mil veces se complace mi memoria
En dibujar completo el edificio.

Á UNOS PIES

Me parecen tus pies, cuando diviso
Que la falda traspasan y bordean,
Dos niños que traviesos juguetean
En el mismo dintel del Paraíso.

Quiso el amor, y mi fortuna quiso,
Que ellos el fiel de mi esperanza sean:
De pronto, cuando salen, me recrean;
Cuando se van, me afligen de improviso.

¡Oh pies idolatrados! ¡Yo os imploro!
Y pues sabéis mover todo el palacio
Por quien el alma enamorada gime,

Traed á mi regazo mi tesoro,
Y yo os aliviaré por largo espacio
Del riquísimo peso que os oprime.

Á UNA BAÑISTA

¡Quién fuera el mar, que enamorado espera
Que tu cuerpo interrumpa su llanura
Y rodear tu espléndida hermosura
De un abrazo y á un tiempo toda entera!

Si yo en sus aguas infundir pudiera
El alma ardiente que adorarte jura,
En muestra de mi amor y mi ventura
Te alzara en triunfo á la celeste esfera.

Y, al descender con mi tesoro, ufano,
Convirtiendo la líquida montaña
En olas que anunciaran mi alegría,

En las costas del reino lusitano,
Y en África, y América, y Bretaña,
Mi grito de placer resonaría.

Á UNA BAÑISTA

¡Quién fuera el mar, que enamorado espera
Que tu cuerpo interrumpa su llanura
Y rodear tu espléndida hermosura
De un abrazo y á un tiempo toda entera!

Si yo en sus aguas infundir pudiera
El alma ardiente que adorarte jura,
En muestra de mi amor y mi ventura
Te alzara en triunfo á la celeste esfera.

Y, al descender con mi tesoro, ufano,
Convirtiendo la líquida montaña
En olas que anunciaran mi alegría,

En las costas del reino lusitano,
Y en África, y América, y Bretaña,
Mi grito de placer resonaría.

EL SOL Y LA NOCHE

Encendido en sus propias llamaradas,
La sed devora al luminar del día,
Y, eterno amante de la noche fría,
Persigue sus espaldas enlutadas.

Ansioso de sus sombras regaladas,
En vano corre la abrasada vía:
Que él mismo va poniendo el bien que ansía
Donde nunca penetran sus miradas.

La dicha ausente, y el afán consigo,
Arde y redobla su imposible instancia,
Llevando en sus entrañas su enemigo....—

¡Así corro con bárbara constancia,
Y siempre encuentro mi ansiedad conmigo
Y el bien ansiado á la mayor distancia!

AUSENCIA

La piedra imán recibe de una estrella
El influjo en que busca su gobierno
La nave audaz , y, en éxtasis eterno,
Contempla enamorada su luz bella.

Siente en su espalda el mar la blanda huella
De la luna gentil , y, amante tierno,
Suspira y gime, ó, con furor interno,
En cien montañas á la par se estrella.

¡Ama una flor al luminar del día;
Dispersas y apartadas, sus amores
Se comunican las flexibles palmas....—

¿Por qué, ausente, no escuchas la voz mía?
¿Por qué sienten mejor el mar , las flores,
Y hasta las mismas piedras que las almas?



MIS DESEOS

Quisiera adivinarte los antojos,
Y de súbito en ellos transformarme;
Ser tu sueño, y callado apoderarme
De todos tus riquísimos despojos:

Aire sutil que con tus labios rojos
Tuvieras que beberme y respirarme:
Quisiera ser tu alma, y asomarme
Á las claras ventanas de tus ojos.

Quisiera ser la música que en calma
Te adula el corazón: mas si constante
Mi fe consigue la escondida palma,

Ni aire sutil, ni sueño penetrante,
Ni música de amor, ni ser tu alma,
Nada es tan dulce como ser tu amante.

EN LA DUDA....

—

«*Para ti, cuanto quieras....*» —Te confieso
Que, al leer estas letras de tu mano,
Quedé como el avaro que cercano
Viera el tesoro que guardaba Creso.

Recordé de tu boca el dulce beso,
De tus ojos el fuego soberano,
Tu pródiga hermosura, y el arcano
En que el amor se enciende y vive preso.

Si es verdad que á que elija te acomodas
Entre más joyas que mujer alguna
Llevó jamás para alegrar sus bodas,

Yo dudoso entre tantas, ¡oh fortuna!,
Todas las quiero, todas, todas, todas....
¡Pero, por Dios, que no me falte una!

—

LA CITA

¡ Es ella !.... Amor sus pasos encamina....
Siento el blando rumor de su vestido....
Cual cielo por el rayo dividido,
Mi espíritu de pronto se ilumina.

Mil ansias, con la dicha repentina,
Se agitan en mi pecho conmovido,
Cual bullen los polluelos en el nido
Cuando la tierna madre se avecina.

¡ Mi bien ! ¡ mi amor ! : ¡ por la encendida y clara
Mirada de tus ojos, con anhelo
Penetra el alma, de tu ser avara !....

¡ Ay ! ¡ ni el ángel caído más consuelo
Pudiera disfrutar, si penetrara
Segunda vez en la región del cielo !

PREVISIÓN INÚTIL

Yo vi, y aun me parece que la veo,
Su mirada en amores encendida,
Y entre mis manos, quieta y complacida,
Su mano cual riquísimo trofeo.

Yo vi sus labios de sabor hybleo
Brindar risueños celestial bebida....
¡Yo vi rasgado el cielo y prometida
Toda la dicha que soñó el deseo!

Cantaba el alma, al presentir su gloria,
Cual bosque alegre cuando el sol avanza
Arrollando la noche en su victoria....

¡Todo cambió!.... ¡Trocóse la bonanza
En tempestad!.... — ¡Infierno es la memoria
Donde pena un amor sin esperanza!

EL OLVIDO

¿Por qué me has olvidado? ¿Por qué, ingrata,
Niegas tu corazón á mi gemido,
Y, afligiendo mi pecho comprimido,
Tu inhumano silencio se dilata?

No le roba la muerte al que arrebata,
Ni el nombre ni el recuerdo agradecido....—
¡Tumba sin epitafio es el olvido,
Que traga al muerto y hasta el nombre mata!—

¡Háblame, por piedad; aunque al hablarme
Destruyas mi esperanza y sea mi suerte
Vivir llorando tu rigor eterno!....

Acuérdate siquiera de matarme;
Que odio más el olvido que la muerte,
Y más temo la nada que el infierno.

INSULTO

Yo perdonara la traición artera,
Huésped eterno de tu pecho ingrato,
Si alguna vez en tu amoroso trato
Me hubieses dicho una verdad siquiera.

¿Yo perdonarte, infame?.... ¡Cuando adquiera
Todos los bienes que te di insensato,
El ardor de mi cándido arrebato,
El noble arranque de mi edad primera!

¡Pido al cielo que, en cambio de tu calma
Te dé mi pena, y que tu pecho herido,
Llore con sangre la perdida palma!....

Mas ¡ay! en vano la venganza pido;
Que estos males se sienten en el alma,
¡Y tú, perversa, nunca la has tenido!

Á LA MISMA

—

(EN ESTILO MÁS PROPIO DEL ASUNTO.)

Dices que la conciencia te provoca
Á contarme por fin lo sucedido;
Que es verdad el recelo que he tenido,
Y con fulano me ofendiste loca....

¡Y me pides perdón!.... ¡Á mí me toca
Demandarlo de ti, que injusto he sido;
Pues que nunca posible había creído
Que una verdad saliese de tu boca!

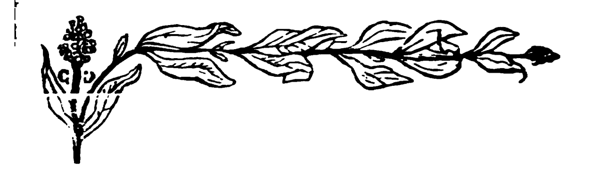
Y tú imaginas, de rubor turbada,
Que hoy mi desprecio con razón comienza,
¡Cuando nunca te he visto tan honrada!....

Mas no es extraño que el pudor te venza;
Que el hacer algo bueno es humorada
Que ha de costarte un poco de vergüenza.





SONETOS VARIOS



Á CARMELA

(EN CAMINO DE SER MADRE POR SEGUNDA VEZ.)

¡Vengan hijos de ti, cuya ternura
Se hará apacible del vivir la senda,
Si luce en cada uno alguna prenda
De tantas como adornan tu hermosura!

Imiten los varones la bravura
Con que al potro andaluz sueltas la rienda;
Y enamore en las hembras y suspenda
Tu dulce trato, tu virtud segura.

Mire el mundo sin fin reproducidas
Tu faz hermosa, tus contornos bellos,
Alma sencilla y corazón valiente:

Y en tus nietos tus gracias esparcidas,
La edad futura te amará por ellos,
Como por ti te adora la presente.

Á MI HERMANA JOSEFA

(EN SU CUMPLEAÑOS.)

¡Un año más!.... No mires con desvelo
La carrera veloz del tiempo alado,
Que un año más en la virtud pasado
Un paso es más que te aproxima al cielo.

Llora, sí, con amargo desconsuelo
(Pues bastante jamás lo habrás llorado)
El año que al morir te haya dejado
De alguna falta el interior recelo....

Que el tiempo que bien obres no es perdido;
Pues los años de paz, hermana mía,
Que en la santa virtud habrás vivido,

Se convierten en siglos de alegría
En el eterno edén que hay prometido
Al alma justa que en su Dios confía.

1867.

IMPROVISACIÓN

(Á UNA PRIMA MÍA MUY BELLA, QUE ME ESTIMULABA, CON PAPEL Y PLUMA DELANTE, Á QUE ESCRIBIESE UN SONETO GUERRERO.)

Tomar pretendo la expresión guerrera :
Miro la luz de tus brillantes ojos,
Y al punto se convierten mis enojos
En endecha meliflua y lisonjera.

Me animo, y pienso, cual la vez primera,
En batallas, soldados y despojos.... :
Te contemplo otra vez, y mis arrojos
Otra vez se derriten cual la cera.

Guerras ya de mi numen no demando :
Mas tú no formes contra mí querella,
Si voy tus peticiones dilatando :

Culpa no más á la piadosa estrella
Que á mí me diera corazón tan blando,
Ó á ti, primita, te formó tan bella.

SEVILLA, 1849.

AL REMITIR Á UNA SEÑORITA

UN TOMO DE BIOGRAFÍAS DE MÚSICOS CÉLEBRES.

Aunque el solo teatro tu alma fuera
De tantos genios y de numen tanto;
Aunque por sólo fruto de su canto
Una lágrima tuya se vertiera;

Recordaran con gozo en la alta esfera
Su vida transitoria y su quebranto,
Y sintieran de nuevo el dulce encanto
De la sublime inspiración primera.

Tú sola bastas á colmar su anhelo,
Y bastas á su premio y su ventura,
Y á fijar sus miradas en el suelo:

Que ni el amor que persuadir procura,
Ni el arte, ni la fe, ni el mismo cielo,
Tienen templo mejor que un alma pura.

Á SARA

Noé, segundo Adán de los mortales,
De turba irracional acompañado,
En el arca famosa anduvo á nado
Hasta que vió pacíficas señales.

En la ausencia, que es arca de mis males,
Me encierran tu rigor y desagrado,
De mil remordimientos acosado,
Que son los más feroces animales.

Con esta carta, á guisa de paloma,
Tímidamente me aventuro, y pruebo
Si se ha calmado el mar de tus enojos....

Dímelo por piedad; que, si no asoma
La pacífica oliva, no me atrevo
Á presentarme á tus divinos ojos.

Á ISABEL [1]

De Málaga la tierra encantadora
Puso en tu frente cuantas rosas cría,
Y el espléndido sol de Andalucía
En tus ardientes ojos se atesora.

Cuando la risa endulza y aminora
El rayo audaz que tu mirada envía,
El alma se estremece de alegría,
Bañada en luz de la primer aurora.

Un espejo te mando.... — ¡Error profundo! —
Si al retratarte, el gozo te despierta
De admirar en tu rostro un paraíso,

Mustio después encontrarás el mundo,
Y temo que el espejo se convierta
En la encantada fuente de Narciso.

[1] Es el primer borrador de un soneto improvisado. No hay que murmurar, que yo lo corregiré el año que viene.
(Nota del Autor en el álbum de la interesada.)

Á EMILIA,

SUPLICÁNDOLE QUE CANTE EL «AVE MARÍA,» DE SCHUBERT.

Cuando cantas en dulce melodía
La Oración de la Virgen, me parece
Que otra vez el Arcángel aparece
Y se postra á las plantas de María.

De aquel hondo misterio la alegría
Mi espíritu levanta y ennoblece;
La niebla se disipa, y se esclarece
La estrecha senda que al Empíreo guía.

Hoy que tu pura voz ha enmudecido,
Entre el cielo y el mundo denso velo
Van poniendo las sombras del olvido....

¡Ay! Canta, Emilia, que escucharte anhelo,
Para mirar de nuevo establecido
El contacto del mundo con el cielo.

Á ANTONIO

(EL AÑO QUE SE PROHIBIÓ LA FUNCIÓN CÍVICO-RELIGIOSA DEL DOS DE MAYO.)

Grande llaman, Antonio, — ¡qué simpleza! —
Á los que mueren por la patria cara....
¿Ves qué manera tan inculta y rara
Tiene la plebe de adquirir grandeza?

Mete por esos hierros la cabeza;
Derriba la columna, rompe el ara:
Si te falta valor, vuelve la cara;
Que, de espaldas, asusta tu fiereza.

¡Murieron de arrojados é inexpertos!....
Y ¿han de estar, por tan fútiles motivos,
De grandeza y honor siempre cubiertos?

¡Acaben los recuerdos aflictivos!
¿Qué importan las cenizas de los muertos
Á quien vende la sangre de los vivos?

PLEGARIA [1]

—

¡Dame, Señor, la firme voluntad,
Compañera y sostén de la virtud;
La que sabe en el golfo hallar quietud
Y en medio de las sombras claridad:

La que trueca en tesón la veleidad
Y el ocio en perenal solicitud,
Y las ásperas fiebres en salud,
Y los torpes engaños en verdad!

Y así conseguirá mi corazón
Que los favores que á tu amor debí,
Te ofrezcan algún fruto en galardón....

Y aun tú, Señor, conseguirás así
Que no llegue á romper mi confusión
La imagen tuya que pusiste en mí.

[1] Todos los años, en el suntuoso Funeral que se dedica en la parroquia de San José de esta corte á la memoria del malogrado Ayala, los mejores artistas residentes en Madrid cantan este inspirado *soneto*, grandiosamente puesto en música por el Sr. D. Emilio Arrieta.



POESÍAS VARIAS.



EPÍSTOLA

Á EMILIO ARRIETA.

De nuestra gran virtud y fortaleza
Al mundo hacemos con placer testigo:
Las ruindades del alma y su flaqueza
Sólo se cuentan al secreto amigo.
De mi ardiente ansiedad y mi tristeza
Á solas quiero razonar contigo:
Rasgue á su alma sin pudor el velo
Quien busque admiración y no consuelo.

No quiera Dios que en rimas insolentes
De mi pesar al mundo le dé indicios,
Imitando á esos genios impudentes
Que alzan la voz para cantar sus vicios.
Yo busco, retirado de las gentes,
De la amistad los dulces beneficios:
No hay causa ni razón que me convenza
De que es genio la falta de vergüenza.

En esta humilde y escondida estancia,
Donde aún resuenan con medroso acento
Los primeros sollozos de mi infancia
Y de mi padre el postrimer lamento;
Esclarecido el mundo á la distancia
Á que de aquí le mira el pensamiento,
Se eleva la verdad que amaba tanto;
Y, antes que afecto, me produce espanto.

Aquí, aumentando mi congoja fiera,
Mi edad pasada y la presente miro.
La limpia voz de mi virtud entera,
Hoy convertida en áspero suspiro,
Y el noble aliento de mi edad primera,
Trocado en la ansiedad con que respiro,
Claro publican dentro de mi pecho
Lo que hizo Dios y lo que el mundo ha he

Me dotaron los cielos de profundo
Amor al bien y de valor bastante
Para exponer al embriagado mundo
Del vicio vil el sórdido semblante;
Y al ver que imbécil en el cieno hundo
De mi existencia la misión brillante,
Me parece que el hombre en voz confusa
Me pide el robo y de ladrón me acusa.

Y estos salvajes montes corpulentos,
Fieles amigos de la infancia mía,
Que con la voz de los airados vientos
Me hablaban de virtud y de energía,
Hoy con duros semblantes macilentos

Contemplan mi abandono y cobardía,
Y gimen de dolor, y cuando braman,
Ingrato y débil y traidor me llaman.

Tal vez á la batalla me apercibo;
Dudo de mi constancia, y de esta duda
Toma ocasión el vicio ejecutivo
Para moverme guerra más sañuda;
Y, cuando débil el combate esquivo,
«Mañana, digo, llegará en mi ayuda;»
¡Y *mañana* es la muerte, y mi ansia vana
Deja mi redención para mañana!

Perdido tengo el crédito conmigo,
Y avanza cual gangrena el desaliento:
Conozco y aborrezco á mi enemigo,
Y en sus brazos me arrojo soñoliento.
La conciencia el deleite que consigo
Perturba siempre: sofocar su acento
Quiere el placer, y, lleno de impaciencia,
Ni gozo el mal ni aplaco la conciencia.

Inquieto, vacilante, confundido
Con la múltiple forma del deseo,
Impávido una vez, otra corrido
Del vergonzoso estado en que me veo,
Al mismo Dios contemplo arrepentido
De darme un alma que tan mal empleo:
La hacienda que he perdido no era mía,
Y el deshonor los tuétanos me enfría.

Aquí, revuelto en la fatal madeja

Del torpe amor, disipador cansado
Del tiempo, que al pasar sólo me deja
El disgusto de haberlo malgastado;
Si el hondo afán con que de mí se queja
Todo mi ser, me tiene desvelado,
¿Por qué no es antes noble impedimentc
Lo que es después atroz remordimiento?

¡Valor! y que resulte de mi daño
Fecundo el bien: que de la edad perdida
Brote la clara luz del desengaño,
Iluminando mi razón dormida:
Para vivir me basta con un año;
Que envejecer no es alargar la vida:
¡Joven murió tal vez que eterno ha sido,
Y viejos mueren sin haber vivido!

Que tu voz, queridísimo Emiliano,
Me mantenga seguro en mi porfía;
Y así el Creador, que con tan larga mano
Te regaló fecunda fantasía,
Te enriquezca, mostrándote el arcano
De su eterna y espléndida armonía;
Tanto, que el hombre, en su placer ó duel
Tu canto elija para hablar al cielo.

Los ecos de la cándida alborada,
Que al mundo anima en blando movimient
Te demuestren del alma enamorada
El dulce anhelo y el primer acento;
El rumor de la noche sosegada,
La noble gravedad del pensamiento,

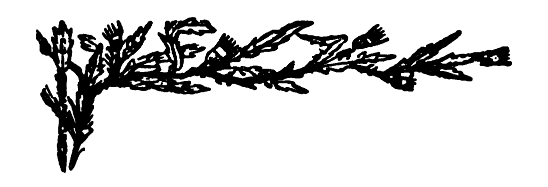
Y las quejas del ábrego sombrío,
La ronca voz del corazón impío.

Y el gran torrente que, con pena tanta,
Por las quiebras del hondo precipicio
Rugiendo de amargura, se quebranta,
Deje en tu alma verdadero indicio
De la virtud, que gime y se abrillanta
En las quiebras del rudo sacrificio,
Y en tu canto resuenen juntamente
El bien futuro y el dolor presente.

Y en las férvidas olas impelidas
Del huracán, que asalta las estrellas,
Y rebraman, mostrando embravecidas
Que el aliento de Dios se encierra en ellas,
Aprendas las canciones dirigidas
Al que para en su curso las centellas,
Y resuene tu voz de polo á polo,
De su grandeza intérprete tú solo.

Guadalcanal 5 de Octubre de 1856.





EPÍSTOLA

AL EXCMO. SR. D. MARIANO ZABALBURU.

Hoy recibo tu carta y la contesto:
Hoy, *veintidos de Junio* [1], fecha impía,
De recuerdo amarguísimo y funesto,

Que hiere mi azorada fantasía
Cual siniestra visión, y reverdece
Todo el horror de tan infausto día.

Y que siento agitarse, me parece,
La chusma que, doquiera voluntaria,
Á la cita del mal pronta se ofrece;

Y que grita, y se extiende, y, torpe y varia,
Sus pupilas revuelve enrojecidas,
Y antes de combatir, ya es sanguinaria.

[1] Aniversario de la sangrienta refriega habida en Madrid el año de 1866.

¡Siento chocar las piedras removidas,
Y del odio las torvas construcciones,
Cerrando el paso, vomitar erguidas

Tiros, blasfemias, risas, maldiciones!
Vertido, en fin, en medio de la plaza,
El interior de infectos corazones,

Escucho la colérica amenaza
De turba clamorosa (que ahora lleva,
Sumisa como el perro, su mordaza);

Y que mengua el furor y se renueva;
Y el grito, siempre infame y repulsivo,
De soldadesca vil que se subleva;

Y enronquecer bramando el odio vivo,
Y dominar el alto clamoreo
La indignación del bronce represivo.

Mas sólo, aunque la busco y la deseo,
Razón que la contienda justifique,
Ni entonces la encontré, ni ahora la veo.

¡No, no era aquel un pueblo, que en despi
De su opresión, en súbito trastorno
Pone la sociedad, rompiendo el dique!

Así no vimos inflamarse el horno
Al rebosar la copa de la ira,
Sino al cerrar sus tratos el soborno.

Hija fué del despecho y la mentira
Aquella lid; su sangre no se enjuga,
Y renueva el dolor que nos inspira.

¡Nos trajo la opresión que nos subyuga!
¡Comenzó por el vil asesinato,
Y terminó por la cobarde fuga!

Mañana, el impostor y el insensato
Pintarán como hazaña meritoria
La explosión de la intriga y el contrato;

Mas nunca la conciencia ni la historia
Consentirán que tan estéril luto
Ocupe sin horror nuestra memoria.

Acaso pensarás, no lo disputo,
Que es *una fecha* causa muy liviana
Para romper en trágico *exabruto*....—

Aunque tengas razón, guardo mi plana,
Pues juzgo que escribimos á un amigo
Para decir lo que nos da la gana.

Siento de corazón, siento contigo
El fiero malestar que te lastima,
Implacable y doméstico enemigo.

Yo también, Mariano, llevo encima
Mis achaques, y á veces me provocan
Á tener el vivir en poca estima;

Mas no busco las aguas que te embocan;
Pues sólo quiero ya las de aquel río
Que convierten en piedra lo que tocan.—

De todas las demás poco me fío,
Y en su gran eficacia ya no creo,
Aconsejado de tu mal y el mío.

Ni tengo que buscar las del Leteo;
Porque en este genial que Dios me ha dado
Abundantes y claras las poseo!

Las aguas del Jordán, santificado
Con los pies del Señor, son medicina
Para curar las llagas del pecado....

Mas la termal, sulfúrea y alcalina,
Me recuerdan aquellas misteriosas
Aguas de la probática piscina:

Llegaban, como sabes, las leprosas
Turbas, con ansiedad descomedida,
De mudarse el pellejo codiciosas.

Era el agua de un ángel removida;
Mas sólo el que lograba entrar primero
Cobraba la salud apetecida.

Pongo en lugar del ángel, el bañero,
Y los mismos, idénticos encantos,
En las casas de baños considero....

¡Acuden á las aguas no sé cuántos,
Y, de cada diez mil, uno se cura,
No por curarse, por burlar á tantos!

Me llaman á almorzar con gran premura. —
Perdona.... Me levanto; el paso tuerzo,
Y al comedor me voy en derechura.—

Volveré cuando tome algún refuerzo.—
¡Ojalá que lo mismo que en Lisboa
Me vinieras á ver mientras almuerzo!

Este papel, como serpiente boa,
Me solicita, y con afecto nuevo
A ti dirijo la olvidada proa.—

Muchos tercetos engarzados llevo....
Dirás que he sido tardo, mas no corto;
Pues te pago más versos que te debo.

Saliste de Lisboa para Oporto:
Apunto allí, para tirarte al vuelo,
Cuando en Alhama te contemplo absorto....—

¡Suelta, pájaro errante, en algún suelo
Las alas de tus pies, que esa vagancia
Engendra desamor y desconsuelo!—

Con incansable aliento é inconstancia
Menudamente tu vivir repartes,
Burlando la frontera y la distancia.

De pronto llegas y de prisa partes,
Y vives en el coche y en la fonda,
Natural y extranjero en todas partes.

¿No te cansan la bulla y trapisonda
Del hotel y la enorme comitiva
De mesa larga, que llamáis redonda?

¿Estarás ya en Alhama? Esta misiva
Te suelto á la ventura, cual se suelta
El galgo tras la liebre fugitiva....

Ya la miro partir, correr, dar vuelta
Por el mundo, y, tu huella olfateando,
Pararse un rato y proseguir resuelta.—

Si, aunque falta de aliento y jadeando,
Te consigue agarrar por el pescuezo
(Nadie puede saber dónde ni cuándo),

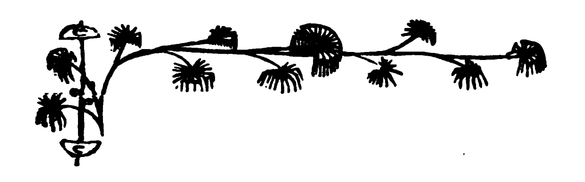
Estas coplas leerás que te enderezo,
No, como tú, forzado del hastío....
(Renglón qne hace el efecto de un bostezo)

Sino por renovar al pecho mío
El placer que en amarte experimenta ;
Pues yo te quiero bien, aunque eres frío.—

Dios te guarde, y ajústame la cuenta :
Versos me debes, y la vuelta aguardo....
Para ; cuídate ; sana, y siempre cuenta
Con el firme cariño de

ADELARDO.





MUSA PICARESCA

ROMANCE.

¿ Es posible que desdeñes
Mi amor, porque eres devota,
Cuando yo sólo te pido
Obras de misericordia ? —
Tú verás, si atentamente
De mis dolores te informas,
Que en mí puedes, vida mía,
Ejercerlas casi todas.
Enseñar al que no sabe
Es obligación piadosa....
¡ Haz tú que mi amor aprenda
De ti lo mucho que ignora !....
Yo no sé qué sabor tienen
Tus palabras amorosas,
Ni el encanto de tus brazos
Cuando amantes aprisionan,
Ni los rayos de tus ojos,
Ni los ayes de tu boca....
¡ Sácame de esta ignorancia,

Que me mata de congoja,
Y enséñame, pues ignoro
Tantas dulcísimas cosas! —
  Dame, dame el buen consejo
Que ha menester quien te adora,
Para saber de qué modo
Se cambia un alma por otra....—
Y corrígeme, si yerro....:
¡ Verás mi obediencia, pronta.
Buscar la senda más breve
Que en tu pecho desemboca !
  Perdóname, si te injuria
Mi pasión impetuosa,
Pues sabes al que ama mucho
Lo mucho que le perdonan. —
Y no me niegues al menos,
Cuando la pena me agobia,
Que de consolar al triste
Te ofrezco ocasión notoria....—
Mas, si es flaqueza el quererte,
Con paciencia la soporta,
Y á un tiempo, de esta manera,
Los dos ganamos la gloria. —
  Estoy enfermo; visítame:
Estoy hambriento; haz que coma;
Y de mi alma, la tuya
Calme la sed ardorosa.—
Gime el corazón desnudo,
Y se estremece y solloza,
Porque tu amor no le presta
El abrigo de sus ropas.
Soy un pobre peregrino

Que llama á tu puerta sorda :
Mas, si tú me das posada
Y en tu corazón me alojas,
No temas que nunca exija,
Por mucho que el tiempo corra,
Que redimas á un cautivo
Que en serlo tuyo se goza. —
En fin, si nada te mueve,
Y despiadada malogras
La ocasión de practicar
Tantas benéficas obras,
Concédeme la que pido,
Última piedad de todas :
Entiérrame, que estoy muerto;
Y, puesto que eres de roca,
Lábrame la sepultura
Del mármol de tu persona.





EL SUEÑO

Sueño, que lento y pesado
Mis sentidos acometes,
Y uno á uno los sometes
Á tu imperio dilatado:

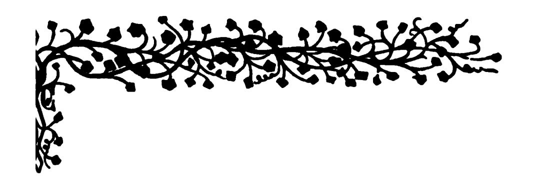
Tú en prisión pones la *vista*
Y *gusto* y *tacto* en olvido:
Pierde el *olfato* la pista,
Y, aunque el último, el *oído*
También cede á tu conquista.

Y así dominas el fuerte,
Y dejas de guarnición
La eficaz respiración
Para que impida á la muerte
Quitarte su posesión.

Ya sé que al cuerpo te agrada
Ver en nada transformado....
¡Y el cuerpo vil es muy dado
Á transformarse en la nada!

Mas, cuando pones en calma
El corpachón, que es más fuerte,
Dime, tití de la muerte:
¿En qué se entretiene el alma?

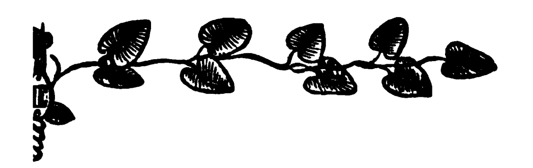




CAMPOAMOR

Tu bondad, tu trato ameno,
Tu faz, tu ingenio florido,
Campoamor, son un veneno;
Pues, siendo tan descreído,
No debieras ser tan bueno.
Hoy con tu ejemplo se ve
Más válida la opinión
De que es fácil que se dé
La *moral* sin *religión*,
Y la *conciencia* sin *fe*.
¡Hombre, no inspires amor!
Te lo ruego por Dios vivo....
¡Hazte malo, por favor;
Pues no serás tan nocivo....
En siendo un poco peor!





EN EL ÁLBUM

DE LA MUY BELLA SEÑORITA

DOÑA MARÍA CRISTINA LÓPEZ AGUADO.

No pulso la lira de oro,
Si no me anima el amor.
Dicen que eres un tesoro;
Pero yo no me enamoro
Bajo palabra de honor.

Si el rostro que me han descrito
Después tan lindo lo hallo,
Te ofrezco segundo escrito;
Y.... para entonces remito
Las cosas que ahora te callo.





Á LA ESPOSA DE MI AMIGO

EL BRIGADIER CABALLERO DE RODAS.

(Para su álbum.)

Con placer hablo contigo
Yo que en mi vida te he hablado;
Pues eres centro, y abrigo,
Y depósito sagrado
De la dicha de un amigo.
Dueña de su fe segura
Y árbitra á un tiempo te ves
De su gozo ó su amargura;
Que él no tendrá más ventura
Que aquella que tú le des.

Aunque Marte galardone
Su esfuerzo nunca domado
Y cien veces le corone,
Y en los negocios de Estado
Consiga más que ambicione;
Y aunque, atenta á su interés,
Siempre constante y segura
Fortuna bese sus pies,

Él no tendrá más ventura
Que aquella que tú le des.

La mujer nuestra existencia
Condena á dolor profundo
Ó á perpetua complacencia;
Y no hay poder en el mundo
Que revoque la sentencia.
Él adora tu hermosura,
É insoluble el lazo es
Que formó vuestra ternura:
¡Ya no tendrá más ventura
Que aquella que tú le des!

Como al sol por sus reflejos
Logramos adivinar,
Y por su aroma al azahar,
Y el grave son desde lejos
Anuncia cercano el mar,
Yo adivino tu alma pura
En la apacible quietud
Del hombre que amor te jura,
Y contemplo en su ventura
Resplandecer tu virtud.

1860.



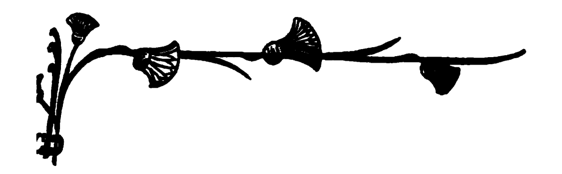


DOS MADRIGALES EN UNO

Yo á Enriqueta le diría
Que su gracia me subyuga.
Que me encanta su talento.
Y hasta su nombre me gusta...
Mas temo que Margarita.
Al escucharme, presuma
Que la agravio, y el respeto
Me deja la lengua muda —
Yo también á Margarita,
En más feliz conyuntura,
De sus muchas perfecciones
Pudiera elogiarle algunas....
Pero temo que Enriqueta
Me diga con faz adusta,
Que requiebros duplicados
No tienen gracia ninguna.—

Niñas: ¿queréis que un momei
Para hablaros, os desuna?
Dos tórtolas en un árbol
Están muy bonitas juntas....;
Pero, al volar, si son libres,
Toman diferente ruta....
Y no es mucho mirar luego
Cómo encuentra cada una
Su dulce compaña, y cómo
Se dan el pico y se arrullan.





EN UN ÁLBUM

Entre los rumores vanos
Del más oscuro café,
Donde jóvenes sin fe
Cuentan amores livianos,
Nada te escribo; que aquí,
Pese á tu mucha belleza,
La más galante fineza
Es no acordarme de ti.





ANTE EL RETRATO DE UNA BELLA

De vista y muy de pasada
Nos conocemos los dos,
Y la tuya, vive Dios,
No es vista para olvidada.

Mas tú verás, si me escuchas
Con la atención que te pido,
Que el no habernos conocido
Tiene ventajas, y muchas.

¡Cuánta alabanza podemos
Decir recíprocamente
De los dos...., precisamente
Porque no nos conocemos!

Tú dirás que la modestia
En mí acredita su nombre,
Pues para ti no hay un hombre
Que cause menos molestia.

Que, aunque me llamen adusto
Los que.... me conocen mal,
Soy tan blando y tan leal,
Que nunca te di un disgusto.—

Yo diré que hasta el presente
No te oí murmurar nada,
Ni de amiga mal tocada
Ni de amiga impertinente:

Que debes tener un arte
Singular y un gran talento,
Pues que ni un solo momento
Me he cansado de escucharte:

Que es tu tino tan perfecto,
Tu prudencia tan cumplida,
Que juro á Dios que en mi vida
Te he conocido un defecto.

Y en un mes no acabaría
Si hubiera de referir
Cuanto podemos decir
En tu alabanza y la mía.

Todo bueno, y, sin embargo,
Todo verdad lisa y llana;
Y todo, chica, dimana
De habernos visto de largo.

Que en este mundo fatal
Tales engaños se ven ,
Que para alabarse bien
Hay que conocerse mal.

Mas , si iguales han nacido
Tu corazón y tu cara ,
Yo mucho más te alabara
Si te hubiera conocido.





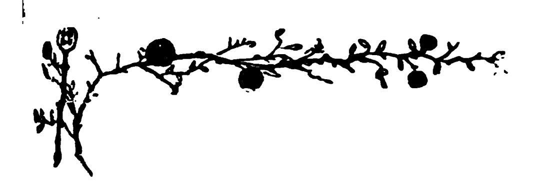
IMPROVISACIÓN

Á LA SEÑORITA DOÑA ANA R.

Como las auras de Abril
Pasan besando la rosa,
Y cada vez más hermosa
La dejan en su pensil,
Los años de mil en mil
Pasen por ti, hermosa Ana,
Y en su carrera liviana
Sólo te sepan traer
Dulces recuerdos de ayer
Y esperanzas en mañana.

26 Julio, 1855.





FRAGMENTO DE UNA LEYENDA

....

Nací soberbio en miserable cuna;
Volé al combate y alcancé renombre:
Mi salvaje valor y mi fortuna
Me hicieron luego despreciar al hombre.

—

Ni el bosque solitario con su calma
Un pensamiento levantó en la mente,
Ni el ronco son de la batalla hirviente
Un sentimiento despertó en mi alma.

—

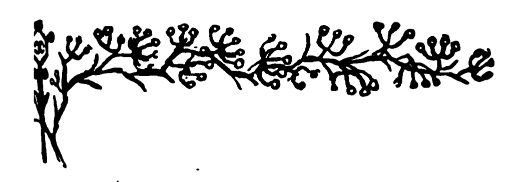
Tú solamente, Elena, vida mía,
Tú, como Dios, que arranca con su mano

Agua sin fin del pedernal que toca,
Sacaste amor y sentimiento humano
De este desierto corazón de roca.

—

....





LA ROSA DE LA ALDEANA

(LETRA PARA UNA CANCIÓN.)

Donosa aldeana
De negro cabello,
De rostro más bello
Que fresca mañana:
Detente: te llamo,
Temblando de amor:
Desata ese ramo
Y dame una flor.

—

Marchito y sin vida
Tu ramo, aldeana,
Acaso mañana
Ninguno lo pida;
Mas hoy que lo pinta
La luz del amor,
Desata esa cinta
Y dame una flor.

—

No llores, amada,
No muestres despecho;
Que llevo en el pecho
Tu imagen grabada.
¡Dichosa mañana!
¡Dichoso mi amor!
Me dió la aldeana
La rosa mejor.





Á LA MEMORIA

DE MI AMADA TÍA

DOÑA RAFAELA HERRERA DE PÉREZ DE GUZMÁN

FRAGMENTO.

Si antes sufriste, al cielo te levanta
El premio de las penas que has sufrido:
No fuera nunca tu ventura tanta,
Si tanto tu dolor no hubiera sido.

(ELEGÍA DEL AUTOR.)

. . . .

¡Cuán tranquila y feliz fuera mi suerte,
Si reducir pudiera mi existencia
Al sendero que marca en mi presencia
El cuadro de tu vida y de tu muerte!

—

¡Feliz aquel que nunca se extravía
Por ásperos abrojos,
Y mira noche y día
Delante de sus ojos
La estrecha senda que al Creador nos guía!

—

Todo es grande y sublime
En el alma cristiana: yo te he visto
En edad más dichosa,
Tu pensamiento al cielo levantado,
Y, ternísima madre y fiel esposa,
Marchar con fe piadosa
De la virtud al premio deseado.
Y luego que el dolor hirió tu pecho,
Exaltóse á la par tu fe cristiana,
Y eran siempre los ayes lastimeros
Que el áspero tormento te arrancaba,
Himnos sin fin cantados á la gloria
Del Dios que tus dolores te enviaba.

—

¡Oh placer verdadero!
Cruzar la vida sin manchar el alma,
Y, al llegar al suspiro postrimero,
Exclamar: «¡Oh Dios mío,
Pura mi alma descendió del cielo,
Y desde el hondo suelo,
Pura mi alma á tu mansión envío!»
Dicha que está guardada
Al justo sólo que en su Dios confía:
Dicha que yo, presente en tu agonía,
Pude leer en tu postrer mirada.

—

....

¡Dios inmortal! Mi corazón te siente:
Haz que también mi corazón te adore.
Tú que heriste las rocas del desierto
Con mano poderosa
Y de su centro nunca penetrado

Agua sacaste que calmó piadosa
La sed ardiente de tu pueblo amado;
Hiere también mi corazón de piedra,
Haz que sensible llore,
Y saca de su centro empedernido
Amor nunca sentido,
Eterno amor con que sin fin te adore.

—

Y tú, señora, que cual madre tierna
Me hiciste dueño de tu amor profundo,
Si puede haber de la amistad del mundo
Algún recuerdo en la mansión eterna,
Ten en todo presente
Mi juventud, mi corazón ardiente:
Y si me ves un día
No rechazar la tentación funesta
En que aparecen la impiedad y el vicio
Ornados de las galas que les presta
La joven y rebelde fantasía,
....
Haz que resuene lúgubre en mi oído
Tu postrimer gemido,
Y entonces, su ignominia sacudiendo,
El alma arrebatada
Despertará, sublime conociendo
El alto fin para que fué creada.

GUADALCANAL, 1848.





ELEGÍA

re DE MI AMIGA LA SEÑORITA DOÑA JUANA VICENTA QUINTANO Y QUIÑONES.

Fragmentos.

. . . .

›s los arcanos del Eterno
ran en la bóveda estrellada.

. . . .

no ha encontrado, como yo, en la vida
›as mujeres misteriosas,
y luz del alma dolorida;
ropia del amor profundo
inspira el cielo;
paz que á la oración provoca;
e Dios, que hallamos en el mundo,
al mundo con sus alas toca?

. . . .

sa, amiga tierna: ya es cumplida
›n de consuelo;
niste á disfrutar la vida;
ólo á merecer el cielo.

. . . .

Donde quiera mi suerte congojosa,
Yerto cadáver imagina aún verte....
Tus labios conservaban todavía
La postrera sonrisa cariñosa
Que sorprendió la muerte....
—¡ Poder de la virtud! Yo, que insensato
Al mundo doy mi juventud florida,
Celado allí mi pensamiento impío,
Inocente cual tú me contemplaba....
É inocente sentía el pecho mío.
En diversas imágenes mi mente
Mi vida turbulenta me ofrecía,
Y un vértigo tenaz me parecía
Que á mi pesar violento me arrastraba;
¡ Delirio de que, ya convalecido,
En el cielo contigo despertaba!

Quise dejarte, y me volví temblando.
— Miraba allá los hombres tan mezquinos,
Que temí, tu presencia abandonando,
Mi vida confundir con sus destinos.
— Volví otra vez á bendecir tu suerte:
Tu mano, blanca y fría,
Pesada con el hielo de la muerte,
Estreché con la mía;
Último adiós de la amistad que un día
En el mundo tuvimos....—¡ Oh consuelo!
¡ De esa tierna amistad, que nunca muere,

Los dos tendremos, mientras yo viviere,
Tú un recuerdo en la tierra, y yo en el cielo!
....

Vosotros, los que fieles todavía
iardáis entera nuestra fe cristiana,
rque antes del morir no halláis la vida;
rque hoy pensáis lo que seréis mañana;
ılguna vez, al declinar la tarde,
ındo alza el bosque funeral plegaria,
os del mundo y su común fatiga,
láis en una piedra solitaria
:ito el nombre de mi dulce amiga,
ramad una lágrima piadosa
re la humilde losa.... —
í su alma en su sepulcro vela!....
raos un punto á bendecir su nombre,
la tumba del justo nos consuela
ırifica el corazón del hombre!
....

:VILLA 17 de Junio de 1849.





LOS DOS ARTISTAS.

MI AMIGO D. SERAFÍN ADAME Y MUÑOZ

INTRODUCCIÓN.

.d , Genio , salud ! Yace la muerte
lantas llorando tu victoria....
› en la tierra padecer tu suerte ,
anzar tu deslumbrante gloria!

artista un sol que se levanta
l mundo, y eterno resplandece:
irtud su lumbre se abrillanta ,
rostro del crimen se ennegrece.

í en el trono cuya lumbre pura
es engalana y hermosea,
e el velo á la celeste altura ,
ɪe el mundo á su Monarca vea.—

Genio, ¿por qué, si condición tan alta
Á un nuncio de los cielos te asemeja,
Sólo á tu triste corazón le falta
La luz que el mismo en los demás refleja?....

En ese mundo que á tus pies se agita,
Gloria tan sólo alcanzará tu nombre;
Porque morir el hombre necesita
Para ser estimado por el hombre. —

Mas ¿tú eres hombre? No, que en tu memoria
Hay un mundo, que el mundo no te inspira....
Tal vez has visto la ignorada Gloria,
Y por gozarla tu ambición suspira.

Tal vez eres un ángel soberano
Que alzaste al trono de tu Dios las alas,
Y, por castigo de tu orgullo insano,
¡Él te arrojó de las empíreas salas!

Así en el mundo arrastras con despecho
El orgullo de un ángel en tu mente,
De un Edén las memorias en tu pecho,
De un Dios los anatemas en tu frente.—

Pero, si el mundo á padecer te lanza
De tu altivez el sin igual castigo,
¡Abre tu corazón á la esperanza,
Que al fin el cielo se unirá contigo!

Pues de ese Dios que con su ardiente vista
Orbes suspensos á sus pies mantiene,
La noble mente del sublime artista
Es el palacio que en el mundo tiene. —

¡Águila real! Tu cárcel es en vano;
abrás romperla con tu pico de oro,
el mismo Dios te tenderá su mano
ara que vuelvas á su regio coro.

¡Y al mundo vil de condición tirana,
ue hoy con desprecio mofador te nombra,
esde el empíreo lo verás mañana
n una piedra venerar tu sombra!

I.

EL PINTOR.

¿Adónde vas, Trovador? —
Ven y siéntate á mi lado;
Y, al poniente resplandor,
Admirarás del Pintor
El bello mundo ignorado.

Faltóme un rayo de lumbre;
Pedíselo al horizonte;
Y el sol, contra su costumbre,
Se para sobre la cumbre
De aquel orgulloso monte.

Sombras.... me las presta el suelo,
Colores.... la luz del día,
Y sólo del limpio cielo
Copio el cándido modelo
De mi doliente MARÍA.

¡Contempla mi cuadro! ¡mira!....
Y, al ver que un Dios complaciente
Mi tosco pincel inspira,
Tal vez arrojes tu lira
Al fondo de ese torrente.

¿Pudieras hacer más cierto
Ese dolor que retrata
La Virgen, que siente yerto
Al que por salvar ha muerto
El linaje que lo mata?

¡Altiva también, poeta,
Mi frente á los cielos mira!
¡La eternidad me respeta!....
Que hay mundos en mi paleta
Tan grandes como en tu lira.

Si quieres, vate español,
Cantar, que tu acento blando
Siga deteniendo el sol,
Porque á su puro arrebol
Siga mi pincel pintando....
....

II.

EL POETA.

Nuestro sol otros mundos engalana....
Y va con él, de nuestra pobre vida
Una esperanza, que traerá mañana
En desengaño acerbo convertida.

¡ Genio del bien , monarca moribundo !
¡ No más tu luz con las tinieblas luche !
Huye al abismo , porque calle el mundo
' á mí tan sólo tu creador escuche !

En nombre de la tierra, á su palacio
luiero elevar mi lúgubre plegaria ,
' ahuyentar con mi acento del espacio
os genios de la noche solitaria.

Escucha ¡ oh Dios ! ; que mundanal despecho
o es el que sólo mi cantar inspira :
lhora las fibras del humano pecho
as cuerdas son de mi doliente lira !

Inquieto el hombre , de esperar cansado ,
ı las tinieblas de la duda gime....
uándo será el instante deseado
e rompas tú la cárcel que lo oprime ?

Cuándo iremos á ti, sin que nos quede
'o mundo debajo de tus huellas ;
ndo agitado , que llorando ruede
urbe nuestro bien con sus querellas? —

.a luz espira.... Si padece tanto
porque vive, el hombre es infelice ,
paga el sol, y bajo el negro manto
sueño de la nada se eternice !

' si tu gloria vidas necesita,
ı ese sol que acaba su carrera
'e mañana el universo escrita
ıal alguna que le diga « Espera.... ! » —

¡Inútil lamentar!.... ¡Tormento impío!
Todo gira á mi canto indiferente.—
Antes el hombre de nacer, Dios mío,
¿Qué grave culpa cometió en tu mente?....

¡Dios! me responden los espacios huecos....
¡¡Dios!! me repite el huracán bramando....
Y de su nombre los solemnes ecos
Dentro de mí se quedan resonando....—

¡Calla, mundo infeliz! Teme que estalle
Contra nosotros la celeste ira,
Y yo también, para que siempre calle,
Sobre la fuente romperé mi lira.

Esos lamentos que angustiado exhalas
Guárdalos ¡ay! con tu dolor profundo....—
¡Genios del mal, estremeced las alas!
¡Venid, genios, venid; vuestro es el mundo!

Dijo: su frente abismada
Cayó en el pecho abatido;
Y á moverse no es osada,
Temiendo hallar la mirada
Del justo Dios ofendido.

El Pintor, que delirante
Lo escuchaba, con denuedo:
—«¡Canta! le dice anhelante,
Poniendo en su frente el dedo,
Porque su rostro levante.

¡Canta, canta; que te anime
Otra vez tu frenesí;
Que el mundo que á tus pies gime
Con ese canto sublime
Lo levantas hasta ti!

Trovador, que has conmovido
Mi corazón con tu anhelo,
¿En ese canto sentido,
Lloras un cielo perdido,
Ó quieres ganar un cielo?

Tal vez el son de tu lira
Melancólico y profundo
El mismo Creador lo inspira,
Y por tu boca suspira
Las desgracias de su mundo.

¿Es lamentar tu destino
Del hombre los padeceres?
¿Qué buscas? ¿dó vas? ¿qué quieres?
Cántame tu ser divino,
Que quiero saber quién eres.

¿Ves la corona que ufano
Tiene mi ángel inocente?
¡Pues yo en mi delirio insano
La arrancaré de su mano
Para ponerla en tu frente! »

———

Sacudió su cabellera
El Vate en su desvarío,
Contemplando la alta esfera,
Como el águila altanera
Mide el inmenso vacío.

Tal vez un Dios no ha encontrado
Mas allá del firmamento,
Y en su despecho violento
Él mismo se ha proclamado
Por Dios en su pensamiento.

El sol sus tibias centellas
Ha ocultado ya en el mar,
Y más bajas y más bellas
Aparecen las estrellas,
Para mejor escuchar.

Silenciosa el agua gira
Sobre arenas de topacios,
Y al blando son de la lira
Melancólica suspira
El alma de los espacios.

Auméntase la emoción
Del trovador sin fortuna,
Y prosigue su canción,
Brillando de inspiración
Á los rayos de la luna.

———

gno reflejo de mi luz, Artista,
.eres saber mi condición? La ignoro.
sé que hay un cielo ante mi vista,
tre mis manos un laud sonoro.

ra mí resplandece el sol brillante;
mí las estrellas resplandecen;
es el mundo, y porque yo las cante
ondas de la mar se ensoberbecen.

yo, lo mismo que el Creador supremo,
los héroes de su pobre huesa,
aldigo la frente del blasfemo,
y consuelo á la virtud opresa.—

nó mi voz. Generación dormida,
s pasados, muertos universos:
lá en la nada suspiráis por vida,
iid, sonad en mis sentidos versos!

rsos que son mi alcázar soberano,
zar cuyo rey es el Poeta....
nto escribe en sus mármoles mi mano,
emoción la eternidad respeta!

eo en el Dios que en la celeste cumbre
r los mundos á sus plantas mira;
ue los rayos de su eterna lumbre
jan en las cuerdas de mi lira.

aun ese Dios, á mi solemne canto
ebe parte de sus altas glorias....
se admiraran por los hombres tanto,
vate no cantara las victorias!

Es mi asiento la tierra estremecida;
Corona de mi frente es el espacio ;
La vida de los tiempos es mi vida ;
La memoria del hombre mi palacio.

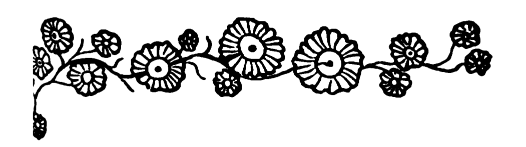
III.

Dijo. — El Pintor, conmovido,
Miró á su alredor en vano,
Sintiendo que de su mano
El pincel se había caído....

Y entonces vió que el torrente,
Que á sus plantas murmuraba,
Despacio se lo llevaba
En su límpida corriente.

1846.

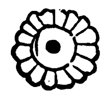




Á LUÍS LARRA

(IMPROVISACIÓN, JUGANDO AL BILLAR.)

Porque el mundo es una *bola,*
Rueda inconstante, cual ves....
Pues ¿qué fijeza habrá en tres,
Si nadie fija una sola?
Si gané por carambola,
Hoy malograré mi afán....
¡No temas! Listos están
Mesa, marfil, tacos, tizas....
Y, ¡qué diablos!.... las palizas
Como se toman se dan.





LA MÚSICA

(EN UN ÁLBUM.)

La música es el acento
Que el mundo arrobado lanza,
Cuando á dar forma no alcanza
Á su mejor pensamiento:
De la flor del sentimiento
Es el aroma lozano;
Es del bien más soberano
Presentimiento suave,
Y es todo lo que no cabe
Dentro del lenguaje humano.

Dichosa tú que su palma
Has llegado á merecer,
Conmoviendo á tu placer
La mejor parte del alma.

Tu voz infunde la calma
Y arrebata y enamora....—
¡Ay de mí! Tu seductora
Y celestial armonía,
¡Cuántas veces calmaría
Este afán que me devora!





EN EL ÁLBUM

DE LA POETISA MATILDE DE ORBEGOZO.

(Improvisación.)

Auséntome, al conocerte,
Del país en que naciste.—
Te vi, Matilde, y ¡ay triste!
¡No puedo volver á verte!—
¡Paciencia! Tiene mi suerte
Caprichos y mañas viejas....—
En esta ocasión mis quejas
Con menos pena exhalara,
Si un recuerdo te dejara
Semejante al que me dejas.

Portugalete.



AMORES Y DESVENTURAS

LEYENDA



AMORES Y DESVENTURAS

LEYENDA

Fragmentos.

> Llama rabioso á la dormida muerte,
> Que á la voz del pesar nunca despierta.
> (Del *Autor.*)

I.

LA CORTE DE D. RODRIGO.

Sediento el hombre por gozar se afana;
Y el Infierno, que goza en sus dolores,
La carrera del vicio le engalana
Con vivas fuentes y fragantes flores.
Lánzase entonces la flaqueza humana
En pos de los placeres seductores,
Y, al tocarlos, encuentra de repente
La flor marchita y sin caudal la fuente.

Oye después la voz de su conciencia,
Que en sí propia ejercita la venganza;
Aplacarla pretende en su demencia,
Y á nuevo crimen con furor se lanza.
El último fulgor de su inocencia
Se apaga con la luz de la esperanza ,

Y en vano entonces reconoce el triste
Que no hay placer do la virtud no existe.
....

Llena de espanto, asolación y miedo
Arrastra la existencia de este modo
La regia Corte, la imperial Toledo,
Hermosa perla del imperio godo.
Perdieron ya sus hijos el denuedo
Que admiró en otro tiempo el mundo todo,
Pues del pecado la tenaz carcoma
Las fuerzas quita y la arrogancia doma.
....

Ave ninguna de plumaje vario
Alza su canto en la ciudad maldita;
Tan sólo el cuervo triste y funerario
Sobre el Palacio lúgubre se agita.
Del negro cielo al monte solitario
El rayo con fragor se precipita,
Y á la luz del relámpago brillante
Muestra el pavor su pálido semblante.

No ya la antigua fe, no la postrera
Esperanza á los míseros socorre;
Aciago viento la imperial bandera
Rabioso agita en la almenada torre.
Por la escabrosa y árida ribera
Crecido el Tajo ceniciento corre,
Y, olvidando su música sonora,
En son medroso entre las peñas llora.
....

II.

FLORINDA.

Presta la noche misterioso encanto
Á la virgen sencilla y candorosa
Que, dando treguas al copioso llanto,
En dulce sueño lánguida reposa.

Dios en el cielo con placer la mira;
La osadía se turba en su presencia,
Y, en torno al lecho, silencioso gira
El ángel del amor y la inocencia.

———

Yace Florinda en plácido abandono,
Dando al olvido, en su lujoso lecho,
El vivo amor que con mortal encono
Constante hiere su inocente pecho.

¡Ángeles puros, que en sabrosa calma,
Cuando el sueño tranquilo nos sorprende,
Allá en el cielo consoláis el alma,
Que del cuerpo mezquino se desprende!....

¡Dad consuelo á la suya dolorida;
Prestad valor á su esperanza muerta,
Y hacedla tan feliz allá dormida
Como es desventurada aquí despierta!

———

Están en pabellones levantadas
Las vistosas cortinas de su lecho....

....

....

Su hermoso brazo cuelga descuidado,
Y su negro y finísimo cabello
Con dulzura acaricia, desatado,
La pura nieve de su ebúrneo cuello.

Lámpara triste en derredor destella
Su luz, entre las sombras vacilante,
Y el trémulo fulgor hace más bella
La hermosa palidez de aquel semblante.

Por su boca rosada y entreabierta
Leve sonrisa silenciosa vaga,
Que á otra vida su alma está despierta,
Y divina visión su mente halaga....

....

¡Quién pudiera, ¡oh Florinda sin ventura!,
En el cielo dejarte adonde sube
Tu virgen alma, que aún está más pura
Que el perfumado aliento del querube!

Lleno el sensible corazón de pena,
Cuantos tu noble muerte contemplaran,
En tu casta mejilla de azucena
Una lágrima tierna derramaran....

....

¡Tumba de honor y de triunfal reposo

ělicos despojos guardaría ,
cantos hoy de trovador famoso
ılce nombre resonar se oiría !....
....

III.

DON RODRIGO.

tra Rodrigo inquieto y vacilante,
› de espanto y de congoja lleno,
rando en la fiereza del semblante
ıerra atroz que le devora el seno.

'an sus ojos bajos y encendidos,
palpita el corazón tan fuerte,
recela, al entrar, que sus latidos
iertan á Florinda que despierte.

e aquella estancia lúgubre y sombría
vez oculto miedo le separa....;
un poder tan ciego allí le guía,
otras mil veces, si saliera, entrara.

›nsigo lucha por llegarse á ella
puro lecho profanar impío;
no osa mover la torpe huella,
ımóvil queda como mármol frío.

gózase su vista, contemplando
:nue movimiento, que le encanta,
que el pecho, inocente respirando,
tervalos las sábanas levanta.

....

Se estremece la virgen, y él re
De allí sus pasos rápidos é incie
Que más le asustan que de Dios
Los negros ojos de Florinda abi

Á su pesar detiénese en la pue
Mira otra vez, y excita sus arroj
El seno que Florinda, descubie
Muestra desnudo á sus avaros oj

En ella fija su mirada ardier
Sin poder de la estancia retirars
Y por sus venas retemblando
Un volcán encendido derramars

¡Ay! ¡Despierta, Florinda d
Si hacer no puedes tu dormir et
¡Levántate, infeliz; que sosegad
Durmiendo estás al borde del in

....

IV.

EL CONDE DON JULIÁN.

Lucerna antigua, sujeta
Por eslabones de plata,
Cual sol pequeño ilumina
Una magnífica estancia,
Compuesta y enriquecida
Con mil labores romanas



Que aún su dominio conservan
En los estrados de España.
Recostado en alta silla,
Un caballero se halla,
Y apoya sobre su mano
La altiva cabeza cana.
Inquietan su pensamiento
Mil imágenes contrarias,
Que repentinas pasando
Le martirizan y halagan.
Vuela á Toledo su mente
En alas de la esperanza;
Que está en Toledo el tesoro
Que más en el mundo ama.
De pronto negra sospecha
La imaginación le asalta;
Pierde el color de su rostro,
Y rápido se levanta.—
Inquietos sus ojos giran,
Arruga la frente airada,
Y toma su faz severa
Atroz aspecto que espanta.
La estancia cruza mil veces
Con inseguras pisadas,
Cual si desechar quisiese
La imagen que le maltrata.—
Huyendo de sus ideas,
Abre una extensa ventana,
Desde la cual se divisa,
Al dulce sueño entregada,
Á Ceuta, de hondos recuerdos,
Antigua ciudad de España,

Que altiva peña parece,
Del mar soberbio arrullada.

....

V.

D. RODRIGO CONSULTA SU HORÓSCOPO.

¡Ay! ¡Desdichado hombre que procura
Saber el fin de su existencia entera!....—
¡Sólo pena verá, llanto y tristura!....—
¡Tente, Rodrigo, y gozarás siquiera
La dicha de ignorar tu desventura!—
¿Por qué, con mano temerosa y fuerte,
Intentas atrevido
Romper el velo de la negra suerte,
Si al romperlo tu pecho sólo alcanza,
Perdida para siempre la esperanza,
Vivir llorando la espantosa muerte?

....

VI.

FLORINDA DESPUÉS DEL PECADO.

¿Es Florinda, tal vez, esa infelice
Que, inquieta en la ventana,
Su bien aguarda y anhelante llora?

....

¡Cuán demudada estás, pobre Florind
¿Cómo pudiera distinguirte ahora
Quien te haya conocido
Un tiempo tan feliz y encantadora
En ese alcázar que tu tumba ha sido?

Cuando libre de amor tu puro seno,
or el jardín ameno
'lacentera vagabas,
Tan bella, tan gentil, que parecías
Mariposa ligera, si corrías,
Hermosa flor, cuando parada estabas!
....

VII.

D. RODRIGO Y FLORINDA.

D. RODRIGO *(delirando).*

—¡Ya mis nobles soldados no obedecen
l infeliz Rodrigo....
a maldición del cielo va conmigo,
mi Dios y mi pueblo me aborrecen!
¡Dónde estoy?—¡Oh furor! ¿Dónde me hallo?—
Vo veis, no veis, cómo me acosan fieros
os bárbaros sin fe con quien batallo?—
á la lid, á la lid, nobles guerreros!....
in dónde están mi lanza y mi caballo?—
Oh, qué baldón! Mi gente me abandona....
h, rabia! Triunfa el musulmán impío....
¿No lo veis? Por el sangriento río
dando van mi manto y mi corona.—
elos! ¡Piedad del infeliz Rodrigo!—
ué culpa habrá en el mundo que merezca
n horroroso y bárbaro castigo?....—
Así el pavor vuestros arrojos doma,
os de aquellos que con fuerte brazo
ancaron valientes un pedazo

De angustia llena su pecho,
De espinas su triste lecho,
Y de amarga hiel su pan.—

....
Es el hombre que, cansado
De su criminal oficio,
Seguir no puede en el vicio,
Ni la virtud abrazar.
Pues cuando el alma gastada
Al negro destino cede,
Después, sin valor, no puede
Volverse ni adelantar.

Queriendo lanzar del pecho
Remordimientos roedores,
—«*Brindemos* (dijo), *señores....*»
Y al punto la copa alzó.—
Todos gritaron: «*¡Brindemos!*»
Alzando las copas de oro,
Cuando lejano y sonoro
Confuso estruendo se oyó.

Suspensas quedan las copas
En el borde de los labios,
Y cada vez más distinto

e va el rumor acercando.
Ya claramente se escucha
n las puertas de Palacio
rujir los duros arneses
relinchar los caballos....
Y ya en la estancia vecina
uenan atrevidos pasos,
el choque de finas armas
espuelas acompañados.—
Preséntase un caballero
on arrogante descaro,
, alzándose la visera,
es dice: ¡Yo soy Pelayo!

D. PELAYO.

Os hallo así, con criminal anhelo,
gando satánicas pasiones,
do sólo debierais, ¡vive el cielo!,
r al arma y levantar pendones?
....
aso á vuestras locas liviandades
ega ¡oh vilipendio!
ubre clamor de las ciudades
las rojas llamas del incendio?
....
....

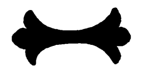
IX.

ARENGA DE D. RODRIGO.

«¡ Á las armas, valor! Esos vestidos
»En arneses trocad, y el aire rompa,
»Despertando los ánimos dormidos,
»La áspera voz de la guerrera trompa.
»Gritos de guerra y bélicos acentos
»Al reino todo llevarán la nueva,
»Conducida en las alas de los vientos....
»Y el rústico labriego sin tardanza
»Dejará una vez más la mansa esteva
»Y airado empuñará la dura lanza.
»¡Guerra y valor! ¡ Ardientes adalides
»La gloria excelsa del imperio godo
»Ganóse un tiempo en las sangrientas lid
....
Dijo, y *¡venganza!* claman conmovid
Cuantos llenan las salas del palacio,
Á las armas corriendo enfurecidos....—

El ronco estruendo del soberbio Mart
Vibra sonoro en el tranquilo espacio,
Y, estremecida la española tierra,
Parece repetir de monte en monte
La voz solemne de ¡venganza y guerra!
....
....

1847.





PROYECTOS DE COMEDIAS

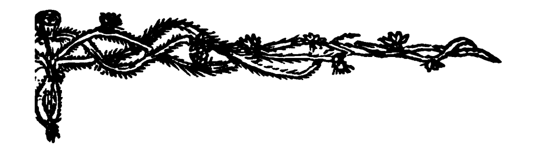


ADVERTENCIA

POR *razones de congruencia, y para que sirvan aquí de prefacio á los Planes y Bosquejos de obras dramáticas* pensadas, *no* escritas *al cabo, por Ayala (si se excep-* CONSUELO), *hemos reservado las cuatro Poesías entes, que tan al vivo pintan el carácter apá- y espíritu concienzudo del noble autor, y á las s pudo muy bien, en nuestro concepto, dar el re de*

VERSOS Á MÍ MISMO.





MI CUADERNO DE BITÁCORA

EN EL AÑO DE 1865.

ENERO.

DÍA 1.°

Entró en mi cuarto de un brinco;
Me miró con faz severa,
Y me habló de esta manera
El año sesenta y cinco:

—«Sin razón quejas exhalas,
Porque mi vuelo apresuro:
Tienes un medio seguro
Para arrancarme las alas.
Si escribiendo te señalas;
Si tu inspiración recobras,
No experimentes zozobras
Al perderme; que á tu lado

Siempre estaré transformado
En el fruto de tus obras.»

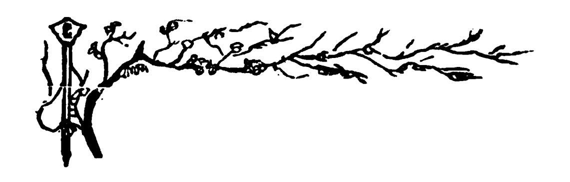
DÍA 2.

Hoy Jovellanos [1] se emplea
En ensayar *con cuidado*
El por mí resucitado
Alcalde de Zalamea;
Y el cantor de Dulcinea
Demanda mi inspiración.... [2] —
¡ De buen pronóstico son
Los trabajos de este día,
Pues que me hacen compañía
Cervantes y Calderón!

1 Se refiere al teatro de la calle del mismo nombre.

2 Sin duda preparaba ya el drama titulado *El Cautivo*, de que hablaremos más adelante, y cuyo protagonista era el inmortal autor de *Don Quijote*.





« LA SEMANA QUE VIENE.... »

DE LOS HOLGAZANES.

Lunes, que, á rienda tendida,
Vas del Martes empujado,
¡Cuántas veces te he fiado
La corrección de mi vida!
—¡Te vas! ¡La dejas sumida
En dudas desgarradoras!
Pero, al fin, algo mejoras
Mi condición, pues hoy siento
Más vivo el remordimiento
De haber perdido tus horas!

MARTES.

¡Oh, martes! No me importunes
Con los apodos que tienes;
Pues á hacer fecunda vienes
La esterilidad del lunes.
Como tú te desayunes,
Haciendo dar un respingo

Á mi inspiración, un pingo
Colgaré en tu templo en pago;
Y, aunque te llamen aciago,
Serás para mí domingo [1].

[1] Aquí termina el *Diario de 1865*, en el cual sólo cuatro días hizo apuntes el buen Ayala. Pero, según se verá luego, el otoño de aquel mismo año trabajó algo en el plan de *El último deseo*, drama lírico-fantástico que no llegó á nacer.





AVISO Á MI PERSONA

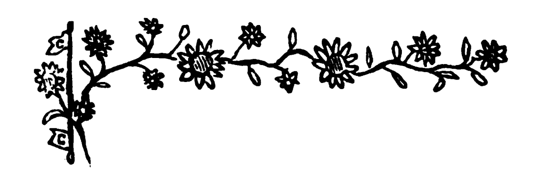
Adelardo, sutiliza;
Investiga; inquiere; vela;
Tu fiereza martiriza....
¡Mira que el odio te cela;
Mira que la envidia atiza
La leña de su candela!

¡Nada importa que te estés
Encerrado en tu aposento,
Si allí te entregas después
Á uno y otro pensamiento....,
Y al empeño en que te ves [1]
No te dedicas atento!

[1] Creemos que alude á la terminación de la comedia *Consuelo.*

¡Aunque te encierres un mes,
Ese desvanecimiento
No es trabajar!.... ¡Antes es
Holgar sin remordimiento!





LA PLUMA

—

¡Pluma: cuando considero
Los agravios y mercedes,
El mal y bien que tú puedes
Causar en el mundo entero;
Que un rasgo tuyo severo
Puede matar á un tirano,
Y que otro, torpe ó liviano,
Manchar puede un alma pura,
Me estremezco de pavura
Al alargarte la mano!





INVOCACIÓN

AL PONERSE Á ESCRIBIR EL SEGUNDO ACTO DE «CONSUELO.»

Espíritu sutil que, condensando
Varias especies de la mente inquieta,
Sueles á veces ofrecer completa
La forma que el ingenio anda buscando:

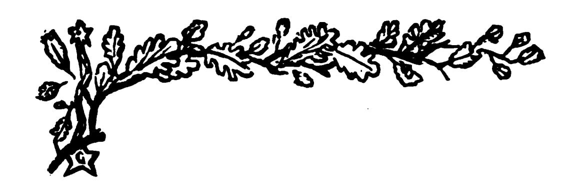
Hoy tus favores con afán demando:
¡Haz el milagro que hace la trompeta,
Cuando al disperso ejército concreta
Y lo muestra formado y peleando!

Sólo exige de ti mi pensamiento
Un momento feliz que con vehemencia
Coloque en su lugar cada elemento....

¡Y en verdad que no es floja la exigencia;
Que muchas veces un feliz momento
Suele influir en toda la existencia!



EL ÚLTIMO DESEO



EL ÚLTIMO DESEO

DRAMA LÍRICO-FANTÁSTICO, EN TRES ACTOS Y VERSO.

(Música de D. Emilio Arrieta.)

El pensamiento culminante de la obra es condenar el lujo babilónico y ostentoso sensualismo de los ricos, que ganan el dinero con agios y lo gastan con escándalo.

(Nota de puño y letra de Ayala, como todos estos apuntes y relaciones, escrita en Madrid á 31 de Octubre de 1865.)

I.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES.

HACE algún tiempo que, después de realizar copiosas ganancias en negocios cuyos detalles no importan al lector, D. Ambrosio Méndez de Ansuero se creyó bastante rico para comenzar á vivir de la manera (según él decía) «*propia de un hombre del siglo diez y nueve*,» y satisfacer las más rutinarias exigencias del lujo. — Fué la primera divorciarse de su mujer.

La había amado, ó, por mejor decir, deseado, cuando para poseerla no tenía otro recurso que el matrimonio.— Era entonces pobre.— La agasajó como á querida el primer año, y la so-

portó tres, bien que con despecho creciente, por temor de que la prosperidad que comenzaba á favorecerle se resintiera de un escándalo doméstico. Temblaba la pobre mujer al anuncio de cada ganancia que iba á realizar su marido, porque á medida que se hallaba más rico la consideraba menos digna de ser su compañera. Y así llegó el indicado momento en que D. Ambrosio, colocado sobre el pedestal de su caja, se creyó muy por cima de la sociedad madrileña, libre de toda obligación, y con derecho á todo.

La mujer no opuso ningún inconveniente á una separación legal, que le permitiría vivir en paz y gracia de Dios y fuera del alcance de los insultos insoportables de un hombre sin alma. No quedó entre los dos otro lazo que una pensión, pagada por el marido á la mujer; pensión harto mezquina con relación á las riquezas *del nuevo becerro de oro;* pero suficiente y aun sobrada para satisfacer todas las necesidades de su víctima. Por lo demás, el desprecio que mutuamente se profesaban era tan fino, que extinguió el odio y engendró un olvido completo.

Fecundados en tanto con el viento de una fortuna próspera, se desarrollaron fabulosamente en el corazón de D. Ambrosio cuantos deseos, caprichos, vicios y pasiones pueden echar raíces y tomar jugo en esta nuestra flaca y concupiscente humanidad.—Á medida que su naturaleza se iba empobreciendo, se desbordaba con más ímpetu su viciosa y enfermiza fantasía. Necesitaba acumular la excitación de todos los sentidos

para experimentar un placer semejante en intensidad al que en mejores tiempos alcanzaba por medios más sencillos. Presentía nuestro héroe su decadencia, sin que por ello los síntomas que se la anunciaban pasasen á la categoría de las verdades demostradas y consentidas, ni aun en su misma imaginación. Muy al contrario, profesando aquella máxima de que «*cada hombre es su dinero*,» no comprendía que se empobreciese la naturaleza de una persona cuyo caudal se aumentaba tan prodigiosamente.—Frisaba ya en los cuarenta y ocho años; edad indecisa, y que no habla con mucha claridad á hombres como Don Ambrosio; los cuales entienden por *vida* la facultad de gozar de todos los frutos de la tierra, máxime cuando él, para conseguir este objeto, había contado siempre con una constitución física llena de robustez, de savia y de armonía; constitución más liberal que la del año 12.

Notábase, con todo, cuando sacamos á relucir á este personaje, una reforma extraña en su vida y costumbres. Todas sus queridas viajaban por tierra extranjera, sin que él pensara en seguir ni en llamar á ninguna; había suprimido sus partidas de caza, y hacía ya un año que no sorprendía á sus amigos con ninguna cena *romana*, que este era el nombre de sus banquetes nocturnos. —D. Ambrosio estaba enamorado, y se ocupaba en construir un palacio.—Había concebido, según él creía, la *primera pasión* amorosa y el *último deseo* de su vida.

Una circunstancia daba cierto viso de verdad

y fundamento á la opinión de D. Ambrosio.—Databa su pasión, ó su deseo, de más de dos años de fecha; veía diariamente al objeto de todos sus pensamientos, y aún no se había atrevido á descubrirle el fondo de su corazón ni la índole de la ternura que le manifestaba.

¿Cuál era la causa de esta reserva? ¿Era la timidez natural y compañera del verdadero amor? ¿Era un vago y constante presentimiento de que aquella mujer no consentiría nunca en ser cómplice de un amor criminal? ¿Son naturales estas ideas y estos sentimientos en el corazón y en la mente de un D. Ambrosio? ¿Procedía tal vez su reserva de la necesidad que él sentía de reparar fuerzas y tomar aliento, en medio del torbellino de los placeres? ¿Era que su tendencia sensualista, trocada en cálculo, le prestaba energía suficiente para vencer su propia impetuosidad, y con la muda contemplación de su presa se gozaba en aumentar la intensidad de sus deseos, para hacer más espléndidas las futuras satisfacciones? ¿Era que necesitaba en la señora de sus pensamientos el nuevo estímulo de la virtud y la pureza, y no sabía de qué manera podría convertir á aquella mujer en querida suya, sin que dejase de ser pura y virtuosa?

Absurdo es esto, pero no imposible.—El niño mimado llora porque pongan en sus manos la estrella que ve lucir en el cielo. No hay aberración ni imposible que no exija este puñado de lodo, cada vez más soberbio y caprichoso, cuando el alma, con todas sus facultades y potencias, se

constituye en su baja y solícita servidora.—No podemos, sin embargo, ni intentamos responder de una manera categórica á las anteriores preguntas. La causa y objeto de las acciones honestas es materia comprensible y clara; pero el vicio es siempre tenebroso y oscuro. Cuando se pervierten todos los resortes de un corazón, y sus acciones no corresponden al alto fin á que la Providencia quiere encaminarlas, el hombre parece abismo sin fondo, y no hay entendimiento tan lleno de luz propia que pueda penetrar y caminar seguro en la inmensidad de sus tinieblas.— No es difícil en las ruínas de una populosa ciudad clasificar sus fragmentos y determinar cuáles pertenecieron al circo, cuáles á la casa del César, y qué columnas ayudaron á sostener el templo consagrado á Júpiter.... Mas ¿quién es capaz de clasificar las ruínas del espíritu humano, cuando la perversión ha llegado hasta el punto de que las nociones mismas de la virtud sirvan sólo para dar nuevo estímulo y variedad al vicio?

Con todo, y sin apartarnos de nuestro objeto, diremos que, en realidad de verdad, nuestro D. Ambrosio no tenía más pensamiento que María, ni más ocupación que la magnífica fábrica de su palacio. Este edificio era hermano gemelo de su amor. La casa de María estaba inmediata. Brillaba satisfecho el orgullo de D. Ambrosio, y lisonjeábase su esperanza, al contemplar que la decente habitación de María, á medida que su soberbio vecino se iba agigantando y extendía en derredor la verde alfombra de improvisa-

dos jardines, se mostraba más modesta, más humilde y más dominada.

En igual estado imaginaba el ánimo de María. Pero esta comparación, involuntariamente establecida entre los dos edificios, no debía, en sentir de D. Ambrosio, humillar el orgullo de su amada, puesto que el palacio no era otra cosa que un monumento consagrado á la pasión por ella inspirada, y en él se veían representados y tenían recuerdo perpetuo los instantes en que esta pasión se había insinuado con más fuerza y había ganado mayor espacio en el alma del capitalista. —Pondré algunos ejemplos.

En cierto momento de descuido, contempló D. Ambrosio con mudo arrobamiento el pie gracioso y breve de su amada, calzado de una zapatilla moruna. Al día siguiente mandó adornar á la morisca uno de los mejores salones de su palacio. El mismo dió los colores y el dibujo que habían de servir de pauta á los artistas encargados de ejecutar sus órdenes, y bien pronto la traviesa zapatilla se vió reproducida en aquella caprichosa y variada ornamentación, como el tema musical más sencillo toma colosales proporciones y sorprendente desarrollo en el profundo genio del autor de *Roberto el Diablo.*

Una tarde de los últimos días de la primavera, los rayos del sol poniente, jugueteando por entre las hojas de los árboles que sombreaban la casa de María, atravesaban los visillos de los cristales, é iluminando el semblante de la joven con una luz sonrosada, ó más bien con una de esas claridades

que no tienen nombre, y que sólo la naturaleza sabe crear, daban á su hermosura un incremento verdaderamente maravilloso. Contemplaba D. Ambrosio, lleno de encanto y de sorpresa, el súbito realce que habían tomado en aquel momento todos los atractivos de su amada. Aquel golpe de luz era el crisol que ponía á prueba, y de que salía más pura y resplandeciente que nunca, la fecunda beldad de María. De sus negros ojos se desprendía un torrente de luz intensa y suave, en cuyo fondo adivinaba D. Ambrosio todas las delicias juntas que han soñado los hijos del Profeta. Este momento fué muy breve: D. Ambrosio hubiera querido dilatarlo; pero el sol tuvo la descortesía de ocultarse demasiado pronto....—Al día siguiente, en la parte occidental de sus jardines, mandaba levantar un templete rodeado de árboles y con cortinas delante de los cristales, de los mismos colores que él había observado en la habitación de María.—Podía, pues, repetirse el fenómeno de luz que tan agradablemente le había sorprendido, hermoseando de una manera fantástica el rostro de su diosa.

Aprovechando un verano en que la casa de María quedó sola y en que sus llaves le fueron entregadas, construyó una galería subterránea con dos puertas secretas, y puso en oculta comunicación ambos edificios. Extasiábase nuestro D. Ambrosio al imaginarse el feliz momento en que su amada, noticiosa de su pasión, y persuadida de su deseo, después de un breve espacio de indecisión y de lucha, que serviría sólo para dar

nuevo atractivo á todos sus encantos, se resolviese por fin á oprimir con su delicada mano el blando resorte que, produciendo un sordo rumor semejante á un suspiro, abriría la puerta y descubriría á sus ojos embelesados todas las sorpresas de la galería subterránea. Se hallaría la gentil dòncella frente á frente de la estatua de la Noche, que con una mano puesta en los labios le aconsejaría silencio, y con la otra le señalaría el camino que debía seguir. Bien pronto el gesto amoroso y suave de la estatua disiparía el susto que su aparición repentina, al abrirse la puerta, debía producir en la excitada imaginación de María. Varios genios audazmente concebidos, y con gran facilidad ejecutados en mármol de Carrara, á cada paso le ofrecerían en sus manos los frutos más preciosos del mar y de la tierra. El niño eterno, el dios del Amor, le saldría al encuentro al fin de la galería, ebrio de felicidad y con los brazos abiertos, como para recibirla.... No dudaba nuestro héroe que si la curiosidad, nada más que la curiosidad, abría la puerta, no podría menos una mujer de atravesar camino tan breve y lleno de encantos.

Concluyó D. Ambrosio su palacio, ó, mejor dicho, el símbolo de su pasión. En el ínterin, habíase ganado con maña la voluntad de todos los que rodeaban á María, y especialmente del hombre encargado de su custodia, á quien enlazó de tal suerte en sus negocios, que ya el bueno de D. Fadrique no tenía vida propia. Empezó D. Ambrosio por arruinarlo; le prestó entonces dinero

para que siguiera viviendo con el mismo tren á que estaba acostumbrado; y, con la esperanza que adquirió de ser asociado á buenos negocios que le permitieran pagar y recuperar lo perdido, hallábase el tío de María tan subordinado al banquero, que en él contemplaba la forma visible de la Providencia. ¡Esto de haberle prestado tanto dinero, sabiendo su insolvencia, y sólo *por consideración á su alcurnia*, le parecía lo más sublime de la generosidad!

D. Fadrique no había heredado de la alta clase á que pertenecía, más que su indolencia, su abandono, su horror á los negocios y ocupaciones serias, y sobre todo su amor al lujo y á los placeres. Viejo de buen tono y de afable trato, avezado á todo lo malo y á todo lo bueno, nada le causaba sorpresa, y rebosaba constantemente en esa pródiga indulgencia que procede de la falta de sentido moral. Una sola cosa le horrorizaba: ¡la pobreza! — Debemos, sin embargo, confesar, en honra suya, que cuando sospechó las intenciones de su protector, era ya demasiado tarde para retroceder.—Por otra parte, él nació *caballero*, y, por consiguiente, *agradecido*, ¡y debía tantos *favores* á D. Ambrosio!

Habitaba éste ya su palacio, y trataba de celebrar su inauguración de una manera fastuosa y conducente á su objeto. Pensando con detenimiento sobre el asunto, se le ocurrió la luminosa idea de dar un *baile de trajes*, al cual asistirían indudablemente, en desesperada competencia, todas las hermosuras de la corte, y hasta era se-

guro que ni aun las más serias notabilidades p
líticas y literarias se desdeñarían de prestar s
propias personas, caprichosamente vestidas,
lustre y esplendor de la fiesta....

Al empezar el baile, empieza el Primer Ac

II.

CUATRO PALABRAS SOBRE LOS CARACTERES DEL «ÚLTIMO DESEO».

El demonio.—Nada tengo que decir previamente acerca del carácter de este elevadísimo personaje. Todos le presentimos; á todos nos habla; todos nos reímos de sus mentiras; y todos hemos invocado alguna vez su genio maligno y destructor.

Se goza en la degradación de la hechura de Dios, porque es el único medio que tiene de ofender á su eterno enemigo. Atizador constante del fuego de todas las malas pasiones, se embriaga de gozo aspirando el humo que exhalan. Activo, mofador, lleno de amargura y de pertinacia, hace alarde majestuoso del poder que aún conserva para afligir al cielo. Familiar en la forma, sólo en muy escasas ocasiones toma la entonación propia del dios del mal.—Es el único vencido que no ha dejado ni dejará de combatir en tanto que exista el universo. El campo de batalla se trasladó del cielo al corazón de todos los humanos: en cada pecho se renueva la guerra que empezó en el empíreo.

Ambrosio.—Ya queda descrito este carácter en la introducción ú observaciones preliminares.

Macario.—Cortesano de Ambrosio.

Fadrique.—Ya está descrito.

MARÍA.—Tierna, sencilla, triste, se exalta hasta la soberbia ante cualquier insinuación de Ambrosio.—Hay en su vida un misterio que más adelante explicaremos.

ADOLFO.—La pasión, la ternura, el sentimiento, la franqueza y la abnegación.—La convicción de que nunca le amará María le hace mirar con hastío la existencia.—El convencimiento de que es amado, le hace luego capaz de todas las virtudes.—Cuando el oro y el vicio arrancan de sus brazos á su prenda idolatrada, llega al crimen.

ADVERTENCIA.

Catorce meses y medio después de escrito lo que precede, hallamos al ilustre Ayala en Lisboa, desterrado por motivos políticos, y en compañía de su fraternal amigo el Sr. D. Mariano Zabalburu, ya mencionado en el presente volumen.

Esta digna persona le había estimulado, con todas las artes y mañas de un profundo afecto, á prometer solemnísimamente escribir sesenta *versos diarios (desde el 15 de Enero de 1867) en su proyectada obra* EL ÚLTIMO DESEO. *Y, efectivamente, el día citado cogió Ayala un gran cuaderno de papel, que tenemos ante la vista, y volvió á escribir con toda formalidad, en medio de la primera plana, aquello de* «EL ÚLTIMO DESEO», drama lírico fantástico, etc., etc., etc.

Emprendió entonces con su terrible pereza la formidable lucha, muy digna de estudio, representada por el siguiente curioso DIARIO; *lucha que sólo dió por* resultado líquido, *durante dos meses de casi continuo encierro, las* dos primeras escenas *(que luego se leerán) del prometido drama; el cual se quedó ya en aquel ser y estado por todos los siglos de los siglos.*

En cuanto á la promesa *de escribir sesenta vers cotidianos, y á la manera de cumplirla, una alusi muy graciosa se encuentra al final de la magnifi Epístola en tercetos dirigida por Ayala á Zabalbu (página 73 de este tomo); amén de los donaires y a de los lamentos que se verán en el tal* DIARIO, *cu tenor es el siguiente :*

III.

(Hay una cruz.)

Lisboa y Enero 15 *de* 1867.—He pensado que es imposible suprimir la aparición del MUERTO, ofensor ó marido de MARÍA; bien que esta aparición pueda ser muda, y reducirse á sacar de la habitación al amante.—El DIABLO puede promoverle un desafío á RODOLFO.

16 *de Enero.*—He pensado mucho y adelantado poco.—Si la *aparición* se verifica, no es necesario que provoque el desafío.—Mañana debo decidirme.

17 *de Enero.*—MARÍA, AMBROSIO, ADOLFO y el DIABLO son las entrañas del cuerpo de la obra. Debo fijar bien, ante todo, la posición y carácter de cada uno....—Á nada me he decidido.... Se me ha pasado el día en ver la Biblioteca de G.

18 *de Enero.*—Lo he pasado leyendo á Quevedo.

Día 19.—Leyendo á Quevedo.

20.—Leyendo á Sor Juana.

21.—Sor Juana.

22 de Enero.

Más triste que un portugués,
Más monótono que un necio,
Más cerrado que un avaro,
Más insulso que.... ¡callemos! [1]
Está el tiempo.... y mi mollera
Aún más cerrada que el tiempo.
—¡Si no provoco en mi espíritu
Un fuerte sacudimiento,
Voy á quedarme tan triste
Y tan mustio como el pueblo
Lusitano, quien parece,
Según anda macilento,
Que de la muerte de Camoens
Sufre el castigo severo,
Y que á la cara le salen
Los hondos remordimientos!—

Evoquemos los fantasmas
Que esperan figura y genio
De mi pluma....—Generoso
Es el asunto que emprendo;
Pues me ofrecen á porfía
Sus esperanzas el cielo,
Sus inquietudes la tierra
Y sus penas el infierno.

---

1 Donde nosotros decimos «¡callemos!,» figura en el original cierto apellido.

Hable Ambrosio : manifieste
Su vil apetito ciego,
La rebelión de la carne,
Las villanías del cuerpo,
El motín de los sentidos
Y el frenesí del deseo.—
Aparezcan á su lado
Aduladores diversos,
Idénticos en el fondo,
Diferentes en los gestos;
Unos dulzones y sandios,
Que se convierten en ecos
De sus palabras agrestes,
Y al principio muy severos;
Otros se muestren altivos,
Y al fin cedan á su intento;
Que *al fin* con la resistencia
Se aumentan favor y premio,
Y en esto de adulaciones
Estamos ya tan maestros,
Que hay quien adula alabando,
Y hay quien adula riñendo.—
Venga el Diablo en su socorro,
Cuando, de puro perverso,
Inofensivo se torne....—
Esto basta : yo me entiendo.—

Pues me faltan diez minutos :
Tengo que hacerme diez versos.

¡ No es el Diablo personaje
Que pueda tan de ligero
Describirse !.... — Risa fría :
Más que cólera, desprecio
Sienta por el hombre : activo,
Incansable, en cada pecho
Renueve la gran batalla
Que á Dios presentó en el cielo :
De las impuras pasiones
Revuelva el inmundo cieno;
Porque es el hedor que exhalan
De sus altares incienso !....

Mañana será otro día :
Vendrá Dios, y medraremos....—
¡ Si esto no va más de priesa ,
Voy á condenarme á necio!
Diez versitos me faltaban,
Y salen.... (veamos....) completos ,
Veinte ; y ahora veintiuno,
Y uno más....—¡ Así son ellos!

Día 23 *de Enero.*

¡ Con versitos te me vienes
Cuando cuadros ambiciono !
¡ Á disculpar tu pereza
Se aplica tu ingenio todo ,
Y finges que estás despierto
Sin dejar de estar modorro !
¡ Déjate á un lado las ramas ,
Y vete derecho al tronco !

¡No consientas, vive Cristo,
Si tienes sangre en el ojo....
....
....
¡No consientas que la prima
Del primo libidonoso,
Ni su tío el mentecato,
Ni el tragaldabas hidrópico,
Ni ADOLFO el perdona-vidas,
Ni el mismísimo DEMONIO,
Ni toda la gorullada
De tigres, zorras y lobos,
Anden jugando contigo
Al escondite y al morro,
Y haciendo guiños y gestos
Oigan tu reclamo flojos,
Y á tus conjuros respondan
Encogiéndose de hombros!
Mételos, pues, en cintura
Con el látigo de Apolo;
Porrazos de inspiración
Descarga sobre sus lomos;
Puntapiés de pertinacia
Dales en lo más redondo,
Y ellos entrarán en fila
Magnetizados y atónitos.
¡No seas con tus creaciones
Cual caduco pedagogo
Á quien el respeto pierde
El parvulillo mocoso,
Y ve trocada su escuela
En desorden babilónico,

Y apaciguarla no logra
Por más que se quede ronco !....—
¡Y aun esto es perder el tiempo!....—
¡Trabaja, y Dios sobre todo!

Pero, ya que he comenzado;
¿Qué lograré, si no logro
Dar un paso en la subida
Del monte dificultoso,
Cuya eminencia me infunde
Á un tiempo esfuerzo y asombro?—
Meditemos en romance;
Que á un hijo del sacro coro
El asonante y el ritmo
Más son ayuda que estorbo,
Y, cosquillas de la espuela,
Convierten el penco en potro.

PRIMER ACTO : — El entusiasmo ;
Los aplausos ; los elogios
Que á todos los concurrentes
Inspira el templo famoso,
Donde todos sus deseos
Tiene cumplidos Ambrosio :
La inquietud con que éste aguarda
Al verecundo pimpollo,
Que, si en la apariencia galas,
Es espinas en el fondo....—
A. puede ser personaje
Eminentemente cómico....—

¡Siempre que atento repara
De Lucifer en el rostro,
Recuerda á algún conocido
Ó algún lance peligroso!....
Unas veces, á su suegra
Cree ver; otras á un jiboso
Con quien riñó; otras al sastre
De su pueblo; otras los ojos
De una vieja con quien tuvo
Amores cuando era pollo....
En fin, el Diablo, á quien mira
Con la insistencia del bobo,
Se parece á cada uno,
Con ser diferentes todos....—
Las preguntas que le haga,
Su confusión y su embrollo
Pueden dar mil ocasiones
De risa y chistes sabrosos.—
Puede declarar María
Su ardiente pasión á Astolfo,
Y en el trance en que se encuentra
Pedirle ayuda y socorro;
Prometérselo el amante,
Arrestado y generoso,
Y después, envenenado
Por los chismes del Demonio,
Hecho un infierno de celos
Y despechado y rabioso,
Querer con bulla y escándalo
Vengar el supuesto oprobio.—
Puede ser un buen recurso
Que también el mismo Ambrosio

Con la mano de María
Le brinde; pues de este modo
Se confirman sus sospechas
Y se acrecienta su enojo....

Cosas que he de hacer (si el cielo
Consiente que abra los ojos)
Mañana: — Escribir dos cartas,
Á Emilio Flaco y al Gordo: —
Llamar después al barbero,
Que al punto me eche en remojo
Las barbas y me las rape;
Porque ya cortadas noto
Las del vecino, y las mías
Me pueden servir de embozo: —
Ajustar con el barbero
Un rapamiento periódico: —
Pedir que, para lavarme,
Me traiga salvado el mozo: —
Visitar, según la gana
Y el tiempo, á muchos ó á pocos: —
Comprar jabón, y cepillo,
Y tijeras, que de todo
Carezco, y hasta jeringa,
Que dicen que aniña el rostro.
No se me olvide la llave
Del reloj: — ni en saco roto
Eches el *drama* un momento;
Que este es el asunto gordo. —
Á un tiempo cosen y cantan
Las niñas....—Pues haz lo propio....;

Propiedad á que me obligan
El asonante que agoto,
Y la prisa ; pues el sueño
Me va convirtiendo en plomo,
Y juzgo, hace largo rato,
Que hago versos.... ¡Cuando ronco!....

Día 24 de Enero.

Con ceño amanece el día ;
Rápido el viento discurre
Por la ciudad, y unas veces
Se lamenta y otras muge.
Las negruzcas chimeneas
Tiemblan, y el humo que escupen,
Confuso y atolondrado,
Delante del viento huye.
Turbias el Tajo levanta
Sus antes ondas azules,
Y hace en su movible espalda
Que los barcos se columpien.
Natillas hay en las calles,
Y en éstas ni un transeunte
Á quien el lodo no pinte
Ó el aire no despeluzne.—
Suspenderé los viajes
Que hacer hoy ayer propuse,
Hasta ver si, entrado el día,
El sol la geta descubre....

¡ Pero el *Drama*.... es otra cosa !—
Por de pronto, se me ocurre
Que la presencia del DIABLO ,
Aun sin hablar, estimule
Siempre las malas pasiones
De cuantos la escena ocupen.—
Pueden todos á RODOLFO
Hablarle de las costumbres
Del DIABLO, de sus diversos
Nombres y grandes embustes.—
De los informes que todos
Dan, cada uno deduce
Que es un pícaro y farsante
Y que es fuerza que le expulsen
De allí....—Ya haré que el DEMONIO
Invisible los escuche ,
Y si entonces, por venganza ,
En el cuerpo se introduce....
....
....

¡Luzca un rayo que ilumine
Las dudas que ya me aturden ;
Porque en el Limbo mi obra
Se quedará, si él no luce!—
¡Será forzoso que cambie
Mi método, y que le busque
Por otro lado las vueltas
Al asunto que consume
Mi paciencia !....— ¡ Cada día ,
Antes que me desayune ,

He de hacer un plan, y ¡ salga
Como salga !....— Pesadumbre
No me cause, si de pronto
No se disipan las nubes....—
¡ Hace seis años que necio
La noble lira depuse!....
¡Tal modorra no se deja
Vencer al primer empuje!
Mas con tesón y constancia
Al fin llegaré á la cumbre....—
¡ Sí; llegaré, ¡ voto á Dios !....
Contando con que ÉL me ayude!

Día 25 *de Enero.*

No opino que la paciencia
Es el genio, mas lo suple:
Golpeado el pedernal,
Arroja chispas y luce,
Y el agua, que está más honda,
Á fuerza de brazo sube.—
¡ Eh! ¡ Basta de arenga, y vamos
Á trabajo menos fútil !....—
PRIMER ACTO.... — Cese el verso
Y la prosa continúe....

Día 26 *de Enero.*— Carta á Emilio.

27 *de Enero.* — P. y T.

Día 28. — Se me ocurre que debe haber en el

drama una mujer viciosa de alma é intacta de cuerpo; amiga de excitar pasiones, cuyas consecuentes súplicas rechaza indignada; que procura inquietarlos á todos, sin entregarse á ninguno, y cuya *virtud*, en fin, protege el DIABLO.... diciendo así:

> Le ayudo, cual padre tierno
> De su indigno proceder....
> ¡La virtud de esta mujer
> Me está poblando el infierno!

29 *de Enero.* — Todo por la Patria [1].

Día 30. — Idem.

1.º *de Febrero.* — Idem.

2 *de Febrero.* — Idem.

Domingo 3.—La escena del *Segundo Acto* entre mi MEFISTÓFELES y MARÍA puede ser de primer orden.—Él trata de convencerla, manifestándole *todo el bien* que puede hacer accediendo á las pretensiones del BANQUERO; quiere convertirla en su *ángel bueno;* combate su egoismo.... — Aquí aquel párrafo suelto.—Grandes presentimientos. — Sentimentalismo del DEMONIO en el final.—El

1 Entendemos que el ilustre desterrado alude aquí á la grave conspiración política de que ya era por entonces el alma, y que estalló en Setiembre de 1868.

DIABLO quiere obligarla á sentir remordimientos de haber sido.... buena.—Se despide del DIABLO para no verlo más, y siempre se lo encuentra delante.

Lunes 4 de Febrero.—Escenas culminantes del *Acto primero:*

MARÍA y su AMANTE.—AMBROSIO y MARÍA.—AMBROSIO y el DEMONIO. — Todas las últimas.

Acto segundo.—MARÍA y el DEMONIO.— MARÍA y su AMANTE.—AMBROSIO, el DEMONIO, MARÍA y su AMANTE.—DICHOS, una SOMBRA.—MARÍA, AMBROSIO, el DEMONIO. —El DEMONIO, AMBROSIO, el AMANTE.—El DEMONIO, AMBROSIO.—*Final.*

NOMBRES DEFINITIVOS.

MARÍA.	FADRIQUE.
AMBROSIO.	LISARDO.
DEMONIO.	¿ Laura ?
MACARIO.	

Día 5 de Febrero. — Decididamente, LAURA debe entrar en la acción. Sobre ser el personaje más original de la obra, me proporciona frecuentes recursos para entretener al DIABLO y para hacer que FADRIQUE, en el Tercer acto, desesperado y celoso del amor que LAURA manifiesta á LISÀRDO, procure justificar á MARÍA.

LAURA, también irritada y herida en su vanidad, porque el BANQUERO no ha sido sensible á

sus encantos, y sabiendo que la causa es el amor que tiene á María, puede justificarla, á fin de que Lisardo la quiera y María abandone al Banquero, de quien intenta vengarse; y así resultará evidente, por medio de María, que todo el mal que le ha hecho el Diablo redunda en beneficio y justificación de su virtud.

¡Se va nutriendo la obra!

Martes 6 *de Febrero.* — ¡Nada!

Día 7 *de Febrero, Jueves.*—Necesito, al principiar este Acto, preparar las escenas de María y Lisardo, — María y Ambrosio, — Ambrosio y el Demonio.

Viernes 8.—Escena final del Drama, que puede ser de grande efecto: — María se encara con el Banquero, y, como inflamada por el fuego de la revelación, reconoce en él al espíritu maligno que lo anima, y lo delata, describe y baldona, dando gracias á Dios de haberse librado de sus asechanzas.—El Banquero, es decir, el Demonio, acaba de ofrecer á Lisardo la mano de María.

Sábado 9.—Biblioteca.

Domingo 10.—Misa.

Lunes 11.—Escribo al fin la Escena primera.

Martes 12.—Escribo la Escena segunda.

Miércoles 13.—Hago la distribución de todo el ACTO PRIMERO.

En el ACTO SEGUNDO, escena de las *Figuras históricas*.—

....¡Paz, caballeros!....—
¿Ves cómo fué una imprudencia?

Jueves 14.—Escribo en redondillas la ESCENA PRIMERA, que había escrito el lunes en romance.

Viernes 15.—Copio en limpio la ESCENA PRIMERA.

Sábado 16.—Copio la ESCENA SEGUNDA.

IV.

ESCENAS 1.ª Y 2.ª DEL DRAMA «EL ÚLTIMO DESEO».

ESCENA PRIMERA.

ADOLFO, FADRIQUE, MACARIO; después AMBROSIO, después LISARDO.—Damas y caballeros.—(Todos suntuosamente vestidos con trajes de diferentes épocas.)

(Examinan el salón y las habitaciones inmediatas, divididos en grupos y manifestando sorpresa y admiración.)

INTRODUCCIÓN *(Cantada)*.

UNOS.

¡No tiene un príncipe
Tal residencia!

OTROS.

¡Produce vértigo
Tanto esplendor!

(Aparece Ambrosio.)

UNOS.

¡Viva el alcázar
De la opulencia!

OTROS.

¡Viva el magnífico
Sabio creador!

AMBROSIO.

Me ensancha el ánimo
Vuestra presencia :

Me inunda en júbilo
Vuestro clamor.

TODOS LOS CONVIDADOS.

Hoy que, estrenando pródigo
La estancia que admiramos,
Nos abres con estrépito
Las puertas del Edén;
Cien edades pretéritas
Que aquí representamos,
Cien figuras históricas
Te dan el parabién.
Y al verse atónitos
En tu presencia,
Lanzan unánimes
Este clamor:
¡Viva el alcázar
De la opulencia!
¡Viva el magnífico
Sabio creador!

AMBROSIO.

Sucédanse los goces;
Las fiestas se repitan;
Fascinen la belleza
Que anhelo poseer....
¡Dichoso si estas voces
En ella depositan
Instintos de grandeza,
Codicia de placer!

FADRIQUE.

(¡ Qué tristes son los goces
Si en balde nos incitan !
¡ Qué amarga es la tristeza
Cercada del placer !
En vano tantos goces
Mi agrado solicitan,
Ausente la belleza
Que es alma de mi ser.)

LOS DEMÁS.

Aquí todos los goces
Las almas solicitan.
El arte y la riqueza
Compiten en poder.
Los muertos á tus voces
Curiosos resucitan,
Y aplauden tu grandeza
Y envidian tu placer.
Y al verse atónitos
En tu presencia,
Lanzan unánimes
Este clamor:
¡ Viva el alcázar
De la opulencia!
¡ Viva el magnífico
Sabio creador !

(Hablado.)

CASI TODOS.

¡ Hurra !

FADRIQUE.

¡ Bien puedes gloriarte
Del palacio que contemplo !

MACARIO.

¡ Es suntüoso !

FADRIQUE.

Es el templo
De la riqueza y del arte.

MACARIO.

¡ Ambrosio ! *(Queriendo acercarse á Ambrosio.)*

FADRIQUE.

¡ Ni la mansión
De los hijos de Mahoma ;
Ni la celebrada en Roma
Domus aurea de Nerón ;
Ni....

(Las gentes que rodean al banquero le impiden acercarse.)
(Aparte.) — ¡ Nada ! Con tal vehemencia
Le asaltan , que es excusado *(Despechado)*
Intentar....—*(Con ironía)* ¡ Nos han ganado
El incensario ! ¡ Paciencia !

MACARIO.

¡ Estás triste !.... ¿ No te basta
Tanto aplauso ? *(Á Ambrosio.)*

AMBROSIO.

(¡ Aún no ha venido !)
Acepto desvanecido
Vuestra ovación entusiasta.
Mas de tantos homenajes ,
Permitid que sólo crea
Que ha sido feliz la idea
De dar un baile de trajes....
Pues así logro reunir
En solo un grupo viviente ,
Lo pasado , lo presente....

Y anuncios del porvenir.

FADRIQUE.

Y con los muertos conversas,
Que á tus voces resucitan,
Y á un tiempo te felicitan
Gentes y edades diversas....

AMBROSIO.

Y hacen mi aplauso seguro
Las galas que miro en torno,
Pues sois el mejor adorno
Del palacio que inauguro. *(Vuelve la espalda.)*

FADRIQUE.

¡Es que es muy fino!

(Á Lisardo, que ha oido las últimas palabras sin ser visto por Ambrosio.)

LISARDO.

¡Se pasa!

FADRIQUE.

Y, aunque banquero, echa flores....

LISARDO.

¡Sí! ¡Nos llama los mejores
Muebles que adornan su casa!

MACARIO.

(Volviendo muy entusiasmado, y colocándose entre Lisardo y Adolfo.)

Señores, ¡qué hombre! ¡Qué asombro
De actividad! — Ved qué presto....

LISARDO.

¿Ya le has hablado?

MACARIO.

Y me ha puesto
Una mano sobre el hombro.

ADOLFO.

¿Y tú?

MACARIO.

¿No veis estas gentes?
¡Hay tanto vil, importuno
Adulador!

LISARDO.

¡No es más que uno
El ídolo, y los creyentes!....

MACARIO.

(Dándose importancia, pero con tono ligero.)
Á mí ninguno me roba
La vez.... Yo, desde muchacho,
Entro y salgo en su despacho,
Y en su sala y en su alcoba.
¡Y me recibe de un modo!....—
No puede usted figurarse....—
Hoy le he visto levantarse,
Vestirse, lavarse y todo.

ADOLFO.

¡Pues entonces!....

MACARIO.

Saber quiero
Si este traje es de su agrado.—
¡Un dineral me han costado
Los caprichos del banquero!

LISARDO.

¿Sí?

MACARIO.

Vagaba su inconstancia
De uno en otro personaje;
Y yo quise que mi traje

guardase concomitancia
con el suyo....

ADOLFO.

¡Pues!

LISARDO.

Y al cabo,
¿Lo conseguiste?

MACARIO.

¡Preciso! —
Esto es muy curioso.... Él quiso
Vestirse de Enrique Octavo.
Yo entonces tuve una buena
Idea: se me ocurrió,
Si él de Enrique Octavo, yo
Vestirme de Ana Bolena.

ADOLFO.

¡Hombre! ¡bien!

LISARDO.

¡Feliz instinto!

MACARIO.

Mas luego cambió de intento;
Creyó de más lucimiento
El traje de Carlos Quinto;
Y yo, en busca de un cercano
Personaje, y con deseo....

ADOLFO.

Entiendo....

MACARIO.

Vi en el Museo
El gran cuadro del Ticiano....—
Mas no se logró mi fin....
¡Sólo está el Emperador!

LISARDO.

¿Sólo?

MACARIO.

Sí tal.

LISARDO.

No, señor;
Que tiene al lado un mastín.—
(Macario se queda como recordando el cuadro.)

ADOLFO.

Prosigue.

MACARIO.

Hicimos mención
De infinitos personajes;
Porque estos bailes de trajes
Requieren mucha instrucción....
Y, en fin, viendo el singular
Lujo que se ha introducido
En la Rusia, él se ha vestido
De ruso: y yo, por mostrar,
Con solo el traje que saco,
El poder, costumbres, usos
Y carácter de los rusos,
Me he vestido de Polaco.

LISARDO.

¡Felicísima ocurrencia!

FADRIQUE.

¡Muy cariñosa!

LISARDO.

¡Ante todo!

ADOLFO.

Vistiéndote de este modo,
Nos recuerdas tu ascendencia,

Tu noble estirpe, ilustrada
Por tan bravos capitanes....

LISARDO.

¡No fueron malos gañanes
Cuando usaron esta espada!

MACARIO.

Mucho haré, si la resisto.... *(Se alejan algo.)*

AMBROSIO.

¿Y tu sobrina María,
No viene? *(Aparte á Fadrique, que llegaba al grupo.)*

FADRIQUE.

¿Pues todavía
No ha llegado?

AMBROSIO.

No la he visto.

FADRIQUE.

Ella y Laura se quedaron
Vistiendo....

AMBROSIO.

¿En tu casa?

FADRIQUE.

Sí,

AMBROSIO.

¿Cómo, si Laura está allí,
Te has venido?

FADRIQUE.

No; me echaron.

AMBROSIO.

Mucho tardan.

FADRIQUE.

Sí, por Dios.

AMBROSIO.

¿Y los vestidos?

(Cogiendo á Fadrique del brazo y en tono de mucha intimidad.)

FADRIQUE.

Los traen.

AMBROSIO.

¿Tuve buen ojo?

FADRIQUE.

¡Les caen
Divinamente á las dos!

AMBROSIO.

¿Se los diste á tu sobrina
Como cosa tuya?....

FADRIQUE.

Y ella
Le ha regalado á mi bella
El suyo; mas ya adivina
Laura que mi ardiente fe
Le ofrece tan rico don....

AMBROSIO.

Y yo, con esa intención,
En tu ausencia los compré.
¡Ya tú ves si mi amistad
Te protege en tus amores!

FADRIQUE.

¡Es rasgo de los mejores
Que conozco!

AMBROSIO.

Y en verdad
Que es mujer muy reservada....

FADRIQUE.

¿Laura? No tal.

AMBROSIO.

No; María....

FADRIQUE.

¡Es muy rara! No quería
Venir: mas se vió forzada
Cuando el traje le mostré.

AMBROSIO.

(¡Ah! Bien sospechaba.)—¿Y viene?
(Inquieto.)

FADRIQUE.

Sí; que además ella tiene
Que pedirte no sé qué.

AMBROSIO.

¿Ella? *(Con gran satisfacción.)*

FADRIQUE.

¡Entretenla!—Yo, en tanto,
Ando con Laura más suelto....—
¿Lo harás?

AMBROSIO.

¡Lo haré!—¡Ya he resuelto
Protegerte! *(Abrazándole.)*

FADRIQUE.

Eres un santo.—
¿Y aquel asunto?....

AMBROSIO.

(Como recordando algo que le inquieta.)
¡Es verdad!
(Siguen hablando.)

ADOLFO.

Pero ¿usted no ha visto el techo

Del gran salón? *(Á Lisardo.)*

LISARDO.

No : lo han hecho
Durante mi enfermedad.
Fué tan grave, que no pude
Salir.

ADOLFO.

¡Es extraordinario!

AMBROSIO.

Ya hablaremos. *(Á Fadrique, dejándole.)*

LISARDO.

¡Ah!

(Acercándose á Ambrosio y dándole la mano.)

ADOLFO.

(Diciéndole que deje paso á Lisardo.)
¿Macario?

MACARIO.

(Á Adolfo.)
¡Esto es grande! ¡V. no dude!....

AMBROSIO.

¡Lisardo! ¡Me alegro mucho
De ver á usted!—Y ¿qué tal?

LISARDO.

Bien, gracias.

AMBROSIO.

¿Cesó ya el mal?

LISARDO.

Sí.

AMBROSIO.

Pues cuidarse.

(Se vuelve otra vez bacia la puerta, y también Fadrique.)

MACARIO.

(Con sorpresa y cariño.) ¡Qué escucho! *(Á Lisardo.)*
¡Usted malo!

LISARDO.

(Después de mirarle fijamente.)
Es positivo.

MACARIO.

Pero ¿ha sido cosa grave?

LISARDO.

¡Ya usted ve! ¡cuando él lo sabe!....
(Señalando á Ambrosio.)
¡Por un milagro estoy vivo!

MACARIO.

Pues cuénteme usted....; que quiero
Saberlo, y en cuanto quepa....

LISARDO.

Pues para que usté lo sepa....,
¡Yo se lo diré al banquero!

(Suenan dos golpes de maza en la escalera del palacio, anunciando la venida de nuevos personajes. Macario corre á la puerta.)

FADRIQUE.

¡Ellas! *(Á Ambrosio.)*

AMBROSIO.

(¡Calma!) *(Deteniéndose.)*

FADRIQUE.

(Me devora
La inquietud.)

MACARIO.

(Volviendo.) Laura y María.

ADOLFO.

¿Qué trajes?

MACARIO.

De fantasía :
Noche oscura y blanca Aurora.

ESCENA II.

MARÍA, LAURA, y dichos. *(El salón vuelve á llenarse.)*

AMBROSIO.

¡Qué Noche!
(Acercándose á Laura y mirándola el traje.)

FADRIQUE.

Sus sombras bellas
Os rinde como en despojos
Y os contempla con los ojos
De sus millares de estrellas.

LAURA.

Ya puede la fantasía
Correr sin traba ni freno;
Que ha sepultado en mi seno
La luz prosaica del día.
Mi dulce misterio inflama
La pasión y la espolea:
Sueños doy al que desea,
Y ocasiones al que ama.
Oiré, pues, en buena hora
Cuantos suspiros exhale.... —
Y.... no digo más, que sale
Arrollándome la Aurora.

TODOS.

¡Bravo!

MARÍA.

Si obtiene tal salva
Noche que al placer convida,
No será bien recibida
La tímida luz del Alba.
Pues dice su claridad,
Aunque la ilusión se enoje,
Que no hay sombra que no arroje
Del campo de la verdad.

(Ve á Lisardo; se detiene un momento, y continúa como hablando con él indirectamente.)

Y anuncia á la fantasía
Que sueña con loco empeño;
Que han de disipar su sueño
Las realidades del día.

(Movimiento de aplauso en todos.)

AMBROSIO.

Yo voy de la Aurora en pos.

(Da el brazo á María.)

FADRIQUE.

Yo tras mi Noche ligera....

(Da el brazo á Laura.)

MACARIO.

(Muy contento.)

¡Quién el crepúsculo fuera,
Para estar entre las dos!

ADOLFO.

¡Eh!....

MACARIO.

Cierto.

ADOLFO.

¡Y la va sirviendo

El banquero mismo!

FADRIQUE.

¡Oh! sí....
La quiere mucho, y á mí
Me agrada....

LISARDO.

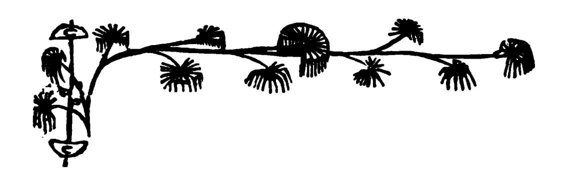
¡Qué!

FADRIQUE.

Yo me entiendo.



YO



ADVERTENCIA.

SABIDO *es que Ayala no llegó á escribir esta obra, de cuyo sentido y esencia se mostró siempre tan prendado en sus conversaciones familiares. Pero, al leer ahora el siguiente profundísimo discurso, comprenderán literatos y moralistas cuánto fundamento tenia el egregio poeta para cifrar grandes esperanzas en una comedia que descansase sobre el concepto del satánico* YO.—*Solamente en las* CARTAS DE GOETHE *á* SCHILLER *y en las* CONVERSACIONES DE GOETHE CON ECKERMANN, *hemos visto análisis tan íntimos y exactos de ningun autor, acerca de la materia dramática que traia entre manos, ni tal lucidez y elocuencia para darse razón á sí mismo y darla á los demás de los empeños y obligaciones del propio ingenio.*

Estos MONÓLOGOS DE AYALA EN EL TALLER *(perdónesenos la frase), son, por consiguiente, un tesoro de filosofía y de didáctica, que de seguro no esperaban*

adquirir las patrias letras aquel infausto día en que por siempre cerró los ojos al mundo el creador de EL TEJADO DE VIDRIO *y de* CONSUELO.—*Y de aquí nuestra resolución de dar á luz, en el presente volumen (como se verá en la parte titulada* TEATRO VIVO), *hasta aquellos meros* APUNTES, *al parecer privados, elementales é informes, que hemos hallado entre los preciosos manuscritos de quien tenía la perfecta conciencia de sus emociones y pensamientos que se revela en los estudios del* YO.





YO

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS.

I.

Consideraciones preliminares.

EBE tener por objeto esta obra exponer, con todo el relieve escénico posible, aquellas formas del Yo que sean más repugnantes, perjudiciales é incómodas á la sociedad.

Dos padres, uno peor que otro, engendran esta continua exhibición de la propia persona: La vanidad y el egoismo.—Cuando nace del primero, es ridícula; cuando del segundo, odiosa.—Sólo teniendo idea exacta de la *abnegación*, podremos comprender el *egoismo*.

Existe el vicio, en cuanto es contrario á la virtud. La virtud es la ley: el vicio la infracción: de suerte que no existirá vicio alguno, mientras no haya enfrente una virtud que de tal le acuse.

Es *abnegación* el fácil prescindimiento de la propia personalidad. Es *modestia* la desconfianza del mérito propio. Siempre la abnegación es sublime: siempre la modestia informa de alto

entendimiento, ó, cuando menos, de buen instinto.—La abnegación sacrifica en aras del bello ideal de las acciones humanas el logro de los deseos que, más ó menos vivos, son huéspedes eternos de todos los pechos: deja, pues, hambrientas las pasiones y satisfecha el alma. Compara la modestia el mérito de sus obras, no con las que, siendo evidentemente peores, le ofrecen un estéril contentamiento del amor propio, sino con aquel altísimo modelo que, más ó menos confuso, pero jamás claro, existe en las almas sencillas y elevadas; y, siendo éste siempre superior á todo lo realizado, es natural y perpetua su desconfianza. ¿Quién duda que la abnegación, para engrandecer el alma con el sacrificio de todo lo que es estimable en la consideración vulgar, nunca aparta su mirada del cielo? ¿Quién duda que la modestia, para adivinar el modelo (siempre es superior á las obras), necesita estar constantemente asistida de un instinto sublime?—Nunca estas dos virtudes aparecen solas: siempre traen de la mano sencillas y adorables compañeras.

Todo el espacio que dejan vacío en un corazón, lo llenan insensiblemente la vanidad y el egoismo.—Tampoco estos vicios caminan solos: siempre la vanidad es seguro indicio de flaqueza de entendimiento: siempre el egoismo, contemplando y adulando la parte grosera de nuestro ser, despierta ruínes instintos que le obligan á apacentar sus ojos en el cieno.

Es necesario vestir á la moda estos personajes

y sacarlos á la escena.— Ofuscan y fatigan el pensamiento las infinitas formas del *Yo*. Desde el imbécil que no imagina asunto más digno de atención que la historia de todo lo que á él le sucede, y no sabe hablar más que de sí mismo (y desgraciadamente este tipo es tan general, que ensucia la mayor parte de las conversaciones del mundo), hasta el presuntuoso estadista que, enamorado de su persona, cubre con la capa del bien público la satisfacción de todas sus vanidades y, por curar heridas de su amor propio, es capaz de encender en su patria una guerra civil, la escala resulta tan inmensa, que el único, pero grave, inconveniente de la obra consistirá en que, por dirigirse á todos, deje de poner en verdadera evidencia á ninguno.—Sin embargo, eso que he apuntado del estadista ú hombre político, bien que peligroso, merece ser tratado.—Y el chisgarabís, ensuciador de conversaciones, no me descontenta....—Ya tengo dos personas.

No pudiendo individualizar las formas infinitas de los vicios y de las virtudes que son objeto de la obra, convendrá mucho, sin apartar por ello nunca la mirada de la naturaleza, resumir en un solo personaje varios sentimientos, ya generosos, ya egoistas.—Un solo personaje, por ejemplo, puede representar la modestia, la abnegación, y hasta la ambición legítima. Es decir; cuando un hombre modesto y sencillo, y apasionado juntamente del bien, comprende que, para realizar una idea fecunda que ha concebido, no tiene más camino que gobernar la Nación, y, á pesar de

sus hábitos pacíficos y de la mansedumbre de su alma, trabaja y se esfuerza por conseguir el poder; en este caso, la ambición, lejos de ser odiosa, es digna de estímulo: es uno de tantos sacrificios con que la abnegación se enriquece.

Aun así, debo pensar en este tipo con más detenimiento; porque es muy difícil presentarlo sin que parezca ó un hipócrita ó un mero ente de razón.—Las situaciones que decidan su conducta persuadirán de la sinceridad de su carácter.

Estos tres personajes, bien combinados, forman un drama.—A...., abnegación.— B...., egoismo. —C...., vanidad.

B.... es el egoismo activo, impetuoso, hambriento de satisfacer todas sus vanidades, de lograr todos sus deseos y de ser la espectación de todas las gentes.

C.... es un remedo de notabilidad; solicitador de gacetillas; parroquiano de todos los fotógrafos de Madrid.—Se ha retratado en más posiciones que toma un descoyuntado.

II.

Para hacer fecunda en resultados la atención que debo poner en este asunto, necesito resolver antes las siguientes cuestiones:

¿En qué época ha de pasar la acción?

En la presente.

El asunto, ¿debe ser de índole política y social, ó meramente de caracteres y de pasiones?

De todo.

¿Á qué categoría deben pertenecer los principales personajes?

Á la más elevada.

En cuanto al lugar de la acción, la cuestión es más dudosa. Si la pongo en España, me voy á crear graves dificultades; y, si la pongo fuera, perderán alcance y eficacia la sátira y la censura....

¡Creemos el asunto, creando al mismo tiempo todas las circunstancias históricas que necesite para su desarrollo; que después no me faltará dónde ponerlo!

III.

Hoy 14 *de Diciembre.*

El asunto puede ser un arreglo de paz entre dos Estados beligerantes; el casamiento de un príncipe; la unión de dos partidos; la importación de cereales para aplacar el hambre pública; la expulsión de un favorito; en fin, debe ser un asunto que interese á todos. Todos entran en él, creyendo cada uno que suya va á ser la gloria, la satisfacción ó la utilidad de plantearlo, y cada uno se convierte en obstáculo para que el otro lo realice: la necesidad apremia y demanda prontas medidas, que van á dictarse; pero siempre tropiezan con el inconveniente de un *Yo* soberbio....—

No sería mal desenlace levantar una Revolución que acabara con todos; y, aun en el caso de que estorbe, nunca dejará de convenir el que

asome un poquito la cabeza, para dar trascendencia y lontananza á las situaciones....

IV.

CARACTERES Ó FRAGMENTOS DEL YO.

El Prudente: es decir, el irresoluto que, preocupado por el temor de equivocarse, permanece dudoso y perplejo durante el curso de toda la obra.—Quisiera conciliar los extremos más opuestos, para ser amigo de todos, sin la zozobra de malquistarse con nadie: pero, como esto no es posible, su conflicto no se resuelve.—¡Dios-Término, que pone un pie en cada uno de los dos campos, y aun á veces, para ocupar cuatro, tiene que echarse á gatas!—Llámese León.

El Yo *calamidad.*—Hombre exclusivista, soberbio, intransigente.—Cree que en él está vinculado el derecho de regir los destinos de la Nación y que es el único árbitro de señalar á cada uno el puesto que le corresponde. Jamás procura identificarse con los intereses de su patria, ni busca inspiración en otra parte que en el impulso de sus pasiones, siempre excitadas. Si alguna vez desea el bien, es á condición de ejecutarlo por su propia mano; y, si lo ejecuta, no es por patriotismo, sino como medio de asegurar su poder y de ver aplaudida su soberbia. Cuando él no manda, no hay calamidad pública que no le produzca un gozo íntimo, á pesar de su pérfido disimulo.—En él, la soberbia toma nombre de

dignidad; la terquedad ambiciosa pretende el dictado de *consecuencia,* y la excitación de todos los instintos plebeyos quiere pasar por *Libertad.*—Siempre que alguna de estas palabras suena en sus labios, es para producir una tormenta.—Todo rival suyo, es un peligro para la patria.—Son sus enemigos todos aquellos en quienes adivina independencia, patriotismo ó entendimiento suficiente para no permanecer quietos y pacíficos en el puesto que él les designe.—Son sus amigos cuantos son sus auxiliares.—Disculpa el odio á los primeros, alegando precisamente la afabilidad y dulzura con que trata á los segundos.—Á éstos, en realidad, los quiere; pero no más que como el cazador á sus perros. — Sueña, en fin, y lucha incansable por vaciar la sociedad entera en el molde de su conveniencia exclusiva.

El pegadizo. — Este tipo nunca puede estar solo: es hiedra, que, si le falta la pared, cae al suelo, todos la pisan y se oculta entre el polvo. —Aparecen en enjambre, como los estorninos, y son el complemento del tipo anterior. Aunque iguales todos en el fondo, en la forma se diferencian mucho: todos sienten *necesidades,* y se empeñan en fingir *pasiones:* por sí mismos, no aborrecerían ni amarían á nadie; pero se acercan al que es rico en pasiones, para que les preste algunas y tener opción de esta manera á las recompensas del amor y á los productos del odio.—Cada uno de ellos, instintivamente, es la exageración ó la parodia de algún defecto ó cualidad del gran personaje, y solamente de aquí

proviene la diferencia de sus fisonomías.—Sirven admirablemente para fingir «*opinión pública*», «*país contento*», «*pueblo indignado*», «*sociedad escandalizada*», etc., según la conveniencia, posición ó deseo del dios que les presta calor y vida.

El Yo *vanidoso*.—Este superficial é incómodo sujeto, que jamás ha hablado de otra cosa que de sí mismo, está indicado al principio de los presentes apuntes. — Puede ser un escapado del enjambre de los pegadizos.

El Yo *zorra*.—Este es el verdadero enemigo, el rival más terrible del Yo *Calamidad*. Es la astucia con que se combate la fuerza. En el fondo, igual á su contrario: en la forma, completamente distinto. La misma sed de mando; la misma pertinacia; el mismo objeto; la misma pasión; pero flexible, parco en palabras, constante en obras, y observador atento de las cualidades de todos los que le rodean...., á fin de comunicarles las que tiene y apropiarse las que le faltan. Aquel crea máquinas; éste obreros inteligentes.—No es orador, ni publicista, ni hombre de ciencia; pero posee habilidad maravillosa para hacer fecundas en provecho propio todas estas cualidades ajenas que, faltas de su prudente dirección, de nada servirían á sus dueños.—Hemos dicho *flexible;* pero no *blando:* no procede arrebatado por el violento impulso de su enemigo; pero muestra, en ocasiones críticas, una grande energía, perfectamente calculada. Aquél va en línea recta; éste la traza curva, y, con todo, suele llegar primero, porque

tropieza con menos inconvenientes. Aquél juzga que todo lo encuentra dentro de sí mismo: éste siente que le falta algo; busca quien lo posea, y tanto mira á los objetos exteriores, que adquiere un extenso conocimiento de los hombres y de las cosas y un criterio más seguro para conseguir el acierto.

En medio de las luchas interminables y estériles de estas enconadas personalidades; en medio de este caos, es preciso crear la luz que ilumine todos los rostros y penetre en todas las conciencias. Semejante luz debe provenir del patriotismo de un *hombre*, estimulado por el amor de una *mujer*.—Él posee la razón; ella el sentimiento.— En el momento supremo de la obra deben unirse y completarse, iluminando el cuadro.

V.

IDEAS SUELTAS.

A. acusa á B., y por las mismas razones que él tiene para acusarle, aquellos en quienes trata de propagar su ira se pasan al acusado.

El mejor medio de adelantar en el plan, es el siguiente:

¿Objeto de la obra?—Ya lo sé.

¿Medio de hacer repugnante el *Yo* número 5.º? —Haciendo ver al público cómo adquiere su importancia, y cómo la emplea.

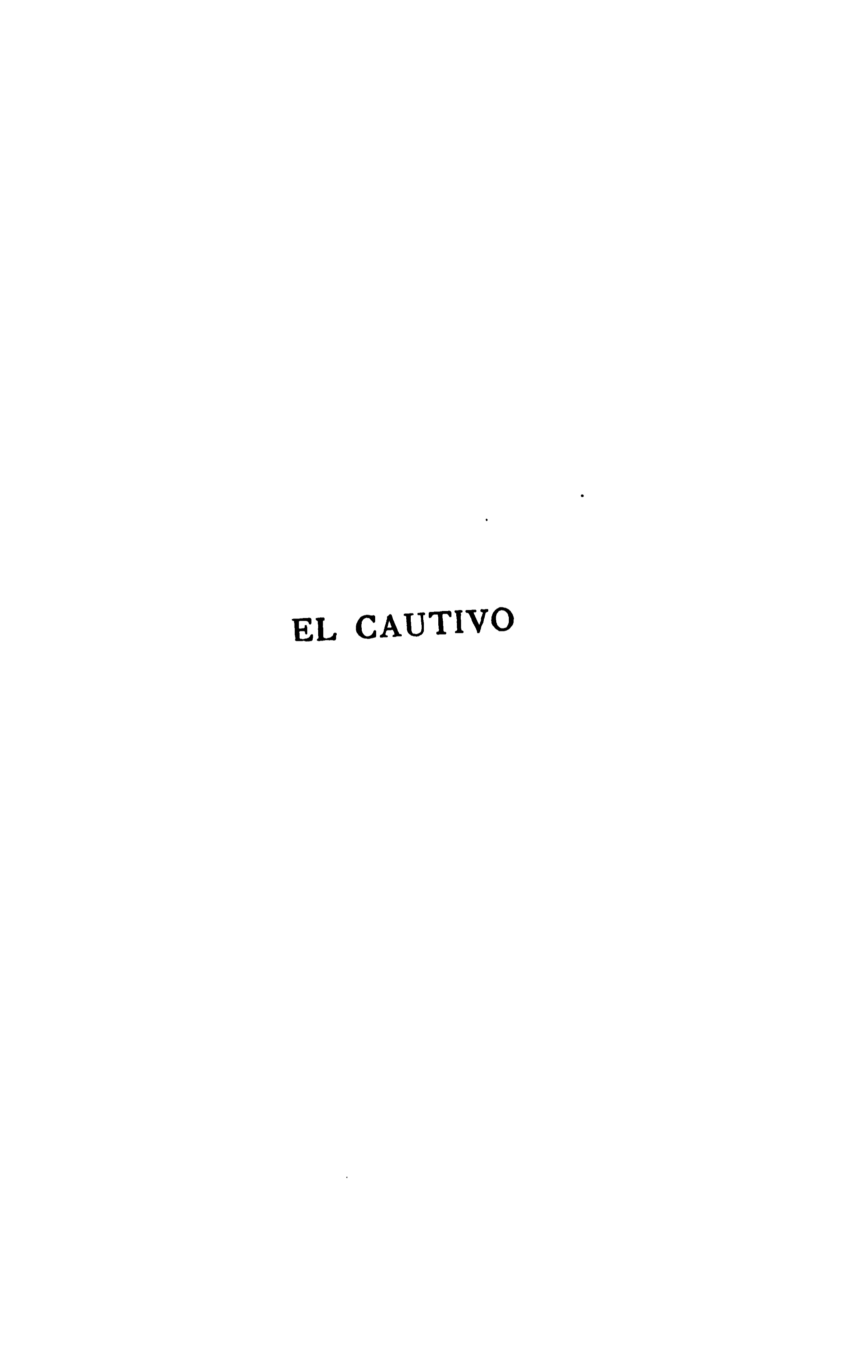
La adquiere, absorbiendo todo lo que le rodea; la influencia de uno, el pensamiento de otro, y hasta los alientos de su mejor amigo.

La emplea , en sí propio.

Transige A. con él mientras se figura que todas las armas que aquel hombre va adquiriendo ha de emplearlas en defensa de todos. — Pero llega un momento en que no son compatibles su vanidad y el bien público : triunfa su vanidad, y A., indignado, se declara su mortal enemigo.

Esta lucha debe estallar á la mitad del SEGUNDO ACTO.





EL CAUTIVO



ADVERTENCIA

—



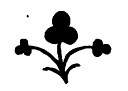
NTRE *los papeles de nuestro Autor se encontró un legajo muy bien dispuesto , en cuya carpeta había escrito cuidadosamente el título de esta* ZARZUELA.

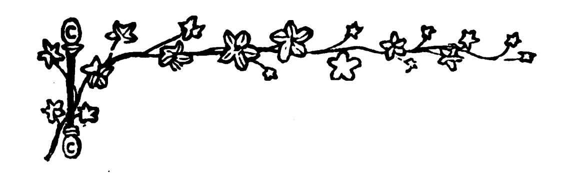
Dentro de la carpeta figuraban :

1.º Un extracto de la comedia de Cervantes : EL TRATO DE ARGEL.

2.º Otro de la VIDA DE CERVANTES *que escribió el señor Aribau.*

3.º Los APUNTES *y la interesante* NOTA *que van á continuación ;—todo ello trazado también de puño y letra de Ayala, con el mayor esmero de que era capaz un tan poco hábil pendolista ; cual si, aun de este modo, hubiese querido significar el respeto con que acometía una obra en que había de figurar como protagonista el inmortal autor de* DON QUIJOTE DE LA MANCHA.





EL CAUTIVO

ZARZUELA EN TRES ACTOS.

(Música de D. Emilio Arrieta.)

PERSONAJES.

—

CERVANTES.
EL REY.
LA REINA.
LA CAUTIVA.
EL ALCAIDE AZÁN.
D. FERNANDO.
EL RENEGADO.
UN ESCLAVO *(gracioso).*
EL GUARDIÁN *de los esclavos.*
CAUTIVOS.— CAUTIVAS.
CORSARIOS.

I.

APUNTES.

Alguno delata la propia conspiración en que debía salvarse.—¡La delata, creyendo que ya estaba descubierta, y resulta que él mismo es quien la descubre!

En el momento crítico, despierta la codicia y lo echa todo á perder.

Debe leer Cervantes una carta, en que su padre le diga las diligencias que hace para conseguir rescatarlo.

El SEGUNDO ACTO (en el jardín del Alcaide Azán, donde está la Cueva) puede ser en alto grado interesante. La esperanza de la próxima libertad; la venida del barco; la traición del dorador; la presencia de todas las moras y aun del mismo Rey; la noble conducta de Cervantes, haciéndose responsable de todo; y, por último, su salida, preso y maniatado, son elementos altamente dramáticos, que, si no componen un buen acto, será por....

Cervantes, en el principio del PRIMER ACTO, debe estar dispuesto á marcharse á la Cueva, y la venida del Corsario con los nuevos cautivos le detiene, porque concibe el noble deseo de salvar el mayor número posible.

Es preciso que haya en el carácter de Cervantes algo de DON QUIJOTE.

Coro de Cautivos, que están en el baño, según los describe Haedo, jugando á las cartas, hablando en grupos, etc.

La salida de Cervantes debe ser, ó para apaciguar una riña entre ellos, ó para defender á alguno de la ferocidad del guardián, que intenta castigarle.

En el Primer Acto debe Cervantes saber el secreto de la Cueva.

Puede el Renegado sorprender este secreto y obligar á todos á que tengan confianza en él.

Preparación de la venida del Corsario. El Alcaide Azán viene á Argel, porque espera á los corsarios y quiere comprar algunos cautivos.—Aquí puede comprar á la muchacha cautiva.

La venida del barco puede dar gran interés al Primer Acto; no sólo porque los cautivos creen que es el suspirado barco de la redención, sino porque en él venga algún español con malas nuevas de España.

Para echar fuera al Guardián de los cautivos, piden á Cervantes que cuente la batalla de Lepanto.

El Renegado se queda; y, conmovido con el relato de aquella hazaña de cristianos, en que figuran principalmente españoles, se descubre y se ofrece á los cautivos.

El *gracioso* es esclavo de un turco. Hay una escena, ó, mejor dicho, un *terceto*, en que el

amo lo juega á los dados.—Él se pone alternativamente al lado del que gana, y concluye el juego cuando cada uno tiene la mitad.—Él teme entonces que lo dividan en dos partes iguales.

Pueden en el Segundo Acto coger los cautivos al Renegado y tratar de matarlo.

La Reina puede revelar á Cervantes que el Rey lo sabe todo, y ofrecerle un medio seguro de recobrar su libertad.

CONCERTANTES.

Introducción.—Coro.
El terceto de la bolsa.
Los corsarios y los nuevos cautivos.
El robo del tesoro de Azán.
Final.

Sábese en Argel la vuelta del corsario Morato Suárez con una gran presa, y el Rey en persona sale á recibirle.

Á su presencia se reparten los cautivos.—Él los examina para conocer los que son de rescate.

En el Acto tercero, Cervantes entrega el dinero por el rescate de la chica, y encarga al mercader que le guarde el secreto. Sus compañeros le piden aquella suma, y él dice el empleo que le ha dado. Preguntan al mercader: éste

dice que trajo de España el dinero con que rescató á la muchacha, cumpliendo lo que Cervantes le encargó. Los demás cautivos desconfían de Cervantes, y acaban por venderle.

II.

NOTA IMPORTANTE ACERCA DE «EL CAUTIVO».

Es extraño que, al tratar de escribir un drama cuyo protagonista es Cervantes en Argel, no se me haya ocurrido que el objeto principal de la obra debe ser poner de relieve y hacer aborrecible la envidia española, tan fecunda en estragos, sangre y calamidades.

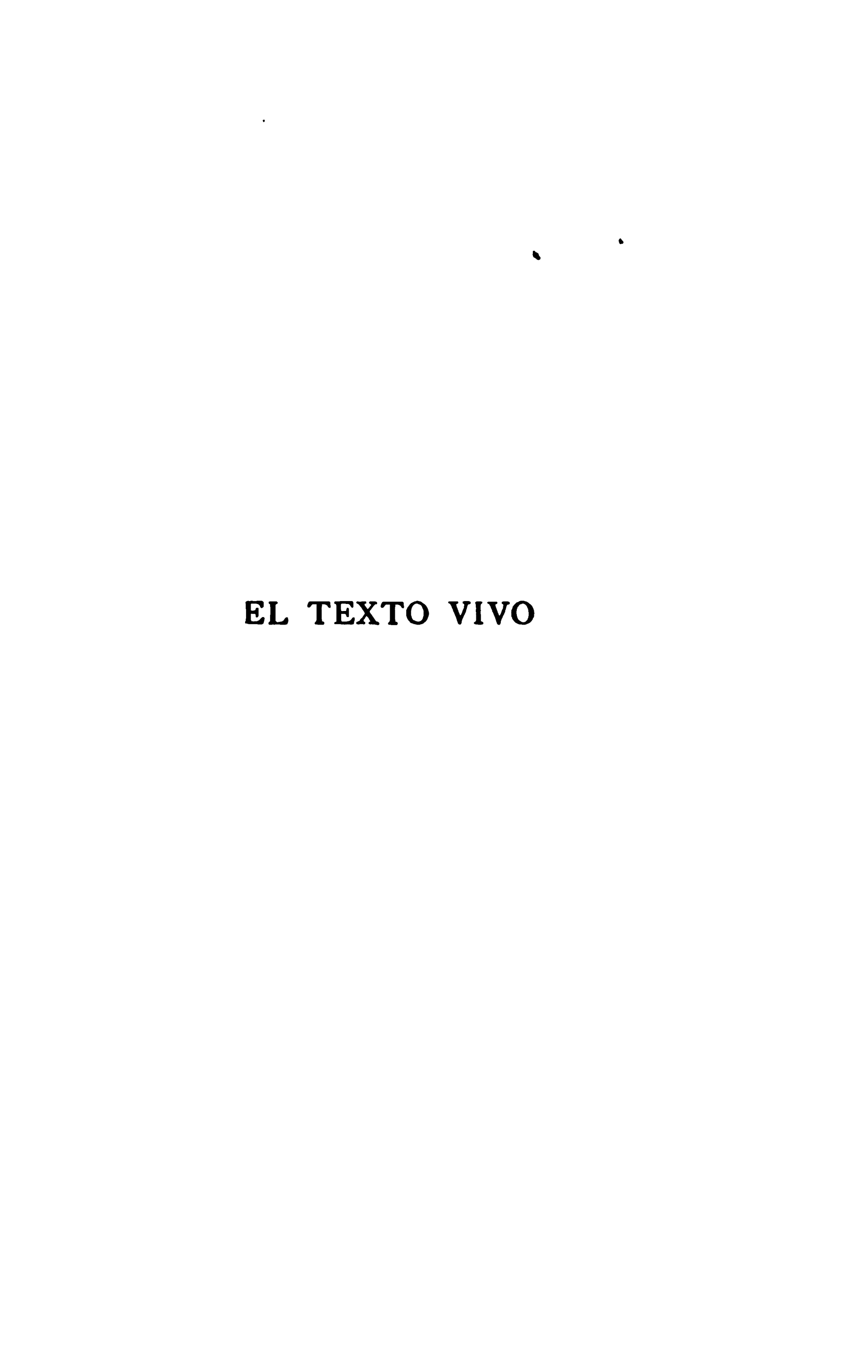
La ocasión no puede ser más oportuna, puesto que la envidia de un español desbarató el heroico y temerario intento del manco de Lepanto. Este debe ser, por consiguiente, el objeto de la obra.

Á medida que el público se vaya interesando por Cervantes y por la libertad de tantos cautivos, es natural que el envidioso se haga más aborrecible.

¡Si yo lograra contribuir á enmendar algo este enorme defecto de nuestros compatriotas, ya podría morir tranquilo, como seguro de que no había sido del todo inútil mi nacimiento!

¡Pues manos á la obra; que en intentarlo nada se pierde, y acaso el convencimiento de que es una obra de caridad y una empresa patriótica, redoble mi fuerza y sostenga mi inspiración!





EL TEXTO VIVO



EL TEXTO VIVO [1]

DRAMA EN TRES ACTOS.



N autor que sufre el castigo de las falsas doctrinas propagadas en sus obras (porque, infiltrándose éstas en el seno mismo de su familia, extravían la imaginación de la hija, pervienten el corazón de la mujer, animan y estimulan la traición del amigo, y arrebatan, por fin, á todos la calma, la felicidad y la honra) es indudablemente asunto interesante y dramático.

Nada hay tan persuasivo y conmovedor como aquellos actos que, por consecuencias rigurosamente lógicas, se convierten en premio ó en castigo de su autor.—Esta es la verdadera providencia del teatro.—La Providencia del templo, interviniendo en los sucesos humanos por medios

1 En los papeles de Ayala no hay más rastro de este proyecto de *drama* que el presente discurso, escrito de su puño y letra.

extraordinarios y divinos, sorprende y halaga el sentimiento de la justicia; pero sólo cuando resulte la enseñanza como deducción natural é ineludible de nuestros actos voluntarios, será verdaderamente persuasiva y honda la impresión que nos deje, y, sobre todo, será dramática, en el sentido artístico.

Mi drama se reduce á las consecuencias que las obras literarias (novelas, por ejemplo) producen en la familia del mismo autor.

Debo dar una idea de sus novelas, ó al menos de la última que haya publicado. Esta es la dificultad de mi drama: ¿cómo le cuento al público toda una novela sin que se aburra?

Empecemos por crear la doctrina del tal libro; ó más bien recordemos las muchas que se escriben y publican diariamente fuera y aun en contra de toda moral.

Receta.—Apoteosis de todas las pasiones; brillantez de colorido; mucha imaginación; poco juicio; máximas aparatosas y falsas; presuntos axiomas encaminados á socavar los cimientos de toda autoridad y á dejar libre y expedito el campo de los deseos....—Por ejemplo, un libro de esta clase puede decir:

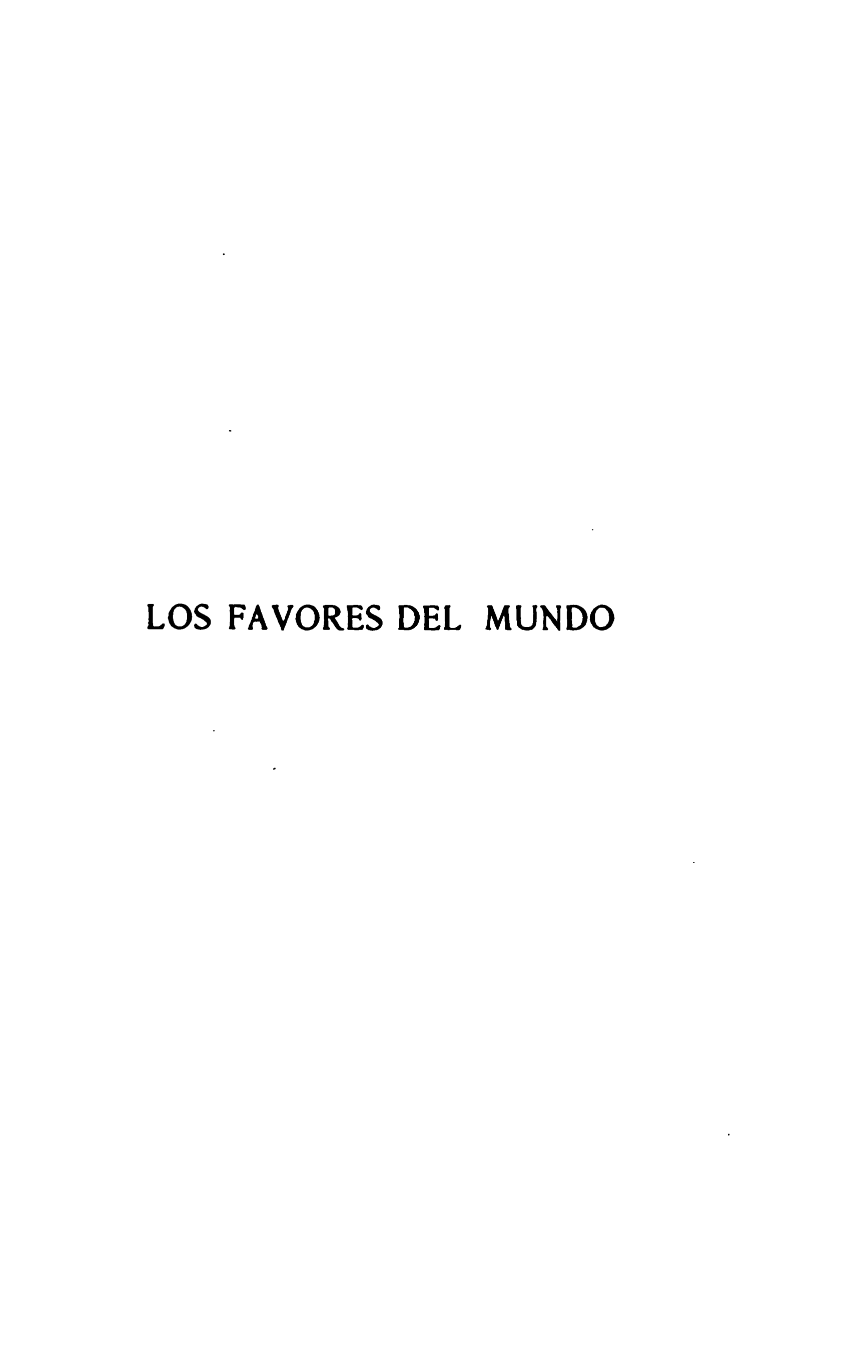
«Todas las leyes generales se han promulgado »para conducir por el camino carretero al vulgo »de la humanidad, ó sea para gobierno y crianza »de las muchedumbres; como los pastores tienden »las redes para que dentro duerman seguras las

»ovejas.—Pero ellos, y aun los zagales, duer»men en chozas separadas y más cómodamente »dispuestas.

»Nada es tan contrario á la justicia absoluta »como el empeño de someter á todos los hombres »á unas mismas leyes ó principios: contra esta »tiránica nivelación, contra esta odiosa simetría, »ha protestado y protestará siempre, en todos los »tiempos y en todos los países, la fuerza indoma»ble de la hermosa espontaneidad del hombre.

»Todos los legisladores han reconocido esta »verdad, y siempre, al promulgar sus leyes, han »reservado á alguien el derecho de dispensar su »cumplimiento en determinados casos. Generales »son los preceptos del Código penal; pero, como »excepción de cada uno de ellos, reside perpe»tuamente en el Monarca ó Jefe supremo del Es»tado el derecho de conceder indulto (que exime »de la pena), ó amnistía (que, no sólo dispensa »la pena, sino que borra la culpa). También »son generales los Mandamientos del Decálogo; »pero, aparte de los muchos y diversos casos en »que se dispensa su cumplimiento, ó en que, por »evitar mayores males, se tolera la declarada in»fracción de sus mandatos, siempre reside en »Dios, Supremo legislador, el don de la Gracia, »que, inspirando el arrepentimiento, asegura el »perdón.»





LOS FAVORES DEL MUNDO



LOS FAVORES DEL MUNDO [1]

DRAMA

Real sitio de San Ildefonso 16 de Julio de 1863.

MOSAICO

Dime, eterno baldón de la justicia;
Fortuna vil; alentadora infame
De inicuas esperanzas; desaliento
Del espíritu humilde; escandalosa,
Pródiga y vana, que á la vez dispensas
Bienes sin fin al, etc., etc., etc.

---

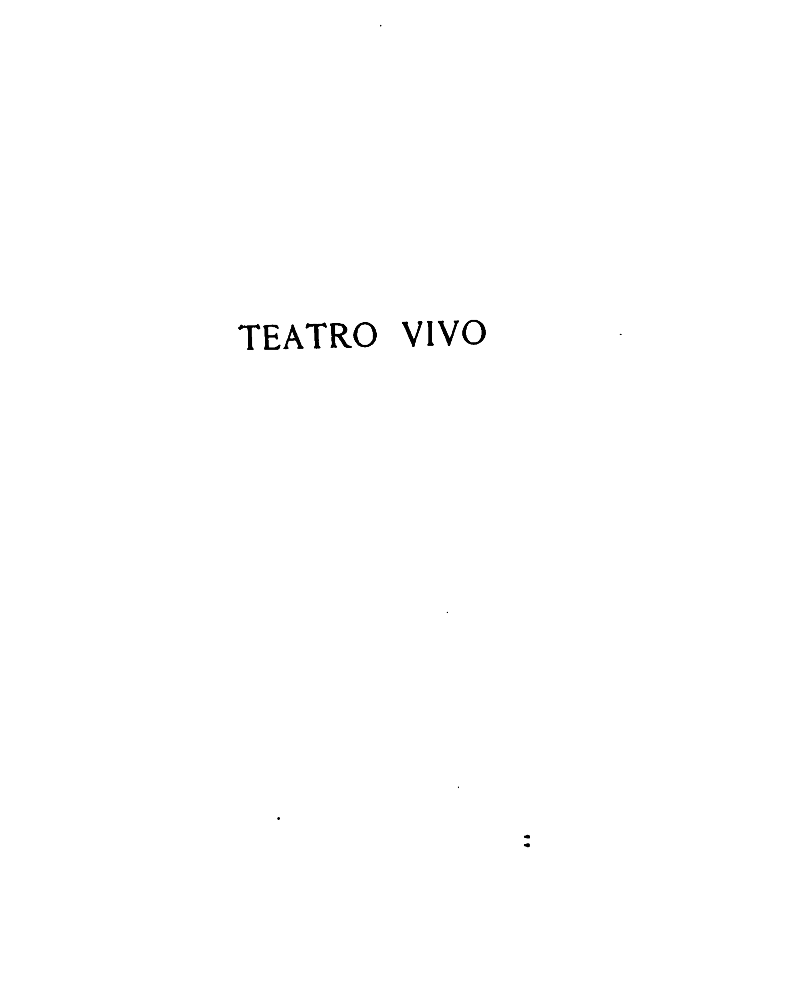
1 De esta Comedia, pensada por Ayala, no hemos encontrado tampoco más documento que un gran pliego de papel en que están escritas de puño y letra del esclarecido dramaturgo las escasas y vagas indicaciones que contiene la presente hoja.

LA FORTUNA....

Actividad, flexibilidad, adulación, talento de mundo, etc.

Los *Favores del mundo* pueden consistir en dinero; en lo que se llama *posición oficial*, cruces, influencia, etc., etc., etc.





TEATRO VIVO



TEATRO VIVO

CARACTERES, RASGOS Y SITUACIONES TOMADOS DEL NATURAL, QUE PUEDEN SERVIRME PARA DIVERSAS OBRAS.

C., espíritu benévolo, amigo de amalgamarlo todo, para evitar disensiones, haría con gusto que Cristo y Satanás se diesen las manos, previa una transacción que llamaría «*honrosa....*» —Tipo nuevo y de efecto en el teatro.

La chica hambrienta de casamiento, puede llenar una piececita en un acto.

El hombre á quien no se le cuenta nada que no le haya pasado á él, es un carácter impertinente y cómico.

El Rey que rabió:—Personas: *El Rey que rabió; Pero Grullo* (un pedantón); *El Padre Cobos* (un desvergonzado); *Perico el de los Palotes* (un entrometido); *El Otro, que todo lo ha dicho* (un taimado); *Maricastaña* (una bruja).—El objeto de la obra debe ser la crítica grotesca de las costumbres cortesanas y de las intrigas políticas. —Buen asunto para Los Bufos.

Lisboa 5 de Febrero de 1867.

Los maridos de buen tono suelen contar á sus mujeres todos sus amores pasados: franqueza que procede de la vanidad, más que del arrepentimiento.

Ellas son más modestas.

Es fastidioso, y suele ser taimado y embustero el hombre que á cada momento está haciendo alarde de su franqueza.

—¿Qué hora es?

—Se lo diré á V.; porque á mí me gusta la franqueza....—Las tantas....

Es también digno de la censura del teatro el que se opone á todo lo que oye. De estos los hay de varias clases: unos batalladores, que gustan de provocar cuestiones para tener ocasión de decir muchas palabras, de que después quedan muy

satisfechos, porque confunden los pulmones con el entendimiento. Los hay también pedantescos, fríos y envidiosos, que no quieren que nadie más que ellos sepa el origen, motivos y objeto de las cosas. Estos meten menos ruído; pero son peores.... Empiezan siempre diciendo:

—Yo le diré á V.: «no es eso.» Aunque digan en seguida, con diferentes palabras, lo mismo que han oído.

El que siempre habla de broma es un ente insoportable y en el fondo egoista, indiferente y malvado. Hace todo lo posible para no ser hombre, suprimiendo la severidad de la razón.—Es un tipo nuevo en la escena y verdadero en el mundo.

El que presume de bien informado de todo y habla poco y con misterio, es un personaje cómico, y mucho más si, con gran aparato y reserva, le cuenta á cada uno lo que cada uno sabe mejor que él.

El ingenuo, el hombre que piensa á voces, es un personaje muy teatral y poco explotado.

Es conveniente defender á los padres de familia de la eterna acusación de *interesados* y

ambiciosos que se les hace en la escena, presentándolos siempre como perseguidores del amor desinteresado de la poética *niña*.

Sería, cuando menos, tan verdadero y mucho más elocuente el que la *niña*, inficionada con el contagio de la época, soñase riquezas y altas posiciones, y el que la madre, por ejemplo, fuese la representación de la modestia y la abogada de un buen muchacho que había sido objeto de los primeros amores de la hija, la cual, prescindiendo de los consejos de su madre, lo abandonase por un rico.—Todo esto en el Primer Acto; y, en los restantes, una pintura viva de las costumbres de un matrimonio de gran tono; y concluir con un severo castigo de la *petite* Catalina.—El marido se separa de ella; la madre se muere de pesar; y de dos hijos que ha tenido, uno se ha muerto, y otro es raquítico [1].

Después de escrito el párrafo antecedente, se me ha ocurrido una idea, que es el complemento de la comedia.—La chica, para despedir á su primer novio, toma por pretexto que ha tenido otros amores ó que es jugador; en fin, cualquier cosa que calumniosamente se haya dicho de él. El novio se justifica hasta la evidencia y con un ahinco que manifiesta la gran pasión que siente por aquella mujer; pero, como ella necesita un pretexto, se niega á creerlo, y no se da por convencida hasta después de casada. Él procura entonces hacerle el amor, y lo intenta, no sin buenos

1 Como se ve, aquí está condensado todo el argumento de *Consuelo*.

auspicios, y con intención, según él cree, de tomar horrible venganza de ella y del marido, aunque en realidad es porque la ama.—Ya ha soltado algunas prendas; pero la madre interviene, y hace que el muchacho desista de su empeño. El marido ha conocido lo que pasa; pero, como se encuentra perdidamente enamorado, ó enviciado con una cantante del teatro Real, no se inquieta mucho de lo que pasa; crece su pasión por la italiana; quiere irse con ella; sabe que su mujer no le ha faltado; pero, como él necesita también un *pretexto* para abandonarla, se prevale de éste, y sigue con su esposa la conducta que ésta había seguido con su novio.—Final: el amante se despide, para que sea buena: el marido la abandona para ser malo: va á buscar para consolarse á su pobre madre, enferma de tantos disgustos, y una criada la detiene....—¡Ha muerto! [1]

LISBOA 21 de Marzo de 1867.

Diciendo yo hoy, en el café, que era más fácil engañar á un pueblo que á un individuo, refirió el Doctor García, corroborando mi aserto, el lance del *hombre de las botas de corcho*, célebre aquí (en Lisboa) con este nombre.

Parece ser que durante la guerra peninsular,

1 Asombra la facilidad con que Ayala concibió de una vez y en un instante toda su hermosísima *Consuelo*, precisamente en los mismos días en que sin éxito pugnaba por coordinar una obra de mucho menos valer, cual era *El último deseo*.

temerosos en Santarem de que un Cristo muy milagroso que tienen y á quien profesan gran devoción, sufriera algún insulto de los franceses, lo trasladaron á Lisboa, como punto más seguro.—Pasó la guerra: pidieron su Cristo los de Santarem; y los lisboenses, que por lo visto le habían ya cobrado cariño, se negaron á devolverlo.—Animóse la cuestión hasta el punto de correr peligro el orden público en Lisboa, si lo sacaban, y en Santarem, si no iba.—Anuncióse por medio de grandes carteles, pintados de diferentes colores, que un hombre iba á pasar andando de una orilla á otra del Tajo con unas botas de corcho del mismo tamaño que las de becerro.—Lisboa y todos los pueblos vecinos se despoblaron para ocupar las orillas del Tajo, y aun las aguas del río estaban cubiertas de barcas llenas de curiosos.—Llegó la hora señalada, y *el hombre de las botas* no parecía. ¡Pasó otra hora y otra, y sin parecer mi hombre!—La muchedumbre se impacientó, y la autoridad tomó sus medidas para buscar al excitador de tanta curiosidad burlada.—No era fácil encontrarlo, porque tal hombre no existía.—Los de Santarem, autores del engaño, aprovechando la soledad en que quedó Lisboa, recogieron su Cristo y lo restituyeron á su antiguo templo.—

Es de suponer que no quedaron bien puestos los que aseguraban que habían hablado con el *hombre,* ni los que habían visto las *botas*, ni los que sabían quién las había hecho.

Si Dios me da salud y vida, y llego á escribir la comedia que tiene por asunto la disipación y lujo de las niñas y la vindicación de los padres [1], sería muy oportuno que escribiese un sainete ó fin de fiesta tratando en cómico el mismo asunto.—El carbonero á quien aquel fanfarrón debía 30,000 reales de carbón y, no teniendo con que pagarle, le dió unas magníficas cortinas, puede ser el protagonista.

Supongamos que el carbonero ha juntado ya algunos cuartos en su negro oficio; pero tiene una mujer muy soberbia y una hija.... que aprende el francés y arde en deseos de salir de su esfera. Madre é hija importunan al padre para que amueble decorosamente la casa. Él se resiste, y sale á cobrar su deuda.—Á poco ven entrar unas cortinas magníficas, y creen que, convencido el carbonero, trata de complacerlas, y en seguida, para completar el adorno de la sala, mandan á llamar á un tapicero, que puede ser el mismo que había hecho las cortinas y aún no las había cobrado, el cual las reconoce por suyas.—Llega en esto el carbonero, y pueden pasar muchas cosas que ahora no se me ocurren; pero por este medio traslado á la casa del carbonero la historia y el escarnio del lujoso arruinado.

Una broma.... (Comedia política.)—Pueden

1 *Consuelo*,—según ya hemos dicho.

varias personas, con objeto de poner en ridículo al protagonista, que es un fatuo presuntuoso, darle la broma de que va á ser ministro, y el fatuo presuntuoso llegar á serlo de veras.

Un secreto. — Una persona (la M. de E., por ejemplo) hace grandes sacrificios por ocultar una cosa que todo el mundo sabe.

El objeto único de El Cautivo puede y debe ser manifestar las catástrofes y ruínas que produce la envidia. — Á medida que el plan de Cervantes se va desbaratando, se acercan los estandartes de la redención.

La muchacha que ha estudiado en el Conservatorio, de donde salió por intrigas, según ella dice, pero por inútil en realidad; que se cree superior á su esfera; que recuerda y aplica los versos de las comedias que ha aprendido, y que es sentimental y pedantesca, me parece un buen tipo de criada.

. El amigo que le pierde á uno en fuerza de imprudente buen deseo, y el enemigo que le salva en fuerza de un odio insensato, es buen asunto para una comedia.

Para decidir si en todas ocasiones es digno de profundo aprecio lo que aparece como *virtud* en una mujer, conviene examinar atentamente su origen.

Muchas veces ocurre que el egoismo, incapaz de sacrificarse por nadie; un cálculo frío de lo que puede producir la buena fama; la soberbia; la falta de ternura, y la indiferencia por los dolores ajenos, son los consejeros de una conducta exterior inflexible; y todos esos sentimientos, que á primera vista parece que deberían engendrar *un monstruo*, componen lo que se llama *una virtud*.

Y, por el contrario, ¡cuántas veces el origen de una falta se halla en un sentimiento generoso! La abnegación, la sensibilidad, la inquietud que producen en toda alma noble la pena y el sufrimiento de la persona querida; todos esos sentimientos, semejantes á niños expansivos y candorosos que se hacen más interesantes por el peligro en que están de tropezar y caer, conducen á buenas mujeres al generoso olvido de sí mismas.

Dios solamente puede penetrar en estos arcanos; pero estoy seguro de que, en muchas ocasiones, condena y aborrece lo que el mundo aplaude, y perdona y ama lo que el mundo condena.

El loco de Constantina desea la muerte de todos los que le rodean; no por odio, sino por el placer inmenso que le causan los entierros. Es pací-

fico y cariñoso. Canta muy bien y con frecuencia el Oficio de difuntos.

Conozco á dos viejos que se aborrecen, y que no pueden, sin embargo, dejar de tratarse.—Todos los días pasean juntos.—Ó callan, ó riñen.

Ya no hay diferencia de clases: las bajas son remedo de las altas.—Puede ser muy cómico el contraste de los defectos de la imitación.—Un cuadro en que procuraran todos imitarse unos á otros sería muy teatral.

DIMINUENDO.

El Emperador de Rusia, abuelo del actual, llamó á su palacio á un célebre miniaturista extranjero, y le encargó los retratos de su familia.

Era el pintor hombre muy rico, que no se aprovechaba de su habilidad, y el Emperador mandó regalarle un hermoso reloj con su propio retrato, hecho por el mejor miniaturista de San Petersburgo y cercado de preciosos brillantes.

El extranjero recibió el mismo día de su marcha el regalo imperial, y pidió una audiencia para despedirse; pero, como el Emperador estuviese de caza, no pudo verle.

Pocos años después volvió á Rusia el miniaturista, y visitó al Emperador.

Éste le habló de miniaturas, y le dijo que en otro tiempo las hacían en Rusia con gran perfección.

—No he visto ninguna, respondió el pintor.

—¿Cómo? ¿Pues no recibisteis un reloj con un retrato mío en miniatura?

—¡Este es el reloj que de parte de V. M. me han entregado!—replicó el artista, mostrando un relojillo de cuarenta duros.

El Emperador lo recogió avergonzado, y le dió el que tenía en el bolsillo.

Examinado el caso, resultó que el alto empleado de palacio que recibió primero aquella comisión, cambió los brillantes finos por falsos, y dió el reloj á otro para que desempeñase el encargo. El empleado segundo, por quedarse con la miniatura, compró otro reloj inferior, aunque todavía de lujo, y dejó la entrega á cargo de un portero, quien, en vista del ejemplo dado por los otros, lo cambió por el relojillo de cuarenta duros de que se había servido él hasta entonces.

No consta si hubo ajusticiados ó, cuando menos, desterrados á la Siberia.

TAL PARA CUAL.

Un comerciante de los Estados Unidos habló con el principal de una casa de seguros acerca de asegurar un barco de su propiedad que iba á partir para largo viaje.—Regatearon y disputaron largamente acerca del tanto por ciento, y

por último se separaron sin convenir definitivamente en nada.

Pasado algún tiempo, recibió el asegurador una carta del comerciante, en que le participaba había tenido noticias del barco, y que, si no lo había asegurado, no lo asegurase.

—¡Hola! (dijo el principal.) ¡Este pícaro se marchó en la inteligencia de que habíamos convenido el seguro, y ahora no quiere pagarlo, porque sabe que el buque está en salvamento!....

Hizo, pues, los apuntes en su libro: extendió una póliza, y, al remitírsela al comerciante, le dijo que lo sentía mucho; pero que el seguro estaba hecho desde el día aquel en que hablaron.

Pero el barco se había perdido, y lo sabía el comerciante cuando escribió su carta.

Este caso de mala fe, explotando la mala fe, mereció grandes celebraciones entre los yankees.

EL CAUDAL DE M....

Temiendo los frailes de un convento de la América antes española que el partido liberal, recién entrado en el poder, se incautase de sus muchos bienes, fingió una venta en favor de M...., hombre que, por su acendrado crédito, les inspiraba toda confianza.

Pasó el peligro; fué el Guardián á darle las gracias y á pedirle los bienes, y....

—¿De qué bienes me habla V.? — le preguntó M. con gran frescura.

Á S. O. le pasó lo mismo con su querida, y lo mismo á un pobre dómine de mi lugar, quien, por no indisponerse con el partido carlista, á que pertenecía, compró una casa valiéndose de un testaferro; hizo que éste la traspasara á la querida que el dómine tenía desde pocos meses antes; gastó mucho dinero en mejorar la casa, y, cuando estuvo la obra concluída, su adorada prenda lo plantó en la calle.

RETRATO MORAL.

Viendo uno en casa de Federico Madrazo el retrato de...., exclamó:

—¡Qué parecido tan grande! ¡Si está robando!

TAMBIÉN EN RUSIA.

Un escritor ruso, tan sucio como vano, tenía la costumbre de dormirse siempre que él no era objeto de la conversación.

Durmióse, ó se fingió dormido, en una reunión, y la señora de la casa, incomodada de aquella grosería, le dijo á un hijo suyo pequeñito que fuera á despertarlo.

El niño volvió asustado, diciendo :

—¡Está muerto!....

—¿Muerto?

—Sí, mamá : no se mueve; tiene cerrados los ojos, y huele mal.

ESCENA ARAGONESA QUE YO HE PRESENCIADO.

— ¿Dónde está el correo?

— ¿Conque no sabe V. dónde está el correo?....

—¡Oye, Fulano! ¡No sabe dónde está el correo!

— ¿No lo sabe?

— ¿Me hacen Vds. el favor de decirme dónde está el correo?

—¡Ja, ja! ¡No sabe dónde está el correo!

—¡Pues si eso lo saben hasta los chicos!

— ¡Ja, ja! ¡Qué bruto! ¡No sabe dónde está el correo!

Y se fueron riendo, sin dar al forastero más contestación.

LA ZORRA, GUARDA DE GALLINAS.

En un pueblo de la provincia de Alicante acaba de suceder lo siguiente :

Alojaron á dos soldados en una casa en que había dos mujeres solas, pues el dueño estaba en el campo.

Á media noche llamaron á la puerta, y abrieron las mujeres, creyendo que era el amo, ó falsearon la llave...., no estoy seguro; pero es el caso que se presentaron dos embozados.

Encierran á las mujeres, y comienzan á registrar y á robar la casa.

Despiertan en esto los soldados; riñen con los ladrones, y los matan á tiros.

Llama entonces el amo á la puerta de su casa, y los soldados le dicen que, si no viene acompañado del Alcalde, no le abren.

Márchase el amo, lleno de susto; pero ni el Alcalde ni el Teniente estaban en su respectivo domicilio.

Busca el hombre una pareja de Guardia civil, y vuelve á su casa; le abren; descubren el rostro de los cadáveres, y eran.... ¡el Alcalde y el Teniente!

Recomendados y puestos por T.

TRAGEDIA NO REPRESENTADA.

Sé de muy buena tinta, y es lance verdaderamente dramático, lo ocurrido al Marqués de....

Un día que riñó demasiado á su ayuda de cámara, le dijo éste que al fin se conocía de quién era hijo.

El Marqués descubrió en el retintín del criado una grave acusación contra su propia madre, y se dedicó, con inquebrantable pertinacia, á ave-

riguar lo cierto, hasta que se encontró con que era hijo de un peluquero, que aún vivía.

Lo reconoció por padre, redujo sus gastos de tal modo, que no disfrutaba del caudal *paterno*, que no le pertenecía, y, al poco tiempo, se cayó de un caballo, y como no se prestara á curarse la herida, murió.

Su muerte, según opinión de los que conocían la historia, fué, pues, un suicidio disimulado.

La madre vivía, y creo que aún vive.

MEJOR QUE EN LAS NOVELAS.

Otro Marqués (á quien asimismo he tratado), tuvo que ausentarse de su ciudad natal, por cuestiones políticas.

Enamoróse, en el pueblo adonde se refugió, de la mujer del médico, que era muy hermosa, y fué correspondido.

El médico lo supo, y logró sorprenderlos.

El Marqués pudo huir; pero á ella la hirió de un pistoletazo el agraviado esposo, y, disparándose en seguida otro en el corazón, quedó muerto en su presencia.

La adúltera sanó, y hoy, casada con su antiguo amante, es la Marquesa de....

Al principio, la alta sociedad resistió su trato.... ¡Hoy ya, como si tal cosa!

JUGAR CON FUEGO.

También es histórico, y de mi tiempo, el siguiente peregrino lance:

Se casó con una mujer riquísima un bribón muy interesado, y, como pasasen algunos años sin que tuvieran hijos deseoso de asegurarse el disfrute perpetuo de los bienes de su mujer, le instó con especiosas argucias para que se entregara á un jayán, que, según él creía, no podría menos de darles un *hijo*....

Resistió la esposa; pero insistió el marido, hasta el punto de encerrarlos á los dos en un cuarto.

Entregóse ella entonces, poco menos que forzada, y aconteció que, al cabo de algunas encerronas, llegó la pobre esposa á enamorarse del amante impuesto.

Causó tal pasión celos al marido, y quiso desbaratar su obra; pero no lo consiguió, y acusó á su mujer de adulterio.

Ella confesó; probó la historia; declaróse el divorcio, y ni el infame cónyuge ni el hijo adulterino disfrutaron del caudal de aquella cuitada, que muy luego murió *ab intestato*.

Y ELLA, ¿QUÉ DIRÍA?

En Granada, siendo Escario secretario del Gobierno civil, demandó un hombre á otro porque le debía tres mil reales.

El origen de la deuda era el siguiente:

El deudor había celebrado tanto la hermosura de la mujer del acreedor, que éste le dijo que, si le daba seis mil reales, se la prestaría una semana, y convinieron en que la mitad de aquella suma la entregaría el enamorado al recibir la mujer, y la otra mitad al devolverla.

Todo se cumplió, menos la última parte; y el *propietario* demandaba al *inquilino* por el resto del alquiler!

INDAGATORIA.

Á un colegial le mandaron de su pueblo un cántaro de leche: varios de sus compañeros (él no sabía cuáles) se lo bebieron, y él, fingiendo que lloraba, se fué á ver al Rector, y le dijo que había echado solimán en una cántara de leche para matar ratones, y que sus compañeros se la habían bebido; que, por Dios, no le castigasen, pues él no tenía la culpa.

Tocó el Rector la campana, publicó el envenenamiento, se delataron los ladrones, y, á fuerza de beber aceite, vomitaron el robo.

Entonces el robado, no satisfecho con haberles causado tanto susto y molestia, ni con que nadie hubiese llegado á digerir la leche destinada á él, pidió al Rector que castigase á los ladrones confesos; como así se hizo en justicia, entre los aplausos que arrancó á los demás aquella ingeniosísima indagatoria.

NOTICIAS TEATRALES.

Una de las actrices del teatro Karl, de Viena, acaba de retirarse de la escena, para casarse con un príncipe de la casa de Tour y Taxis.

Un hermano de este Príncipe está casado con la hermana de la Emperatriz de Austria, y otro hermano, que servía en la clase de ayudante en el ejército de Baviera, ha desaparecido hace poco con una actriz célebre de un teatro de Munich, y en Suíza se ha casado con la fugitiva.

—

EQUIDAD.

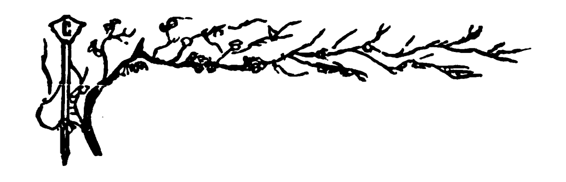
— ¿ Por qué no rezas por el alma de tu marido ? ¿ Le conservas aún rencor ?

— No, señora. Pero, si está en el cielo, mis oraciones no le sirven de nada ; si en el infierno, de allí no han de sacarle ; y si en el purgatorio, ¡ ahí es donde yo le quiero !



CONSUELO





APUNTES

PARA LA COMEDIA EN TRES ACTOS

TITULADA

CONSUELO.

I.

DESCRIPCIÓN DE CONSUELO.

Debo hacer la descripción de Consuelo; pero de modo que quien llegue á leer este discurso halle justificada la frenética pasión de Fernando; pues, aunque el amor no necesita justificación, porque lo que tiene de inexplicable, tiene de terrible, siempre es bueno, si el amante ha de inspirar interés, que haya en el objeto amado cualidades ó atractivos capaces de producir honda impresión en todos los corazones.—El alma ya se describe por sus propias palabras: hagamos en prosa la descripción del cuerpo de nuestra heroína. Según sea el personaje en cuya boca la ponga, así la modificaré al trasladarla al verso.—Pero nunca será viva y entusiasta, si no la pongo en boca de Fernando y dirigida á la misma Consuelo....—Por eso me

permito hacer hablar aquí á Fernando fuera de las tablas.

Fernando.—No temo que se despierte tu soberbia al verme examinar los atractivos de tu persona. Graciosamente te los ha dado el cielo, sin que te haya costado ningún trabajo el adquirirlos.... —¿Por qué ha de envanecernos lo que no es obra nuestra?

Puede en las cualidades del alma ejercer grande influencia nuestra voluntad, cultivando el entendimiento, enriqueciendo la memoria con útiles conocimientos, excitando la imaginación, evitando al mismo tiempo su pernicioso predominio, y reglando nuestras acciones de modo que nos granjeen el aprecio y aun el aplauso de nuestros conciudadanos. En todo esto se ejercita el libre albedrío: podemos hacerlo ó dejarlo de hacer, y, en elegir lo mejor, contraemos un mérito que hace lícito, ya que no el orgullo, porque éste nunca lo es, al menos cierta interior satisfacción de nosotros mismos....

Pero ¿de qué manera podemos nosotros influir en la hermosura de nuestro cuerpo? —No desfigurándolo, marchitándolo ni ajándolo con excesos contrarios á la salud; mas de ninguna manera haciéndolo mejor que lo hemos recibido. Debemos avergonzarnos de haberlo afeado, si á ello han contribuído los actos de nuestra voluntad; pero de ninguna manera envanecernos de hallarlo hermoso, si tal nos lo ha deparado la naturaleza.

Es la vanidad un vicio tan funesto, que él

solo basta para afear la mayor hermosura ; y cuanto más hermosa es una mujer, más disgusta al hombre su vanidad; porque tal presunción y engreimiento hacen que la mujer se quiera á sí misma más que á nadie en el mundo. Parece que á estas mujeres vanidosas les basta para vivir contentas la perpetua contemplación de su hermosura, y al hombre le mortifica y le molesta que una mujer no necesite su concurso para ser dichosa. De suerte que este vicio es odioso, no sólo por lo que en sí tiene de ridículo, sino porque es perpetuo inconveniente á la fusión de las voluntades, á la generosidad y dulce abandono del amor.—Una vanidosa jamás se funde enteramente con nadie. De aquí tiene origen lo que se llama la ventura de las feas y la constancia del afecto que inspiran (por la mayor facilidad que tienen de desprenderse de sí propias); sacrificio exigido por la esencia misma del amor, el cual no se contenta con menos que con la entera posesión del objeto amado.—Es preciso entregarnos por entero para recibir en cambio toda entera la prenda de nuestros amores : así es que Jesucristo, cuando quiso manifestar á sus discípulos el amor eterno que les profesaba, instituyó el Sacramento de la Eucaristía, por medio del cual gozan los que bien le aman la completa posesión de su alma y de su cuerpo.—Esta abnegación es incompatible con la vanidad. Todo lo que tiene de ridícula una mujer en el momento en que comienza á mirarse y remirarse en el espejo de su imaginación, y á dar indicios del

tada por el cerrado bosque de tu cabello y por las sombras incitativas de tus cejas; lo mismo que, cuando el horizonte está cubierto y en algún punto determinado se rasgan las nubes, aparece un pedacito de cielo claro, sereno y sonriente, que alegra el alma y excita el deseo de penetrar en los misterios de la eternidad.—Así yo desearía penetrar en lo más oculto de tu pensamiento.—Dijérase que en tu frente nace el día; pues despide una luz misteriosa que no perciben los ojos, pero que invade suavemente el corazón, predisponiéndolo á todos los efectos del agrado y de la ternura.

Tus cejas son bastante pobladas para recordar á la imaginación todo el encanto que tiene la sombra del interior de un bosque, y bastante finas para no perder su expresión temeraria.—Al llegar á ese caprichoso entrecejo donde se entrelazan y juntan, parecen dos palmas que se están besando....

La esmeralda, el ópalo, el rubí, el zafiro y el brillante, han tenido que mezclarse en felicísima combinación para producir las luces de tus ojos, unas veces vivas y relucientes como los rayos de la estrella de Venus, y otras veces suaves y tornasoladas como los visos y cambiantes del terciopelo.—Si brillan velados por tus copiosas pestañas y cae sobre ellos la amiga sombra del boscaje de tus cejas, recuerdan los rayos de la luna cuando atraviesan las ramas de los árboles y se reflejan en las aguas de un lago ó de un arroyo.—Pero el momento verdaderamente sublime

de tus ojos, es aquel en que el impulso del afecto ó del cariño les da fijeza, brillantez y dulzura. Los míos se embelesan con tu mirada, y quisieran penetrar por ella en el palacio encantado de tu alma; y cuanto juzgan que han penetrado más adentro, más adentro quisieran penetrar....— Del propio modo, cuando contemplamos las aguas del mar, sentimos un dulce embelesamiento, y cada vez queremos entrar más en su fondo, y acuden á nuestra fantasía todas las creaciones con que los poetas han poblado el seno de las aguas, y vemos palacios suntuosos, encantadas princesas, ondinas enamoradas, ninfas desnudas, jardines amenos, citas nocturnas y cuantos objetos pueden conmover el espíritu y enardecer la imaginación.—¡ Hay efectivamente en tus ojos alegría, dulzura, misterio y fondo inagotable!

Tus orejas son breves y delicadas, y tienen el pabellón tan bien formado, que parece que oyen hasta lo que se piensa y que están convidando á depositar en ellas palabras cariñosas y suaves.

Tu nariz tiene nobleza y gracia, y ostenta unidas la corrección griega y la audacia del tipo de las mujeres de Roma.

Tus mejillas están compuestas de aquellas rosas matizadas de azucena y grana que, según cuenta la mitología, se le caían á la ninfa Aurora del ebúrneo seno cuando, soñolienta y reclinada sobre las nubes, aparecía en los cielos disipando las sombras, anunciando el día y ostentando la morbidez y elegancia de sus formas ante la creación entera que despertaba para contemplarla.

Tu boca.... — Pero esto quiero dejarlo para lo último.

Tu cuello recuerda alternativamente la dulzura del cuello de la paloma enamorada y la majestad del águila real.—Convenientemente se separan uno de otro tus hombros, para dejar ancho espacio al corazón.

Tu seno, formado con especial cariño y exquisita maestría por la mano de la naturaleza, se estremece debajo de la ropa, á cualquier movimiento de tu cuerpo, como leche cuajada que tiembla sin deshacerse. ¡Vírgenes y apretadas azucenas, que, al descubrir sus pétalos, inundarían de celestiales aromas el espacio de un alma!

Esbelto, firme y flexible es tu talle, como la hoja del templado acero. Cuando derribas tus brazos, caen cariñosamente sobre tu cuerpo, como las ramas de un árbol generoso se aproximan al tronco y se acercan á la tierra para ofrecer su regalado fruto al sediento viandante.

¡Qué viva, qué graciosa, qué expresiva es tu mano! Toma fácilmente la temperatura en que se encuentra el alma, y, unida á la mía, sostiene, sin necesidad de palabras, un diálogo entre nuestros dos corazones.

El gallardo arranque de tus caderas, los vagos y seductores contornos que, al través de tu falda, se dibujan, y el bien acentuado y correctísimo lineamiento de tu pierna, hacen en ti verosímil la aparición de la diosa Hebe, que representa la juventud, y á quien crearon los Dioses para que

les sirviese el vino en los banquetes del Olimpo y para tener siempre delante de sus ojos el ameno espectáculo de la hermosura naciente....—Nada tendrás que envidiar á la famosa Venus del Ticiano; la cual, según cuenta la fama, no es otra que la princesa de Elgaen, de quien el emperador Carlos V estuvo perdidamente enamorado, por lo que, cuando se vió correspondido de ella, logró varias veces dormirla sobre almohadones de terciopelo, al son de regalada música, que él mismo tocaba en un monacordio, á que era muy aficionada la beldad, y teniendo, como tenía, prevenido á Ticiano, sin que ella lo supiese, consiguió un retrato *al natural* de aquella hermosísima mujer á quien tanta felicidad había debido....

Breves, delicados y ligeros tus pies, se mueven con tan encantadora facilidad, que parece que todavía no se han dado cuenta de que llevan encima el riquísimo peso de tu persona.—Y, como son el cimiento y la entrada del edificio humano, importa mucho que los pies produzcan impresión agradable....; pues al que va á penetrar en un palacio, no le gusta seguramente encontrarse con dos alanos disformes que le gruñan y ladren.—¿Quién duda que es más satisfactorio encontrar en el primer patio dos mansas palomas que amorosamente se den el pico?

Tu boca es el compendio y resumen de tu hermosura. Así como todas las cosas, lo mismo en el orden moral que en el material, tienden á simplificarse, y de una gran maceta resulta un pe-

queño ramo de claveles, y de un banco de conchas un puñado de perlas, y grandes montones de mineral se convierten en un pedacito de oro, y los pensamientos de muchos libros se suman en una sola idea que todo lo significa y comprende, así se reducen en tu boca á una breve cifra todas las gracias esparcidas por tu persona.—Fresca, expresiva, rebosando gracia y voluptuosidad, armoniza con todos los movimientos de tu espíritu, y hasta denuncia todos los impulsos de tu corazón; y, lejos de perder su natural belleza cuando cantas, rivaliza en dulzura y encanto con la misma deliciosa voz que articula, alegrando tanto á los ojos el verla, como se alegran los oídos de escucharte.—Cuando te ríes, se ilumina el alma, y el mundo se reviste á mis ojos de una hermosura sobrenatural, y esos deliciosos hoyuelos que nacen al impulso de tu risa, recuerdan el ardid de que se valió Cupido, Dios del amor, para que Marte, Dios de la guerra, se enamorara de su madre Venus, Diosa de la hermosura....

He aquí esta peregrina historia:

Júpiter omnipotente, que en la mitología (es decir, en la religión que profesaron los griegos y romanos) era una figura tan importante como lo es en nuestra religión el Padre Eterno, quiso que hubiese en el Olimpo una Diosa de la hermosura, y que encerrara en su persona toda la perfección y encanto de que son capaces las formas de la mujer. Al impulso de su mente creadora, salió Venus de la espuma del mar, desnuda y reclinada

en una gran concha de nácar, gallardo carro de que tiraban bandadas de palomas....—Todo el cielo contempló arrobado aquel portento de perfecciones. Júpiter mismo quedó sorprendido y enamorado de su propia obra.

Notó Juno, esposa de Júpiter, la gran impresión que la diosa Venus había producido en su marido; recordó la historia de las muchas infidelidades que con ella había cometido su Real Majestad, unas veces convirtiéndose en toro, para que la ninfa Europa, de quien andaba entonces enamorado, le pusiera la mano sobre la frente y se montara sobre sus espaldas; otras tomando la forma del cisne favorito de la ninfa Leda, para que ésta le acariciase las plumas, le recibiera en su regazo y le diese de comer con su propia boca, y otras convirtiéndose en lluvia de oro, para que la bella y joven Dánae, encantada del magnífico espectáculo, se levantase las faldas, á fin de recogerle en ellas, como en efecto sucedió; y, escamada y celosa la ofendida Reina con tales antecedentes, espió los pasos de Júpiter, y al fin descubrió que estaba en amorosa y secreta inteligencia con Venus.—Quejóse al Congreso de los Inmortales, y estos, no atreviéndose con Júpiter, que era el reo principal, condenaron á Venus á que se casara con Vulcano, Dios de las herrerías y del fuego....

El castigo fué ciertamente proporcionado á la culpa; pues que Venus era de una blancura resplandeciente, y Vulcano muy moreno y feo; ella, esbelta y alta; él, baquetillo y con las pier-

nas torcidas ; ella elegante, y él tosco....—De esta unión nació el niño eterno y alado que se llama *Cupido*, el cual, como hijo de los que eran dioses de la hermosura y del fuego, fué destinado á Dios del amor....

Para estrenar su poder, el travieso muchacho, á quien pintan con los ojos vendados para manifestar que no repara en ningún inconveniente, señaló á su propia madre como primera víctima, empeñándose en que se enamorara de ella, y por ella fuese tiernamente correspondido, el famoso Marte, Dios de la guerra; quien (dicho sea de pasada), apasionado tan sólo de los combates, jamás había amado ni pensado amar.

Averiguó, pues, que el implacable guerrero, cuando salía del Olimpo para ponerse al frente del ejército con que estaba combatiendo á los Titanes, gustaba de echar delante su acompañamiento y de irse luego solo, atravesando un bosque delicioso y sombrío; y allí condujo Cupido á su madre Venus; hizo un lecho de flores, y la invitó á que durmiese la siesta.

No bien se acostó Venus, cuando apareció Marte, el cual se quedó mudo de admiración y de sorpresa ante aquella sublime visión....

¡Nunca Marte pareció más fascinador á la Diosa de la hermosura!

Trabáronse, pues, sus miradas de tal suerte, que no acertaban á desligarse.

En este momento disparó Cupido sus dos primeras flechas....

Marte dió un paso para aproximarse á Venus....

Pero oyó las trompetas de sus huestes, y, haciendo un supremo esfuerzo, desapareció....

Cupido, incansable, no cesó por ello de volar del uno al otro, procurando excitar y enconar la herida de los dos.—Ponía á cada momento delante del Dios de la Guerra las deliciosas formas de Venus, y recordaba á ésta sin cesar la majestad y gallardía de la robusta figura de Marte, ó le hablaba de su valor, de su fama, de sus triunfos y de su carácter noble y reservado.

Así la encaminó á la tarde siguiente, ya con paso más ligero, al mismo sitio: renovó las flores del lecho: la tendió en él: esparció sobre su cuerpo (cubriéndolo á trozos) claveles, azucenas, rosas y jazmines, para mostrar que á todas las humillaba el desnudo cuerpo de su madre: hizo que se durmiera y que soñara con las caricias de Marte, para darle á un tiempo el incitante abandono del sueño y la animación del pensamiento amoroso: impregnó, en fin, el aire con su aliento tentador y ardiente, y se hizo invisible, para que la soledad y hasta la misma atmósfera contribuyeran á su propósito.

Llegó Marte: esta vez su impresión fué más profunda: Cupido lo observaba todo: Venus se sonreía dormida: un aura suave y templada hacía rodar las flores por su cuerpo. La sonrisa que vagaba por la humedecida y entreabierta boca de Venus enajenaba á Marte de tal modo, que se adelantó para inclinarse hacia la Diosa...., cuando de nuevo sonaron las trompetas de su ejército, que le llamaban á la pelea....

Vaciló el Dios....

Cupido entonces aplicó sus dedos invisibles á la cara de su madre, y perfeccionó su sonrisa, imprimiendo en sus mejillas dos hoyuelos encantadores....

Marte, rendido, cayó de rodillas al lado de Venus, le tomó suavemente una mano, y comenzó á separar las menudas flores que aún vagaban sobre sus redondas formas....

Venus despertó entonces, para convencerse de que se estaba realizando su sueño...., y Cupido, ebrio de júbilo, se proclamó el más poderoso de todos los Dioses....

¡Tan grande efecto hicieron estos hoyuelos, al aparecer por vez primera en el rostro de Venus!

¡Bien haya, pues, Consuelo, la naturaleza, que quiso compendiar todas tus gracias en tu boca; pues que, reducidas á tan breve cifra, todas juntas se pueden gozar de un solo beso!

Deja de hablar Fernando, y hablo yo.

Esta prolija descripción, exuberante de voluptuosidad y tachable de incongruencia á la postre (lo reconozco humildísimamente), no tiene aplicación á mi comedia, como no fuera reducida á poquísimos versos; pero me ha servido para ejercitar la pluma, ya entumecida por el mucho tiempo que llevaba de no emplearse en ningún asunto literario.

De diez á doce horas habré tardado en escribirla.

Cuento estas doce horas, tomando tres de cada día.

La cabeza ha resistido bien....

Me voy, pues, habilitando.

¡Sus! ¡y al trabajo!

MARZO 28 de 1877.—En la Taramona.

II.

PLAN DE «CONSUELO».

Comedia original en tres actos y en verso.

GUADALCANAL 1.° de Mayo de 1867.

ACTO PRIMERO.—Amor de Fernando.—Traición de Consuelo.—Angustia de Antonia.—Sensualidad de Fulgencio.—Desesperación muda y tremenda de Fernando.

Debo excogitar antes de nada el lazo que ha de unir el Primer acto con el Segundo y éste con el Tercero.—Hasta que no sepa cuál haya de ser el alimento del Segundo y Tercer acto, me es absolutamente imposible trazar el Primero.

¿Por cuántas maneras puede verificarse en el Segundo Acto la unión de Consuelo y su novio?

Son infinitas.

Pero ¿cuáles las dramáticas?

1.ª Impulsado por el delirio de su pasión, que le lleva irresistiblemente á solicitar y á recibir algo de la mano de aquella mujer, aunque sea el desdén y la muerte.—2.ª Con el objeto de conseguir su amor, para humillarla, despedazarle el corazón, y tomar una venganza en algo proporcionada á la magnitud de la ofensa.—3.ª Reunidos por la casualidad, que puede ser representada por el marido, ignorante de la historia de su mujer.—4.ª Con objeto de hacerle algún gran favor; de librarla tal vez de la deshonra ó de la ruína, por-

que así se *vengan* los nobles.—5.ª Atraído por la mujer, con objeto de darle celos al marido, á quien de día en día encuentra más indiferente.

1.ª *Amor mendigo.*—Este llega á inspirar desprecio cuando tiene que sobreponerse á tantos agravios y cuando el objeto que lo inspira llega á hacerse aborrecible.—Sólo podría darme juego dramático, si la madre, accediendo á los deseos de su hija, fingiera que ésta se opuso al matrimonio, y echara sobre sí la responsabilidad de lo ocurrido.—En este caso la hija le llamaría para darle celos al marido, y la madre, alarmada, y con deseos de desengañarle y hacerle desistir, le declararía entonces que su hija no había amado nunca á su esposo y todo lo demás; con lo que podría nacer en él naturalmente el deseo de la venganza....

Pero así, el papel de la madre tomaría demasiada importancia, y ofrecería dificultades en la ejecución, aparte de que se rebajaría este noble carácter, prestándose á contrariar sus buenos instintos.—Tengo que pensarlo mejor.

Los celos de ella se hacen rabiosos al ver su aderezo en una cantante del Teatro Real.

Fernando puede presentarse también á despedirse de la madre para marcharse á Cuba, apro-

vechando la ocasión de estar los esposos en el Teatro Real, y volver ella inopinadamente y furiosa á buscar su aderezo, etc.

Las últimas escenas de la obra, serán estas:

FULGENCIO, CONSUELO.
CONSUELO.
CONSUELO, FERNANDO [1].
CONSUELO, FERNANDO, ANTONIA.
CONSUELO, RICARDO.
CONSUELO, FERNANDO.
CONSUELO, LA CRIADA.

Al empezar la comedia, Consuelo hace algunos preparativos en la casa, que llaman la atención de la madre.—Cuando viene Fernando, cree que han sido por él: después se sabe que han sido para recibir á Ricardo.

(Decididamente hay que introducir la figura del sensualismo frío y cómodo.)

---

1 En estos apuntes, Fernando se llamaba Felipe, y Ricardo se llamaba Luciano.—Nosotros, en obsequio á la claridad, hemos puesto los nombres que conoce el público.

Éste la ama como un necio,
El otro con saña impía
La aborrece.—¡Será mía!
—¿Por qué?
—Porque la desprecio.

Al final del Primer acto, Ricardo espera á Consuelo en un coche á la puerta de la calle, en compañía de Fulgencio.—Fernando intenta en vano detenerle....

Pendant en el final del Tercer acto:—¡La italiana espera en un coche á Ricardo, y Consuelo se desespera, sin lograr detenerlo!

NOTAS DEL LUNES.

Antonia intenta marcharse.

Ricardo no es hombre que retrocede, y cuantos más obstáculos se le ponen, más resuelto se encuentra á seguir adelante en su pasión.

Hasta Lorenzo y Rita andan de mal gesto.

Fulgencio se estremece ante la idea del escándalo: también su mujer está disgustada, y su amigo Alfredo otro que tal!

El recurso del coche es muy natural y muy propio.

Ya tengo todos los recursos necesarios.

¡Ya no falta nada!—El coche; la carta en italiano, y la sociedad de *Ambos continentes*....

NOTAS DEL MARTES.

Determinación del estado de Consuelo.

¿Qué es más conveniente? ¿Que Consuelo aparezca triste y sospechando, ó que esté alegre y bulliciosa, y de pronto la hiera la desgracia?

Creo que debo fijarme en que ella ha descubierto lo de las flores.

El aniversario del compromiso amoroso de Consuelo y de Ricardo tiene muchas ventajas:—1.ª Recordar el principio del Primer acto é insinuar en el público el propósito del autor, de hacer sufrir á Consuelo todas las penas que ella ha hecho sufrir á Fernando.—2.ª Explicar y motivar el paseo en coche, de Rita.—3.ª Dar ocasión á que se hable naturalmente de la salida de la mujer de Fulgencio.—4.ª Hacer más dramático el golpe que recibe Consuelo.

Deben ser los días de la mujer de Fulgencio.

FULGENCIO.

Para determinar sin vacilaciones ni ambigüedades el carácter de Fulgencio en el Primer acto,

es preciso descubrir ó inventar hasta qué punto y de qué manera ha de influir en la acción del Segundo.

Como ya he dicho, á él le gusta proteger la comodidad de todo bicho viviente, aunque ésta consista en vivir amancebado, ó cosa semejante.

Fulgencio, para preparar una sorpresa agradable á Ricardo y Consuelo, puede dar un concierto en su casa y presentar la primera dama que esté en boga.—Ésta lleva un aderezo igual á uno que tiene Consuelo: va á su casa á buscar el suyo, y no le encuentra: tal circunstancia le recuerda otras muchas que, unidas, dan por resultado el descubrimiento de los amores de Ricardo y la cantante.

Puede hacer que Antonia asista á la reunión, dicho se está que por condescendencia solamente.

Puede llevar á Fernando.

Puede convencer á Fernando, ó intentarlo al menos, de que debe tratar á Consuelo y á su marido....

Puede, una vez sabedor del amor de Ricardo á la cantante, hacerse su protector.

Puede, con respecto á Consuelo, cuando engañado se figura que ella se inclina á Fernando, hacer el mismo papel.... ¡Todo, naturalmente, por amor al orden y á las conveniencias sociales! —Á él le importa poco el fondo de las cosas, pero mucho la *apariencia*, ó, mejor dicho, lo que él llama la *conveniencia*, ó, mejor dicho todavía, la *comodidad*.

¡ Le es muy molesta cualquier nota desafinada de los celos, del amor ó del despecho ! — Puede ser cómico y oportuno este carácter....—¡ Muy satisfecho de haber evitado á todos alguna desgracia, mueve realmente una tempestad en el pecho de cada uno !

III.

ARGUMENTO DEL SEGUNDO ACTO DE «CONSUELO».

Soneto.

Consuelo vuelve en sí; medita, y halla
Que ama á Ricardo y no es correspondida.—
Ricardo siente el alma enardecida
Por la tiple del Real, que le avasalla.—
Bien aconseja Antonia, ó sufre y calla.—
Fulgencio á todos ama, y les convida
Á la calma.— Consuelo, inadvertida,
Mete á Fernando en áspera batalla.—
Por picar á su esposo, coquetea
Con el que fué su novio.—Éste vacila,
Y su antigua pasión se enseñorea....
Tras la borrasca, viene la tranquila
Apariencia.—Fulgencio se recrea,
Y la infeliz Antonia se horripila.

IV.

MÁS SOBRE EL ACTO SEGUNDO.

Necesito dos recursos capitales para este Acto.

1.º El negocio en que Fernando es la principal persona.

2.º El incidente que provoca los celos de Consuelo.

Estos celos es preciso graduarlos, para que la primera escena no se parezca á la segunda, y la segunda se diferencie de la tercera.

Tres son, en efecto, las escenas de celos que tiene Consuelo con su marido. — En la primera se manifiesta inquieta; comienza á sentir la indiferencia de su esposo, aunque no tiene cargos concretos que hacerle; está llena de presentimientos y de dudas; su mal humor se comunica al marido, quien, no teniendo todavía valor para desahogarlo con ella, la pega con la madre.— En la segunda escena, no pide celos, sino los da, y llega hasta el extremo de escribir en presencia de su esposo la carta á Fernando. — En la tercera, apela á todos los recursos.... ¡Nada es más triste que el primer momento en que una mujer se convence de que ya no seducen sus atractivos y de que son inútiles todas las armas con que no ha mucho conseguía tan fáciles y dulces victorias!

No puede el amor mantener por mucho tiem-

po la balanza en el fiel entre dos enamorados: uno ama al cabo más que otro: el que más persevera suele ser el más desgraciado....—Es conveniente, por tanto, madrugar.

Acaso el mismo que hubiera sentido hastío, si el otro hubiese perseverado; al ver que lo dejan, se apasiona más y más que nunca, por cuanto el amor propio, los celos y el despecho remachan los clavos de la cadena....—¡Nada! ¡nada! ¡Es conveniente madrugar!

La unión de Ricardo y Consuelo corrió la suerte de las relaciones ilícitas. Él fué llevado del sensualismo, y lo agotó en poco tiempo: ella del amor al lujo; pero la impetuosidad y energía de Ricardo, por lo mismo que contrastaban con todo lo que la había rodeado desde niña, la apasionó.—Á poco vinieron la indiferencia y los celos, que acabaron de volverla loca.

V.

ESTUDIO DEL CORAZÓN DE CONSUELO.

Consuelo se casó fascinada por la perspectiva del lujo y de todos los atractivos de la riqueza, tan poderosos en las mujeres, y más en aquellas que, perteneciendo á una familia de mediana fortuna, se educan en colegio, al lado de niñas de casas nobles y opulentas.

Las condiciones de igualdad en que todas viven dentro del establecimiento de enseñanza, hacen que se graben más profundamente en la memoria y en el corazón de las pobres las diferencias que la suerte ha determinado en sus respectivas casas.—Una señora, arrastrando brocados ó terciopelos, se apea de magnífico carruaje, y, seguida de elegante lacayo, entra en el colegio á acariciar á su hija.—Á poco, viene Antonia pedestremente y en compañía de Rita, quien, por graciosa que sea, no compensa en la imaginación de Consuelo las sedas, el coche y el lacayo.—La diferencia queda establecida, y, para que no se olvide, allí permanece la niña afortunada, la cual, aun en el caso de ser de buena índole y de carácter noble, al hablar sencillamente de las cosas que hay en su casa, ha de hacer, sin procurarlo, el catálogo de las muchas que faltan en la de Consuelo.

La molesta impresión que estas continuas desigualdades le causaban, engendraron, por consi-

guiente, en ella un vivo, aunque muy reservado, deseo de ser rica y aristócrata; deseo concebido en la edad más á propósito para hacerlo permanente.

¡Pues añádase que, si bien Fernando iba con frecuencia al colegio á visitar á Consuelo, se presentaba siempre medianamente vestido, mientras que los amigos, los primos y los hermanos de las compañeras de nuestra joven, todos eran muy elegantes!

Consuelo, en el fondo, no es perversa, ni mucho menos. Está alucinada; y, atenta á su ilusión, no se persuade bien de toda la pena de Fernando....

Pero no adelantemos el discurso.

Fuera ya del colegio, el talento y la bondad de Fernando crearon en ella simpatía, cariño, y hasta amor. ¡Se hubiera casado con él y habría sido una excelente esposa, si, al volver de la estación del ferrocarril, adonde, en compañía de su madre, había ido á despedirse de Fernando, no se hubiera encontrado á su vecino Fulgencio, quien, fino y amable, según costumbre, se empeñó en llevarlas en su soberbio coche hasta dejarlas en casa!

Desde aquel día se trataron íntimamente; y en la tertulia de Fulgencio fué donde se despertaron todos los dormidos deseos de Consuelo.—Allí conoció á Ricardo, y, cuando el pobre Fernando

volvió, ya estaba reemplazado en el corazón de su prometida.

Se casó ésta, según he dicho, con Ricardo, fascinada por las riquezas, y apasionada, no de él, sino del lujo; pero la pasión apremiante y casi brutal de Ricardo armonizó tan perfectamente, por el pronto, con el esplendor de saraos y festines, que la impresionó hasta el punto de prendarla verdaderamente de su marido.—Pasó algún tiempo, siendo feliz por completo, pues se veía joven, bella, rica, mimada, y hasta su buena madre le ocultaba quebrantos de salud y tristes presentimientos, con tal de no perturbar en lo más mínimo aquella felicidad absoluta....

Al empezar el Acto segundo, siente Consuelo alguna inquietud; se figura que se ha entibiado algo el amor de su marido, y esta sospecha, que le causa verdadero espanto, aviva más su amor. Pero, verdaderamente, no tiene ningún motivo para dudar de Ricardo.—Habla, sin embargo, con su madre de su amor, de su vago recelo, y de todo.—Es aniversario del día en que le dió el sí á Ricardo, y éste, contra la costumbre establecida, no da muestra ninguna de recordarlo. — ¡ Cada hora que pasa la inquieta más!

La criada le entrega entonces la carta dirigida á la cantante.— Esta herida, que nubla de pronto el cielo de su dicha, la perturba profundamente. Cree que la igualdad inalterable de su propia pasión ha producido la indiferencia de Ricardo, y entonces concibe la insensata idea de darle celos con Fernando.

Cuando reciben la invitación para oir á la cantante en una casa particular, dice que no irá. El marido responde, sin embargo, que irá él; y entonces, al verle escribir la respuesta afirmativa, es cuando ella escribe á su vez una carta á Fernando dándole cita; bien que le ponga esta carta delante del marido, como muy deseosa de que la lea.

....

Debe haber una escena en que Consuelo se informe con satisfacción de la buena suerte de Fernando: con esto tranquiliza su conciencia.

Otra escena con su madre, después de leer la carta en italiano, puede ser de buen efecto, amén de que proporcionará natural intervención á la madre, quien de otro modo correría en este Acto grandísimo peligro de convertirse en figura decorativa.

....

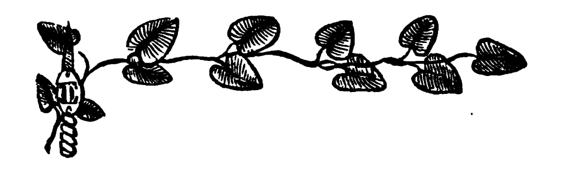
(La preparación del monólogo de Fernando y de sus naturales consecuencias, es la llave del Segunddo acto.)



DISCURSO

ACERCA DEL

TEATRO DE CALDERÓN



DISCURSO

LEÍDO ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POR

D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA [1],

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA [2].

SEÑORES:

Muy difícil de justificar sería la alta merced que me habéis hecho abriéndome las puertas del primer cuerpo literario de la nación, si la profunda gratitud con que la recibo no ayudase en parte á disculpar vuestra excesiva benevolencia. Gustoso me detendría á manifestar cuánto excede el premio al merecimiento, y cómo habéis antepuesto la benignidad á la justicia; pero

[1] Hemos considerado muy oportuna la publicación de este discurso en el presente volumen, por cuanto viene á completar la exposición de las ideas de Ayala respecto de literatura dramática.

[2] Verificada el día 25 de Marzo de 1870.

debo ser muy parco en este punto, porque, una vez designado por vuestros votos, no me parece la mejor manera de corresponder á vuestros favores empeñarme en convenceros de injustos; y porque siendo además costumbre en todos vuestros ilustres elegidos comenzar sus primeros discursos con estas ó semejantes palabras, temo que llegue á pareceros rutinaria la gratitud y sospechosa la modestia. Pero, si cada uno de vosotros repasa en este instante los grandes servicios que sus actuales compañeros han prestado á las letras españolas, y si todos juntos eleváis la consideración al saber, ingenio, virtud y doctrina de Jovellanos, Cienfuegos, Huerta, Meléndez, Quintana y tantos otros preclaros españoles que aquí tuvieron su merecido asiento; si, acercándonos más á nuestros días, recordáis que ayer mismo Galiano, el duque de Rivas, Pacheco, Vega y Pidal aumentaban los timbres de la Academia Española con sus escritos imperecederos, iluminaban sus discusiones con la palabra viva, y hoy le dejan en herencia la gran solemnidad con que la muerte sanciona los altos merecimientos, comprenderéis fácilmente que el que por efecto de vuestra bondad se encuentra de pronto partícipe de tanta gloria y sucesor de tan ilustres antepasados, no es de la costumbre, sino de lo íntimo de su corazón, de donde saca las palabras con que se muestra agradecido; porque en este solemnísimo momento no hay soberbia que no se quebrante, gratitud que no sea profunda, ni modestia que no sea verdadera.

Objeto de especial mención, al enumerar, si bien de pasada, algunos de los blasones de la Academia, debe ser para mí la memoria de mi célebre y elocuente predecesor, el Excmo. Señor D. Antonio Alcalá Galiano. Acaso la importancia de su nombre debería obligarme á elegir para tema de esta oración el examen crítico de sus libros y discursos. Pero no es posible hablar de un hombre que con tanta frecuencia puso las manos y el entendimiento en los arduos negocios del Estado, sin tocar algunas cuestiones que todavía encienden y dividen los ánimos, y que, en mi sentir, no deben nunca venir á perturbar la constante y augusta serenidad de este recinto. Y cuando éste no fuera un inconveniente verdadero, yo soy el único á quien no es lícito, al menos en este momento, juzgar al Sr. Galiano con aquella entera independencia que hace levantada y provechosa la crítica. Si, olvidando sus fueros, doy lugar exclusivo á la alabanza, parecerá que con sobornada benevolencia le agradezco el puesto que me dejó vacante; si emito libre el juicio, movido sólo de mi carácter independiente, la misma imparcialidad, la justicia misma, ejercidas en el propio sitio que él ocupaba, delante de sus cenizas, aún calientes, no podrán menos de sonar en vuestros oídos como atrevimiento y desacato. Básteme, pues, recordar, en gloria suya y en cumplimiento de la loable práctica establecida, que la elocuencia le mostró los caminos que conducen al frenético aplauso; la poesía las bellas imágenes que deleitan el alma, y la historia los

graves ejemplos que sirven de enseñanza á las naciones. Yo respeto su triple corona de historiador, de poeta y de tribuno, y remito el juicio crítico y examen detenido de sus obras á los que, desligados de mis presentes obligaciones, puedan ser imparciales sin nota de irrespetuosos.

No consintiéndome las razones expuestas hablaros del célebre orador á quien sucedo, cualquiera que tenga alguna noticia de mi humilde persona adivinará fácilmente cuál es el asunto á que habrán de llevarme mis naturales inclinaciones. Hablaré, en efecto, de aquella institución que, según el incrédulo Voltaire, es la obra maestra de la sociedad, y, en opinión del sabio y piadoso jesuíta Porée, superior á las especulaciones de la filosofía y á los documentos de la historia en eficacia para la enseñanza y dirección de los pueblos.

Si nunca he podido arrepentirme de la afición que desde niño me inspiró el Teatro, porque ella alguna vez me ha granjeado el beneplácito de mis conciudadanos y porque le debo mis recuerdos más agradables, los mejores placeres de mi vida, menos podría olvidarla hoy, que acaba de concederme el preciado título con que podré mañana llamarme vuestro compañero. Diré algo, pues, del Teatro español; y haré asunto de este discurso algunas de las prendas distintivas del más legítimo representante de su índole y tendencias, del dictador de sus leyes más generales, de aquel ingenio milagroso que aparece en la escena en medio de Lope, Tirso, Alarcón, Moreto, Rojas,

Montalván, Mira de Mescua, Guillén de Castro, Mendoza y otros muchos, y á pesar de tan esplendorosa y, abrumadora compañía,

«El cetro adquiere,
Que aún en sus manos vigorosas dura.»

Propósito inútil ó temerario parecerá á muchos emprender la crítica ó panegírico de *D. Pedro Calderón de la Barca*, cuyo mérito ha sido depurado en el juicio definitivo de la posteridad.— Los ingleses le alaban, los franceses é italianos le imitan con frecuencia, y los alemanes le estudian incansables y le aplauden con creciente entusiasmo.

Yo, en efecto, creería innecesario este corto homenaje de admiración al ingenio del poeta, de respeto á la nobleza del caballero y de veneración á la virtud del sacerdote, si mis palabras hubieran de encerrarse en este sitio, seguro de que no es aquí donde hay necesidad de avivar el amor á las glorias nacionales; pero estos discursos se imprimen, y, copiándolos la prensa periódica, suele extenderlos hasta los últimos rincones de España, donde desgraciadamente es más alabado que leído el autor de *La vida es sueño*. Entiendo, además, que en un período en que la duda, contaminando todos los espíritus, debilita el alma y hace indecisa la forma de nuestra literatura, no es fuera de propósito fijar una vez más la atención en aquel autor afortunado, que jamás dudó, y cuya fijeza de creencias y miras artísticas presta á sus obras la severa unidad que tanto contribu-

ye á la honda impresión que causa su conjunto. Cuando, olvidados de lo que fuimos, y esquivando el trabajo de estudiar lo que somos y de enseñar lo que debemos ser, pedimos á los extraños cotidianas inspiraciones, que, mal disfrazadas de españolas, inundan nuestros hogares, produciendo igual estrago en las conciencias y en el idioma, no me parece inútil insistir en la recomendación del gran poeta, á quien era imposible dejar de ser español ni por un momento, y en cuyas obras palpita entero el corazón de la patria. Cuando invade nuestro teatro una literatura dramática atolondrada y raquítica, que, unas veces frívola y sin ingenio, nos róba el tiempo, sin producir deleite ni enseñanza, y otras, al sentir la frialdad de su pobreza, se finge honrada y católica, y sermonea y lloriquea para conseguir la limosna del aplauso, surge espontáneo en nuestra memoria el dueño de las grandes riquezas, el padre de los grandes efectos teatrales, el que, siendo de veras católico y honrado, creyó que, para animar la escena, necesitaba además ser inventor y poeta. Y, en fin, cuando dentro y fuera de España hormiguean en el campo literario tantos mendigos de aplausos, famélicos de publicidad, que embriagados del amor que se profesan, nos refieren minuciosamente los detalles más nimios de su vida, como asunto el más interesante á las presentes y futuras generaciones; fatigan la fotografía y visten las esquinas con sus estampas, y, pródigos de sí mismos, nos brindan con sus personas en todas partes; nueva y peli-

grosa epidemia que tiende á rebajar el carácter de los cultivadores de las letras; naturalmente se levantan los ojos á aquel varón magnánimo y constante, más olvidado de su persona y de sus obras que lo que á la gloria de España convenía, cuya cristiana modestia permaneció inalterable en medio del favor de tres monarcas, del aplauso de todas las naciones y de la veneración de todo un siglo, y que, si una vez habló de sí mismo, fué para mandar en su testamento que lo llevaran á la sepultura con el rostro descubierto, para desengaño de las miserias y vanidades del mundo.

Juzgo oportuno hacer algunas consideraciones generales, que me servirán de guía al penetrar detalladamente en el asunto.

Es el teatro, en todas las naciones que han llegado al período de su virilidad y á la completa aplicación de sus principios constitutivos, la exacta reproducción de sí mismas, la síntesis más bella de sus afectos más generales. De tal manera el teatro ha sido siempre engendrado por la fuerza activa de la nacionalidad, que allí donde ésta se debilita y se extingue, aquél vacila y desaparece.

Sobrevivirán grandes filósofos, grandes líricos, grandes historiadores, grandes artistas; de seguro ni un autor dramático. Pudiera citar muchos ejemplos; bástame uno. Recordad á Italia, ensangrentado campo de la contrapuesta ambición de españoles y franceses; el tibio amor que aun conserva á su nacionalidad la impide ser francesa ó española; su falta de energía no la consiente ser italiana. Pues en ese período de sobresalto, de

indecisión y de mudanza, produjo, sin embargo, escultores, que convirtieron las piedras en símbolo eterno de lo bello; pintores cuyos lienzos reproducen viva la divina mansedumbre de Cristo, la ternísima angustia de María; poetas que enriquecieron sus versos con los encantos de la naturaleza, los tesoros de la fantasía, las penas y delicias del amor y las altas empresas de las armas cristianas; filósofos, en fin, que con mirada profunda, si bien siniestra, penetraron las sombras más oscuras del alma. ¿Á qué citar nombres que ya habéis recordado? La pintura, la escultura, la historia, la poesía lírica y épica le fueron familiares: débil y estérilmente intentó la dramática.

Siendo, como he dicho, el teatro la síntesis de la nacionalidad, no parece sino que aquellos pueblos que viven descontentos de sí mismos rehusan el espejo que los reproduce. Este fenómeno constante aclara la naturaleza de la poesía dramática, y hace evidente la principal diferencia que la distingue de las restantes manifestaciones del arte.

Juzga de éstas el individuo; de aquélla, la muchedumbre. Puede el individuo, prescindiendo de sí y abstrayéndose del mundo que le rodea, interesarse en acontecimientos que le son extraños, comprender y aun ejercitar la sensibilidad en pasiones que no son las suyas, y vivir con la imaginación en todos los países del globo. La muchedumbre jamás prescinde de sí misma: su criterio, resultante del de todos los que la forman,

no es exactamente el de ninguno: al fundirse unos en otros los afectos y pasiones de todos sus miembros, pierden en variedad y en extensión lo que ganan en fuerza y en exclusivismo, y con la gran soberbia que le es propia, desecha, como indigno de su atención, cualquier asunto que no sea ella misma. Confúndese fácilmente el individuo con el artista, y llevado del dulce placer que producen las infinitas variedades de la belleza, sigue sin esfuerzo los vuelos y caprichos de la fantasía. Al poeta dramático es forzoso confundirse con la muchedumbre: sus creencias, sus pasiones, sus costumbres, sus aspiraciones y afectos unísonos, son las fuentes genuínas de la inspiración dramática: si éstas no existen, carece el poeta de elementos para su obra. Sólo describiendo con verdad las costumbres de su país, adquirirá influencia para corregirlas; sólo sintiendo con vehemencia sus afectos, alcanzará prestigio para purificarlos.

Pudo Garcilaso, mientras la Europa se lamentaba oprimida del peso de las armas, cantar en sosegado retiro

«El dulce lamentar de dos pastores.»

Fr. Luís de León exprimía en versos inimitables el ansia ardiente con que suspiraba por la posesión del cielo, en tanto que sus soberbios compatriotas aspiraban indómitos al dominio universal de la tierra. Cuando febril la actividad española se ejercitaba incansable en ambos hemisferios, consumía Fernando de Herrera las poderosas

fuerzas de su ingenio en las estériles sutilezas de su amanerado platonismo, y en medio de la lucha de todas las pasiones desenfrenadas, solitario Rioja prestaba la forma más bella á los conceptos más levantados y severos que ha inspirado jamás el desengaño cristiano. Pudieron, en efecto, *el cantor de las flores, el águila de Sevilla, el cisne de Granada* y *el Títiro español,* retraídos del mundo en que vivían y contrastando con los sucesos que los rodeaban, crear, dulcificar, enriquecer y perfeccionar el habla castellana y dilatar el horizonte de las letras, mereciendo unánime aplauso de sus tiempos y sucesiva gratitud de los futuros. Pero ningún autor dramático, abstraído de su época y contrastando tan vivamente con ella, ha podido jamás animar la escena y promover el aplauso de sus contemporáneos. Todo lo dicho se hará evidente, si observamos que á los ingenios atléticos más humanos que nacionales y más bien armónicos con todas las épocas que exclusiva expresión de una sola, la misma fuerza de su individualismo independiente, que les ha inspirado obras inmortales, les ha impedido sostenerse con gloria en el teatro. — Cervantes, Quevedo y Byron me ofrecen su ejemplo y testimonio.

Lógicamente se deduce de las consideraciones expuestas, que la misma naturaleza del teatro exige del autor dramático dos facultades primordiales y esencialísimas: la de identificarse en afectos, ideas, creencias y aspiraciones con el pueblo en que ha nacido, y la de adivinar la

manera de darles vida y realce sobre la escena. Espíritu de nacionalidad, intuición de la forma y del efecto.

Pues estas dos condiciones del teatro, estas dos alas de la inspiración dramática, ¿quién, señores Académicos, quién, en los tiempos pasados ni presentes, las ha agitado con fuerza tan poderosa y constante como D. Pedro Calderón de la Barca?

Por una coincidencia que suspende y admira, las exigencias nacidas de la íntima naturaleza del teatro se convierten, al examinar las obras de este autor, en sus cualidades más distintivas, en sus rasgos más propios, confundiéndose en una sola abstracción el arte y el artista. Lo que en el teatro es esencial, en Calderón es característico.

Fuerza será decir algo de los elementos que constituían la España de su tiempo, para apreciar debidamente hasta qué punto supo inspirarse en ellos y presentarlos en la escena con todo el encanto y maravilloso relieve del arte. Lo haré con la concisión propia del que se dirige á quien sabe lo que voy á decir.

Ocho siglos consecutivos, en que nuestros padres pelearon sin tregua ni reposo por el templo de su Dios, el sepulcro de sus mayores y la cuna de sus hijos (hecho capital en nuestra historia, y sin ejemplo en la del mundo), estimularon y fortalecieron prodigiosamente todas las generosas cualidades que eran necesarias para asegurar el triunfo de tan venerandos objetos: el valor indómito, propio del que, teniendo á Dios de su parte, en ninguna ocasión se encuentra solo;

impetuoso é incontrastable en el hombre que, luchando por su perdida patria, mientras no la tiene le es estorbo la vida, como falto de esfera en que ejercitarla; la lealtad á los reyes que, caudillos primero de sus pueblos, conduciéndolos á la victoria, y padres después, librándolos del yugo del feudalismo, presentaron al amor de sus vasallos el doble título del beneficio y de la gloria, encadenando sus corazones con los naturales efectos de la gratitud y del entusiasmo; el honor acrisolado en los combates, única garantía capaz de asegurar el cumplimiento de los tremendos deberes de la guerra. Y es natural que, durante una batalla de tantos soles, la mujer apareciese en la exaltable imaginación de los guerreros como el bálsamo de tantas heridas, el reposo de tantos afanes y el premio de tantas victorias; como la reina, en fin, de un hogar defendido por el incansable ejercicio de la espada é imaginado en medio de las asperezas de un campamento.

El amor idealizado por la guerra, el honor inflexible, la lealtad sin reservas, el valor sin excusas, fueron, pues, los eficacísimos auxiliares de la religión y del patriotismo, que, fundidos en una sola idea, eran el único espíritu viviente en todas las venas del Estado. Estos heroicos afectos y cualidades distintivas del español participaban de la vehemencia y exaltación propias de la santa empresa en cuyo servicio se habían enardecido, y á cuyo triunfo simultánea y armónicamente concurrían.

Terminada la guerra de la reconquista, y antes que el sosiego de la paz y sus naturales consecuencias hubieran calmado esta vehemencia característica del español, súbitos y poderosos incentivos la estimularon nuevamente al nacer el siglo xvi, hermano gemelo del emperador Carlos V. Á los hijos de Mahoma reemplazaron en el campo de batalla los sectarios de Lutero; á la completa posesión de España sucedió inmediatamente el descubrimiento de un Nuevo Mundo, como si la Providencia hubiera querido experimentar por espacio de ocho siglos la constancia española, antes de confiarla el sublime encargo de llevar por primera vez las banderas de Cristo á las inmensas antípodas regiones. Las guerras de religión mantuvieron en su entereza primitiva aquel carácter ferviente, osado y aventurero, creado por la reconquista y tan fielmente impreso en las sencillas y enérgicas páginas de nuestro *Romancero*. Las novedades, encantos y misterios del Nuevo Mundo, las increíbles aventuras é inauditas proezas de que fué teatro, prestaron tanta verosimilitud á las fantásticas quimeras de los libros de caballería, que no parece sino que sus primeros autores las concibieron inspirados por el vago presentimiento del próximo y maravilloso destino del pueblo castellano.

Tal era la España que D. Pedro Calderón de la Barca se propuso reproducir en la esfera del arte; pues aunque en el siglo xvii eran ya evidentes los síntomas de su decadencia; aunque ya podía pronosticarse que aquella voraz excitación

del espíritu había de concluir debilitando todos los miembros de la gigantesca monarquía, aún no había mediado el espacio de tiempo que necesita el infortunio, por violento que venga, para estragar los afectos y rebajar el carácter de una nación sostenida por la fe, fortificada en tan rudas pruebas, y ensoberbecida con el laurel de tantas victorias.

Basta recordar los títulos de las obras de Calderón para comprender que componen su teatro los mismos elementos que hemos señalado como constitutivos de la sociedad española. Examinémoslos separadamente.

Era la religión el resorte más eficaz de su patria: á la fe religiosa consagra nuestro autor sus afectos más íntimos, sus meditaciones más profundas y las flores más delicadas de su fantasía. El sentimiento más vivo de su país debía ser el asunto de su primera inspiración. Á los trece años aparece autor de *El carro del cielo*. Ningún autor se ha retratado tan fielmente en su primer intento. Pasma y enamora contemplar este primer vuelo de aquel águila precoz, que, impaciente sin duda por penetrar todos los misterios de la creación, se lanza atrevida al carro de Elías, y se coloca en medio del espacio para percibir á un tiempo las inefables melodías del cielo, las hondas inquietudes de la tierra, las angustias y esperanzas del purgatorio, y los desesperados clamores de la *ciudad doliente*.

Recordad la varia muchedumbre de sus Autos sacramentales, magnífico monumento elevado

en honra de la piedad española, eco sublime de la Bula en que Urbano IV instituyó la festividad del SANTÍSIMO SACRAMENTO. Allí es donde el autor se encuentra más espaciado; allí le vemos en plena posesión de sí mismo. En el ancho espejo de su imaginación ilimitada se reflejan los cielos con más verdad que en las vastas llanuras de los mares, unas veces serenos y apacibles como la aspiración y el premio de los justos, otras tempestuosos y amenazadores como los atributos de la justicia, y otras impenetrables y oscuros como los misterios que ejercitan la fe, pero siempre dejando vislumbrar los rayos de la bondad divina, que pugnan por desvanecer las densas nubes de la ignorancia y del pecado.

Nos hace presenciar el sublime momento en que, coronando las magnificencias de la creación, infunde Dios el soplo de vida en el primer hombre. Nos muestra el alma descendiendo llorosa de las *purpúreas* esferas, y el cuerpo inanimado sobre la tierra, pero ya confusamente conmovido con la esperanza de su próxima exaltación, y hasta nos hace oir lo que dirían, á poder hablar, antes de unirse. Oigámoslos:

«ALMA.

Patria hermosa en que nací,
Forzáda á la tierra voy,
Pero en cualquier parte soy
Lo que en mi principio fuí:
No ha de haber mudanza en mí;
Que aunque Dios me hizo de nada,
Me hizo eterna; y desterrada

De esta celestial esfera,
Al esposo que me espera
Protesto que voy forzada.
Protesto que en la prisión
Del cuerpo en que he de asistir,
Siempre desearé salir,
Por volver á mi región.

CUERPO.

¿Cuándo de esta confusión
Saldrá mi ciego sentido?

ALMA.

¿Cuándo, amado patrio nido,
A tu centro volveré?

CUERPO.

Nada soy, nada seré.

ALMA.

Siempre seré, pues ya he sido.»

Se abrazan el cuerpo y el alma; la vida enciende su antorcha, y los tres caminan por el mundo, seguidos del pecado y de la muerte.

Asistimos á la tragedia del paraíso: vemos ásperos y rebeldes al hombre los mismos elementos que antes le eran afables y sumisos: escuchamos los ayes de sus primeros dolores y los sollozos de su arrepentimiento:

«Castígame como padre,
No como juez me destruyas.»

Ya no siento tanto mis penas, dice el hombre enternecido, dirigiéndose á Dios,

«Como el ver que el padecerlas
Ha de ser en ira tuya.
¡Tú aborrecerme, Señor,
Y yo aborrecerte! ¡Oh! Nunca

La naturaleza humana
Llegue á tanta desventura.»

Suenan las promesas de la redención del género humano, y contemplamos su exacto cumplimiento al brotar en el costado de Cristo la fuente viva de la gracia, que, distribuída en los raudales de siete sacramentos, desciende incesante á lavar las manchas de la culpa.

Explica Calderón los diferentes caracteres de la ley natural, la escrita y la de gracia. Conversa cariñosamente con la ignorancia, esclareciéndole *Los misterios de la misa*. Reprende á los que, incurriendo en error pagano, atribuyen los bienes y los males á la fortuna, para mostrarse hipócritamente quejosos é ingratos con la Providencia, asegurando que *No hay más fortuna que Dios*. No hay *instante sin milagro*, grita la incredulidad.

Plantea y desenvuelve las cuestiones más abstractas, jugando con su asunto, según la frase de nuestro inolvidable amigo Pedroso, como expone los misterios más profundos con fe tan sencilla, con tan inquebrantable serenidad, que no parece sólo que los cree, sino que los sabe.

Desde la creación del primer hombre hasta la muerte del Justo, no hay figura del Nuevo ni del Viejo Testamento, no hay profecía, parábola ó tradición piadosa que no sea expuesta en su teatro sacramental con la varia y solemne entonación que requieren tan levantados asuntos, con la ardiente y melancólica poesía propia de las regiones en que tuvo lugar el drama de nuestra

redención, y al mismo tiempo con toda la claridad que era indispensable en obras escritas para ser representadas en la plaza pública y en presencia de todo un pueblo.

Consignados los fundamentos de nuestra fe; desenvueltos magistralmente los argumentos en que se apoya, y las pruebas que la confirman; explicados todos sus preceptos con tanta lucidez, que cualquiera de los expectadores puede exclamar con el autor:

«Tales todos ellos son,
Que pudo habérnoslo dado
La misma razón de Estado,
Cuando no la religión,»

pasa del teatro sagrado al profano; y, roto ya el velo de la alegoría y desembarazado del artificio de la parábola, nos muestra en acciones reales todo el fruto que la semilla evangélica, cultivada por el martirio, comienza á producir en el mundo. Vemos á Crisanto, hijo de un senador romano, silenciosamente iluminado por los rayos de la cruz en medio de las tinieblas del paganismo; le vemos exaltarse al presenciar la bárbara muerte de su cristiano maestro Carpóforo, hasta el punto de confesar á voces, á la faz de los ministros de Numeriano, la religión de Cristo; encendida en el fuego de su heroismo, su prometida esposa Daría se declara cómplice del mismo delito; y en medio de los rigores del tormento, oímos la enérgica protestación de fe de *Los dos amantes del cielo.* Sublime situación, que, reproducida

después por Corneille, y últimamente enriquecida con las divinas melodías de Donizetti, todavía aparece sobre la escena, arrebatando el ánimo de los espectadores.

«¡ Ay de ti, pueblo infelice!
¡Ay de ti, mísera Hibernia!»

grita el apóstol de Irlanda, procurando despertar á sus hijos del estúpido sueño del ateismo. El temerario Ludovico, tan enérgico en el pecado como en la penitencia, nos describe después *El purgatorio de San Patricio*.

Voces lúgubres y misteriosas, que expresan conceptos jamás oídos, turban y suspenden la bulliciosa alegría con que la réproba descendencia de Caín rinde culto á su ídolo Astarot, en cuyo templo se encuentra congregada. Todos los ojos y oídos atienden al sitio de donde salen tan extraños acentos: —un hombre se aproxima: — oigamos cómo le describe la hija del rey Polemón:

« Es su estatura mediana,
Su barba y cabello en crencha
Partida á lo nazareno,
Y de cenizas cubierta.
....
El rostro es grave, la voz,
Bien como de una trompeta,
Armoniosamente dulce
Y dulcemente tremenda.
Vivo esqueleto, en un vil
Báculo el cuerpo sustenta;
Es todo su adorno un saco
Ceñido con una cuerda.»

Entra San Bartolomé repitiendo :

« ¡ Cristo es el Dios verdadero !
¡ Penitencia, penitencia ! »

El báculo en forma de cruz que le sostiene, despide llamas que inundan el templo : enmudece el ídolo ; y aunque después el pueblo de la Armenia Inferior hace que su Apóstol *mude la piel como culebra*, ya ha escuchado la palabra divina; ya tiene rotas en sus manos *Las cadenas del demonio.*

Vemos cautiva la cruz de Cristo, y la piadosa hazaña con que el emperador Heraclio consigue *La exaltación de la cruz*. *El gran príncipe de Fez* nos manifiesta que ni la bárbara intransigencia mahometana es muralla impenetrable á la sutilísima llama del Evangelio. En *El príncipe constante*, D. Fernando de Portugal aparece el modelo del caballero cristiano. Entregando á Ceuta puede librarse del cautiverio que marchita su juventud y aflige su cuerpo : siente, como humano, el hambre y el frío, y todos los rigores de su fortuna, de quien amarguísimamente se queja. «¿Por qué no me das á Ceuta?», le pregunta indignado el rey de Fez.—« Porque es de Dios y no mía »—le responde resignado el Infante. Duérmese fatigado Enrique VIII sobre el mismo papel en que estaba escribiendo la refutación de los errores de Lutero : aparece la imagen de Ana Bolena, borra lo escrito, y dice :

« Yo tengo de borrar cuanto tú escribes. »

Así comienza *La cisma de Ingalaterra.* ¡Soberbia exposición! Ella sola manifiesta hasta qué punto la rebelión de la carne dió alas á la herejía que más aflicciones ha causado á la Iglesia. En *La Virgen de los Remedios*, *San Francisco de Borja, Judas Macabeo, La Virgen de la Almudena, Desagravios de María, El José de las mujeres, La Margarita preciosa,* y otras varias, es también la religión el principal resorte dramático, sin que jamás la osada fantasía del poeta relaje en lo más mínimo la severa ortodoxia del profundo teólogo. El mismo autor que manejó los asuntos históricos con el notable descuido que sus críticos le echan en cara, trató con escrupulosa puntualidad los religiosos. Pero, ¿cuál era la historia de su país? ¿Cuál había sido el impulso de su política? No me incumbe juzgarla en este momento; pero es lo cierto que la religión había provocado los supremos esfuerzos de la monarquía, y evidenciar los testimonios de nuestra fe equivalía á justificar nuestra conducta; reproducir en la escena las grandes virtudes inspiradas por el Cristianismo, era tanto como apelar á los altos ejemplos que anticipadamente abonan el piadoso arranque de nuestros príncipes y el generoso concurso de sus vasallos. Al asistir á la representación del grandioso drama *La exaltación de la cruz*; al ver que el emperador Heraclio, cuando recibe la noticia de que los persas han cautivado el símbolo de la redención, rompe el retrato de la mujer á quien ama, como desprendiéndose de todo afecto humano, enluta sus ban-

deras, con roncas trompetas y cajas destempladas convoca á su pueblo, y jura y cumple no esquivar peligro ni fatiga hasta poner la cruz de Cristo en el propio lugar donde la adoraron Elena y Constantino; al oirle exclamar:

«Sagrado leño, yo os juro
De no volverme sin vos,
Si mil veces aventuro
El mundo en rescate vuestro.
Pero, ¿qué mucho, qué mucho
Que todo el mundo aventure
Por quien salvó á todo el mundo?»

¿quién no recordaría á Felipe II, que en varias ocasiones pronunció casi idénticas palabras; que, ermitaño de su palacio, esclavo de su idea, flaco de cuerpo, fortísimo de espíritu, pugnaba incansable, como Heraclio, por llevar triunfante sobre sus hombros al templo de Jerusalén

«El madero soberano,
Iris de paz, que se puso
Entre las iras del cielo
Y los delitos del mundo?»

Al aparecer en *La serpiente de metal* la imponente figura de Moisés; al contemplar la honda indignación con que derriba y hace pedazos el becerro de oro, á cuyos pies se había prostituído el pueblo de Dios, ¿qué espectador no recordaría la popular hazaña del más famoso de los hijos de Extremadura, que, al derribar los ídolos en presencia del atónito pueblo de Motezuma, pudo exclamar, con el Moisés de Calderón:

« ¡ Ved vuestras idolatrías

Qué dios adoran, villanos,
Pues lo hicieron vuestras manos
Y lo deshacen las mías! »

No estaban en Grecia, ni en Roma, ni aun en las crónicas de los antiguos reinos de Castilla, las premisas y antecedentes de aquellos españoles que, en defensa de la verdad católica y á la sombra de sus banderas, lucharon en Alemania, en Flandes, en Italia, en Francia, en el archipiélago de Grecia, en África y América. Causas más altas engendraban las impetuosas acometidas é inquebrantables resistencias que ensangrentaron las tierras y los mares. Los fundamentos de la doctrina católica eran las sólidas razones de su política; la luz del Evangelio, la justificación de sus armas; las relaciones del cielo con la tierra, sus verdaderos antecedentes históricos.

De este modo consideradas, las comedias religiosas de Calderón son á la vez históricas y políticas. Si al juzgar estas obras los críticos afrancesados del pasado siglo hubieran podido colocarse á la altura de su autor, ¿quién duda que hubiera sido menos frío y pedantesco el desdén con que las trataron?

Si el valor y la lealtad, elementos designados entre los constitutivos del carácter nacional, no componen el único ni el principal resorte de ninguna obra determinada de nuestro autor, en todas las suyas resplandecen, sin embargo, ambas cualidades. Á Calderón hubiera sido imposible vestir de caballero á ningún cobarde.

Todos sus personajes se muestran leales á sus

príncipes: si alguno se exceptúa de esta regla, de seguro no es español. El mismo Gutiérrez de Solís, al quejarse al rey D. Pedro de la conducta del infante D. Enrique, y al manifestar que está resuelto á lavar con sangre y cubrir con tierra su deshonra, añade en seguida:

«No os turbéis: con sangre digo
Solamente de mi pecho;
Que Enrique, estad satisfecho,
Está seguro conmigo.»

La proximidad al trono le sirve de escudo.

Quiere Muley poner en libertad al infante D. Fernando, burlando la confianza y arrostrando las iras del rey de Fez; el noble portugués le contesta:

«Muley, amor y amistad
En grado inferior se ven,
Con la lealtad y el honor;
Nadie iguala con el Rey;
Él solo es igual consigo.»

Se trata de un Rey enemigo de la cruz, y el cristiano cautivo, por cumplir con la obligación en que le pone su lealtad de dar este consejo, pierde la libertad y la vida. Prueba evidente de que nuestro autor no admitía excusas ni excepciones en los deberes de la fidelidad.

Rasgos semejantes, esparcidos en todas sus obras, y la suma reverencia con que siempre habló de la púrpura, han disgustado á algunos críticos nacionales y extranjeros, hasta el punto de calificar de adulación tanto acatamiento y de servilismo tanta lealtad. El cargo es grave, y

de ser justo, alcanza de lleno á Calderón, y trasciende á todos los dramáticos de su tiempo, y aun al pueblo que tan calurosamente los vitoreaba; imprimiendo en el carácter nacional un sello de mansedumbre que, ejercitada en la adulación, tiene más de afrentosa que de evangélica.

La Academia me consentirá una ligera digresión, encaminada á poner en su punto un elemento que ha sido tan importante en nuestra escena, y acaso el que ha producido contrastes más vivos y situaciones más interesantes.

Dejando á un lado el *Per me reges regnant,* que, convirtiendo la persona del Monarca en representante de la voluntad divina, hacía imposible la adulación y daba cierta solemnidad de obligación religiosa á la obediencia; sin tener en cuenta nuestra natural desidia, más acomodada á abandonar las riendas del gobierno que á intervenir constantemente en los negocios públicos, hay, sin duda, en nuestro carácter alguna cualidad que ha hecho más necesaria en España que en ningún otro pueblo la preponderancia del principio monárquico.—¿Es acaso, como se desprende de la mencionada censura, nuestra índole humilde y nuestra genial mansedumbre? No necesitamos buscar en la historia la respuesta. ¿Cuál más concluyente que la misma sorpresa que nos causa la pregunta?—Es, sin disputa, nuestra indómita soberbia, que, fecunda en todos los efectos de la discordia, ha buscado un escudo contra sus propios excesos extremando la suprema autoridad de los reyes.

Contemplad á los españoles en todas las ocasiones y lugares en que, apartados ó exentos del yugo de la monarquía, dueños de su voluntad y árbitros de su conducta, han podido manifestar espontáneamente todas las cualidades y condiciones de su carácter.— ¡Qué constantes en los trabajos; qué heroicos en los peligros; qué díscolos é ingobernables en la victoria!

Seguidlos lejos de su patria, y en todas partes veréis crecerles el ánimo á medida que se aumentan las adversidades y se alejan las esperanzas de socorro. Los veréis aislarse voluntariamente del auxilio humano, para esperarlo todo de Dios y de su esfuerzo; explorar mares, registrar volcanes, y, amantes de lo desconocido, penetrar con sus espadas donde nunca había penetrado el pensamiento; los veréis debeladores de imperios, dominadores de razas, despreciadores del enemigo y de la muerte; capaces de soportar juntas todas las inclemencias del cielo y de la tierra; incapaces de sufrirse á sí mismos.

Repasad conmigo algunas páginas de nuestra historia.

¿Quién no recuerda conmovido aquel supremo instante en que la audacia española, conducida por el genio de Colón, vencidos los horrores y monstruos espantables con que la ignorancia poblaba las regiones de lo desconocido, pisó por vez primera las playas antípodas, é hizo evidente al mundo el gran secreto del Océano? No hubo allí corazón tan rudo en que no penetrara algún sentimiento nuevo y sublime.—Todas las manos se

levantaron al cielo, y cada uno le ofrecía, en holocausto de tan gran suceso, lo mejor de su alma.—La cruz de Cristo abrió sus brazos en la orilla, brindando con su amoroso seno á todos los hijos del nuevo continente. — No concibe el entendimiento una ocasión más acomodada para fundir en una todas las voluntades y gobernarlas con el prestigio de una sola idea. Bien pronto demostraron, sin embargo, los acontecimientos, que ni la próspera ni la adversa fortuna tienen poder para domesticar entre nosotros la discordia. — Con mal disimulada impaciencia soportaba Martín Alonso Pinzón su puesto de segundo. Había sido este viejo marino igualmente respetado por las olas y por los hombres : inteligente, audaz, afortunado y opulento ; altas cualidades, que en pechos españoles suelen engendrar otra que las desluce todas; la indocilidad, propensa siempre á la rebelión. Los peligros y continuas zozobras del viaje, excitando la parte heroica de su naturaleza, le mantuvieron fiel á las órdenes del Almirante. La fortuna dió libertad á su soberbia, y, proclamándose independiente, desertó de la escuadra.—Ni fué más segura la concordia en aquel fuerte de la Navidad, primer establecimiento que los españoles fundaron en América. —Treinta y ocho, elegidos entre los mejores, quedaron encargados de su presidio. Vehementes fueron las exhortaciones con que Colón procuró persuadirlos á la templanza y á la obediencia, sobre todo del que les había designado por jefe, en quien todas sus facultades quedaron delega-

das; no lo fueron menos las protestas con que todos se obligaron á ejecutar puntualmente sus instrucciones.—Llegó el momento en que era forzoso separarse. Los unos, como centinelas avanzados de Europa, se quedaban custodiando la entrada de aquellas vastas y desconocidas regiones; los otros volvían á demandar recursos y á producir, con la noticia de que eran portadores, la sensación más profunda que jamás había acalorado la fantasía del mundo, que desde entonces tomó el nombre de Viejo. La expansión de los corazones correspondió á la solemnidad del momento.—Reiteráronse de una parte los consejos y de otra las protestas. Con lágrimas en los ojos se estuvieron contemplando hasta que el mar los separó por completo.

Diez meses habían transcurrido apenas, cuando ya Colón, con recursos bastantes para establecerse sólidamente, divisaba por vez segunda las ya conocidas costas de América. Á medida que se aproximaba el término del viaje, se aumentaba en el Almirante, y muy singularmente en todos los que le habían acompañado en la primera expedición, el ansia de abrazar á sus aislados compañeros. — ¡Cuánto fruto podrían sacar de las inestimables noticias que en este tiempo habrían adquirido de aquella isla y de sus mares adyacentes! ¡Cuánta riqueza podían haber acumulado, dada la simplicidad de aquellos habitantes, que por cualquier bagatela cambiaban todo el oro que poseían; y cuánto placer ofrecían las futuras y amistosas pláticas en que recíproca-

mente habían de comunicarse los detalles é impresiones recogidos en ambos mundos! Al anochecer anclaron delante del fuerte de la Navidad: la proximidad de la noche hacía indecisos todos los objetos; era, sin embargo, indudable que la guarnición debía haber notado la llegada de la escuadra; todos aguardaban inquietos alguna señal que anunciase la existencia de sus compañeros; pero ni una canoa surcaba la mar, ni una luz se divisaba en la orilla, ni llegaba á los atentos oídos una voz conocida y amiga; en vano los más gruesos cañones de las naves interrogaron los valles y los montes: apagados los ecos, seguían reinando las sombras y el silencio.—En todos los pechos surgió el presentimiento de una catástrofe: la luz del sol la hizo evidente. — Fué más poderosa nuestra genial indisciplina, que todos los consejos, peligros y altos deberes que tan apretadamente persuadían el orden. Disputaron Escobedo y Gutiérrez la legítima autoridad de Arana: se trataba de mandar en una peña guarnecida en el desierto por un puñado de hombres; no necesitó más alimento la guerra civil. Sangre española, vertida por mano española, imprimió la primer mancha en nuestro primer establecimiento. Semilla de discordia, que, sembrada entonces, todavía fructifica. Diseminados los nuestros, á quien ya no era posible juntarse en parte alguna sin venir á las manos; desprestigiada nuestra raza ante la indígena; olvidadas las precauciones militares, hallaron fácil ocasión los caribes para sorprender el fuerte

y acabar luego con todos los extranjeros, y aun con muchos de los indios amigos que acudieron en su defensa. Á la vista de los que acababan de desembarcar mostró la claridad del día los tristes despojos de esta tragedia. Aquellas armas esparcidas y rotas, aquellas ruínas abrasadas, aquellos cadáveres insepultos, estaban diciendo con mudas voces al ánimo afligido: «Aquí se dividieron los hijos de España.»—Enseñanza tan elocuente como desaprovechada en lo futuro.

Ved más tarde á Hernán Cortés al frente de una parte de su pequeño ejército, pasar en noche tempestuosa el río de las Canoas con el agua en los pechos; llamar cerca de sí á los principales cabos; hablarles de justa defensa, de lícita venganza y de exterminio, y aguardar á que la luz del relámpago ilumine el camino para seguir la marcha. Preso deja en Méjico al emperador Motezuma; no son indios los enemigos que le obligan á apercibir las armas: son españoles; y aunque el gran conquistador cae con la presteza y seguridad del águila sobre el campamento de Zempoala, desbarata á Pánfilo de Narváez, y se engrandece con sus despojos, las consecuencias de esta lamentable facción provocan en seguida la tremenda catástrofe, que aún conserva en la historia el expresivo nombre de la *Noche triste*. Aquellos gritos que exhalaban al ver las descubiertas entrañas de los miserables prisioneros sacrificados á los ídolos, antes eran acusadores de la discordia de los españoles que de la ferocidad de los indios.

Si recordáis el vasto imperio de Atahualpa, deshecho y dominado por un puñado de aventureros, fijad la consideración en el campo de Salinas, donde los parciales de Almagro y de Pizarro parten el sol, se buscan y matan con el mismo coraje que antes han ejercitado en los indios, que, testigos ahora del nefando combate, atruenan el aire con frenéticos gritos de alegría, al ver que deben á la discordia de sus opresores la venganza, que nunca pudieron esperar de sus propias manos.—Ni los merecimientos, años y achaques del sin ventura Almagro alcanzaron de su implacable enemigo que le concediera los pocos días que le restaban de vida; ni los grandes hechos de Francisco Pizarro detuvieron después las espadas de sus asesinos; ni la enseñanza de estos escándalos evitó la división de los mismos partidarios del hijo de Almagro, que, una vez triunfantes, reprodujeron en su seno los pasados disturbios, y precipitaron trágicamente al joven caudillo en la misma tumba de su padre.

Recordad la memorable expedición de catalanes y aragoneses; el enérgico *¡Desperta ferro!* de los almogávares puso espanto en Asia y cuidado en Europa. En defensa de Andrónico vencen á los turcos y los arrojan á los montes más ásperos de Armenia. La cruel ingratitud de los Paleólogos enciende su ira, y, vueltos contra su pérfido aliado, destrozan y afrentan todas las fuerzas del imperio griego; aniquilan el campamento de los Masagetas; muere á sus manos en campal batalla

el duque de Atenas, mal defendido de toda su nobleza y de las naciones que le auxiliaban. *Tracia, Macedonia, Tesalia y Beocia, penetradas y pisadas. á pesar de todos los príncipes y fuerzas del Oriente*, conservaron por mucho tiempo en su memoria la medrosa aparición de aquellos soldados invencibles.—Hasta sus mujeres defienden los muros de Galípoli, é imitando el valor de sus ausentes maridos, rechazan, escarnecidos y deshechos, á los genoveses. No dijo por éstas nuestro autor lo de *Las manos blancas no ofenden*. Pues, en medio de tantos peligros, en país tan remoto, teniendo que ganar á cuchilladas el sustento de cada día, bárbaramente pródigos de su sangre, volvieron contra sus mismos pechos aquellas pocas espadas que sólo su valor hacía capaces de contener la innumerable muchedumbre de sus enemigos, y de ninguno de ellos ni de todos juntos recibieron tanto daño como de sus propias envidias y feroces rivalidades.—Berenguer de Entenza, Rocafort, Garci Gómez Palacín, casi todos sus heroicos caudillos, perecieron devorados por la discordia. ¡Funesto testimonio de la ardiente indocilidad española!

Odiosa es esta parte de nuestro carácter; deslucimiento de muchas glorias, y estorbo de grandes felicidades: con pena la examino; pero no siendo el silencio el que ha de corregirla, permitid que diga, con la historia, que ni la conformidad de la fe, ni la igualdad de costumbres, ni los vínculos de la sangre, ni la mutua conveniencia, ni el común peligro, ni las exhortaciones evan-

gélicas, ni la hostia consagrada, partida en dos y comida á medias, como prenda y testigo de la alianza, fueron nunca poderosos, roto el freno de la monarquía, á contener nuestros espíritus rebeldes en los límites de la templanza, ni á reducirnos á prestar obediencia á los que en alguna manera podíamos conceptuar nuestros iguales.

He aquí el verdadero fundamento de la exaltación del principio monárquico, que, lejos de recibir su vida de la natural tendencia de los españoles á la servidumbre, estaba sostenido precisamente por todas las contrarias pasiones. No consecuencia de la humildad, sino razón de estado de la soberbia. Era indispensable levantar de tal modo la persona del Monarca, que, siendo imposible la rivalidad, fuera necesaria y constante la obediencia. Y, en efecto; un canónigo, sin más armas que una cédula real y un breviario, sosegó las turbulencias del Perú, y preparó la pacífica sucesión de los vireyes. Berenguer Estañol, delegado de un niño de la casa de Aragón, mantuvo en orden á los catalanes y aragoneses, pacíficos dominadores de Atenas, bajo el mando y protección de sus príncipes naturales. Espero que ningún crítico nacional ni extranjero se atreverá á buscar la causa de tanta sumisión en la mansedumbre de los conquistadores de América y en la humildad de los almogávares.

Á pesar de todo, nunca confundió Calderón la reverencia con el culto, y supo marcar límites al respeto.

Oid lo que dice una reina á una dama que se arrodilla á sus pies:

« De la tierra os levantad;
Que esas ceremonias son
De quien con vana ambición
Á lo divino se atreve;
Porque sólo á Dios se debe
Tan cumplida adoración.
En vano el hombre procura
Esto para sí usurpar;
Porque no debe adorar
La criatura á la criatura. »

Firmísima por tantas causas ha sido siempre la lealtad en pechos españoles; pero nunca fué menos enérgico el amor á la honra. Oid lo que dice un plebeyo, parangonando los dos afectos:

« Al Rey la hacienda y la vida
Se han de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios. »

Dice Vieil-Castel, y algunos le siguen, que es el honor en el Teatro español lo que era la fatalidad en el griego. Ni por su origen, ni por sus medios y resultados, convengo en semejante identidad.

Varias causas contribuyeron á vigorizar esta prenda de nuestro carácter, hasta el punto de hacer proverbial en el mundo el honor castellano. Heredamos de los godos aquella inquieta altivez, celosísima de su dignidad, y siempre pronta á remitir á las armas la satisfacción de cualquier ofensa. Tuvo en la guerra de la reconquista, como ya dijimos, su mayor estímulo y

su mejor empleo. El súbito acrecentamiento de nuestra monarquía, enalteciendo la honra de la nación, hizo más severa y hasta más arrogante la de cada uno de sus individuos. La costumbre de nuestros reyes de asistir en persona á los combates, dando ejemplo de posponer su vida al cumplimiento de sus obligaciones, mantenía más cuidadosos de las suyas, y más atentos á los ecos de su fama, á todos los caballeros que guerreaban en su presencia, y adquirían en los campamentos cierto carácter militar, que conservaban después en la vida doméstica, y hacía más difícil el pacífico arreglo de cualquier empeño en que directa ó indirectamente se atravesase la honra. Y estos caballeros eran casi todos los de España; y esta costumbre se dilató, con pocas excepciones, hasta el mismo Felipe IV, que estuvo al frente de su ejército en Cataluña. ¿No han de parecer soldados los galanes de Calderón, si en efecto lo eran? El mismo abuso del derecho de vincular que subdividió el Estado en pequeñas é innumerables monarquías domésticas, y la cláusula de muchas fundaciones, que obligaba al mayorazgo á usar un nombre ó un apellido determinado, generalmente el que recordaba las más altas glorias de la familia, ¿quién duda que contribuyó á dar solemnidad á la honra, haciendo que cada uno de los poseedores de un vínculo mirase el lustre y reputación de su casa, no como cosa propia, sino como depósito sagrado, de que había de dar estrechísima cuenta, lo mismo á sus abuelos que á sus nietos?

Nada deja que desear el Teatro de Calderón en esta materia. Desde las más sutiles cavilosidades del pundonor, hasta las más sencillas exigencias de la honradez; desde el empeño en que un incidente casual pone á varios caballeros de sacar las espadas, hasta las terribles consecuencias del agravio más trascendental en el hogar doméstico, no hay situación que no se presente, carácter que no se describa, ni teoría que no se desenvuelva.

En la célebre comedia titulada *Con quien vengo, vengo*, prometen separadamente los dos Ursinos, padre é hijo, apadrinar el uno á Sancho y el otro á Octavio en un lance que debe ser sangriento, según el agravio que lo motiva. Salen los cuatro al campo: al ver el hijo á su padre en el bando contrario, quiere buscar algún medio de que excuse el desafío: son notables las palabras del anciano:

«Cuando al lado de otro hombre
El que es caballero sale,
No ha de dar medio ninguno,
Porque él para nada es parte.
Con don Sancho vengo aquí;
Yo no soy mío este instante:
Bien hecho estará y bien dicho
Cuanto hiciere y cuanto hablare.
Si él riñere, he de reñir;
Haré paces, si hace paces;
Que yo con quien vengo, vengo,
Y aquí no conozco á nadie.»

Riñen Sancho y Octavio: padre é hijo, cum-

pliendo con la costumbre de la época, cruzan las espadas: ambos tienen por menos doloroso exponerse á derramar su propia sangre que dar ocasión á que se dude del cumplimiento de su palabra.

Los empeños de un acaso, ingeniosísima comedia, es un tratado completo de honor caballeresco.

Ni las mujeres se mostraban contrarias á esta peligrosa bizarría de los hombres; que antes participaban, á su modo, del mismo espíritu pendenciero: así aparecen en *También hay duelo en las damas*, *¿Cuál es mayor perfección?*, y muy especialmente en *El postrer duelo de España*. En esta comedia, no tan celebrada como merece, al reñir con su rival D. Pedro Torrellas, tiene la desgracia de que se le caiga la espada de la mano, y sufre la mortificación de deber la vida á la generosidad de su adversario. Divúlgase el lance, á pesar del secreto que ofrece el vencedor. Dos mujeres amaban á D. Pedro: ambas le abandonan. Una le dice:

« Estimo, don Pedro, y amo
Más que á vos á vuestro honor;
Y así, adiós, hasta miraros,
Don Pedro, vengado ó muerto. »

La otra aún es más altiva: asegura que jamás podrá pertenecer

«Á un hombre tan desairado,
Que en campal duelo la espada
Se le caiga de la mano,
Y para vivir conmigo
Venga con desdoro tanto,

Que lo que viva, lo viva
Á Merced de su contrario.»

Difícilmente se apartan los hombres de lo que aplauden las mujeres. D. Pedro, juzgando que su rival ha quebrantado la ley del secreto, y apoyado en los fueros de Castilla y de Aragón, pide campo al emperador Carlos V para probar, en singular batalla, que su contrario

«Anduvo mal caballero
En no matar con la espada
Á quien con la lengua ha muerto.»

Concede y preside el combate el mismo Emperador; y cuando manda que se suspenda, haciendo suya la honra de los combatientes, se vuelve al Condestable, y le dice:

«Escríbase luego al Papa
Paulo Tercero, que hoy
Goza la Sede, una carta
En que humilde le suplique
Que esta bárbara, tirana
Ley del duelo, que quedó
De gentiles heredada,
En mi reinado prohiba
En el Concilio que hoy trata
Celebrar en Trento.»

Ya veis que si el poeta pinta con entusiasmo y brío las cualidades mal empleadas en un duelo, el filósofo lo califica de bárbara y tirana herencia de gentiles. — Siempre que la pasión á la honra cae en error ó raya en fanatismo, expone, con el vigor que le es propio, la verdadera doctrina, aunque dejándose llevar después del torrente

de la opinión. Era demasiado español para no incurrir en este gallardísimo defecto.

No necesita, por cierto, ni protestas ni correctivos la conducta del singular alcalde de Zalamea, heroica representación de la honradez y dignidad de los plebeyos. De Calderón es la gloria de haber inventado los animados y bellísimos cuadros en que se desenvuelve este carácter, y de Extremadura la de contar entre sus hijos al enérgico y valeroso villano. Aún se conserva en Zalamea la tradición de este suceso: aún señalan sus vecinos el sitio en que estuvo la casa de Pedro Crespo y el cercano monte, teatro de la desgracia de su hija.

Al considerar la honra en su aspecto más importante, como garantía de orden y moralidad en el seno de las familias, todos sin duda recordaréis tres obras maestras del poeta madrileño: *El pintor de su deshonra, El médico de su honra,* y *Á secreto agravio, secreta venganza:* son creaciones concebidas con tanta valentía y ejecutadas con tanto acierto, que ellas solas serían suficientes á caracterizar una época y á ilustrar un teatro.

Igual es el asunto de los tres dramas, igual es el desenlace; pero ¡qué variedad en las escenas, qué diferencia en los caracteres, qué fecundidad en las situaciones! No aparecen aquí los celos, como en otras muchas de sus obras, bulliciosos y arrojados, sino que, hiriendo á la par todos los afectos más íntimos del alma, su misma importancia los hace silenciosos, y en la solemne re-

serva con que proceden anuncian de antemano sus terribles efectos.

Críticos hay que tachan de precipitados y aun bárbaros á estos maridos que castigan la sospecha de infidelidad con pena de la vida. D. Juan Roca halla á su mujer viviendo en compañía del hombre que se la ha robado, y oye que le dice:

«Nunca fueron
Tus brazos más agradables.»

Confesemos que hay motivos para sospechar. En este momento los mata, y con armas de fuego, con armas tan ruidosas como el escándalo movido por su desgracia. — Tenaz y evidente es la intención que abriga Leonor de ofender á don Lope de Almeida: ni la dulzura la retrae, ni la amenaza la asusta. No es necesaria la consumación del delito para justificar la conducta del marido. Secreto ha sido el agravio; de la misma naturaleza participa la venganza. — La doña Mencía de *El médico de su honra* es, sin duda, la más desventurada; pero si tenemos en cuenta, no lo que sabemos como espectadores, sino lo que aparece á los ojos de Gutierre Alonso Solís, comprenderemos que éste procedió movido, cuando menos, por tantos motivos como el mismo D. Lope, y que toda la desgracia de Mencía es hija legítima de su imprudencia. Es verdad que, después de detener á su amante, que quiere huir al saber que está casada; de aconsejarle, en presencia del marido, que busque y oiga *á la dama* de quien se cree ofendido; de hablar con

él en el jardín, adonde acude estimulado del anterior consejo, y después, en fin, de no hacer nada para evitar que se repita tan peligrosa escena, se queja Mencía de la conducta del Infante. — Es natural en las mujeres de todas las épocas, después de arrojar combustibles al fuego con sus propias manos, mostrarse sorprendidas y quejosas de la actividad de la llama. Convengo, no obstante, en que hay más desgracia que culpa en estas mujeres. Pudo el autor haber hecho igualmente justo el castigo de las tres; pero hubiera tenido, para conseguirlo, que rebajar grandemente su carácter moral, y jamás juzgó digna del arte la liviandad que procede de sí misma. — Repugnan, sin embargo, á nuestras costumbres estos maridos tan crueles, y mucho más si comparamos su ruda entereza con el dulce trato de los que ahora se usan. Pero esta extrañeza, ¿nace quizás de que, estando nosotros más penetrados de la caridad evangélica, nos inclinamos naturalmente á perdonar nuestras injurias, y á amar á nuestros enemigos, ó tiene acaso su origen en que, derramada nuestra existencia en plazas, cafés, casinos y asambleas, ha perdido su concentración la vida doméstica, y nos sentimos incapaces de todas las resueltas acciones que son hijas de la integridad de los afectos? No hace á mi propósito contestar ni examinar esta pregunta: bástame consignar que Calderón manifestó en muchos pasajes de sus obras lo que pudiera haber de erróneo en esta materia, y con más valentía que nadie hasta entonces lo había

hecho, en aquel monólogo de D. Juan Roca, que empieza diciendo:

«Poco del honor sabía
El legislador tirano,
Que puso en ajena mano
Mi opinión, y no en la mía.»

Y tengan en cuenta los que acusan á Calderón de haber exagerado monstruosamente las costumbres de su tiempo, que las leyes de Partida, vigentes entonces en esta materia, consentían al marido ultrajado la facultad de ejecutar la pena de muerte dentro de su casa; facultad de que usaron con harto lastimosa frecuencia.—Ya Lope de Vega, pues no es otro el protagonista de la *Dorotea*, nos cuenta, al evocar entristecido los recuerdos de su primera juventud, que aquella su hermosísima prima á quien debió las primeras caricias amorosas, murió violentamente á manos de su celoso marido. — En 1643, cuando el genio de Calderón brillaba en su apogeo, también los celos de dos maridos, según Pellicer, costaron la vida á dos mujeres. Tal vez á la circunstancia de ser uno de ellos pintor, debemos *El pintor de su deshonra.* Así lo indica el erudito colector de sus obras, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, ilustre compañero nuestro, á quien siempre deberán las letras españolas, no sólo la riqueza de sus inspiraciones propias, sino la constante y virtuosa aplicación con que ha procurado el lucimiento de las ajenas.

Y si no basta lo dicho para disuadir de su en-

gaño á los que tienen á Calderón por un soñador extravagante, yo pondré delante de sus ojos tal documento, que haga patente, á pesar suyo, la completa identidad que existe entre las obras calderonianas y las costumbres de aquel tiempo.— Si en alguna parte es posible oir alguna vez la verdad desnuda de todo artificio, es, sin disputa, en el tribunal de la penitencia. ¿Quién duda, Señores, que es este sitio el más acomodado para conocer íntimamente los resortes y la naturaleza de un pueblo católico? Pues oid lo que el maestro Fr. Pedro Malón de Chaide dice con respecto á los caballeros de su tiempo, adoctrinado con la práctica del confesonario: «Decidles á éstos que miren el Evangelio que profesaron: que miren que dice Dios que si no perdonan, que no los perdonará; decidles que les va no menos que el alma en ello; que miren que la verdadera honra es servir á Dios y ser buenos cristianos; decidles que Dios se lo ruega desde una cruz donde está Él mismo rogando por los que le quitaron la vida; tomad aquella sangre que derrama, y así caliente como sale, dadles con ella en el rostro y decidles: «Esta sangre sea testigo de tu con»denación el día de tu muerte, pues ni por ella »quisiste perdonar á tu hermano;» que aunque hagáis todo esto, no hayáis miedo que persuadáis á uno de estos honrados cristianos, y que por tales se tienen, á que perdonen una injuria; y si en ello les tratáis, os dirán que les tratéis primero de que son caballeros; después les acordaréis que son cristianos.» Esto mismo hubiera

dicho Calderón en el púlpito: en el teatro no hablaba él, sino los caballeros á quienes increpa Malón de Chaide.

Ya veis que aquellos caracteres que, en fuerza del vigor con que están descritos, parecen los más exagerados, son precisamente los que se acercan y aun confunden con la verdad.

Aquella dulce y poderosa pasión, alma del arte, encanto de la vida y perpetua invasora de las regiones ideales, aparece en su teatro con la expresión propia del tiempo y del carácter en que se desenvuelve, y sin perder nunca ninguno de los atributos con que reina por igual en todos los humanos.—Un vicio de su época y una gran cualidad de nuestro autor han contribuído igualmente á que muchos le juzguen incapaz de sentir y expresar afectos amorosos.—Cierto que su estilo, enérgico y dramático por excelencia, cae frecuentemente en afectación; no le disculpo; él mismo se burla de ella en varios pasajes de sus obras, y en uno asegura formalmente *que muchas veces descaece el que escribe de sí mismo, por conveniencias del pueblo ú del tablado.* Y así, pues, incurrió en este defecto por acudir á la primera y más perentoria necesidad de un autor dramático: la de ganarse su auditorio.—No es menos nocivo al arte el contrapuesto realismo, hoy proclamado como sistema: temo que pase á contagio; porque es más fácil imitar los groseros modelos que nos rodean, que remontarse á las peligrosas esferas de la fantasía, donde también reside la verdad, pero pura y sublime, y sólo

perceptible á la mente inspirada.—El ardiente espiritualismo que le caracteriza le ha granjeado la indiferencia de todas las almas que aguardan para conmoverse el aviso de los sentidos : creyó Calderón que sólo el espíritu era digno campo de las pasiones en que el arte se emplea , y siempre desdeñó el fácil camino de sobornar la materia para ganarse la voluntad y excitar el entusiasmo. —Hijo del alma es el lenguaje de todos sus enamorados, y merced al crédito que adquieren, tolera el decoro sin impaciencia la atrevida conducta de algunas de sus damas.

Pero prescindamos del colorido, y fijemos la vista en el dibujo ; no confundamos el traje con la figura , y veremos que, á pesar de la balumba del guarda-infante, la mujer es bella, cariñosa y altiva , y que la actitud del galán, no obstante su cuello acanalado y pomposo, es digna é imponente , y su fisonomía enérgica y apasionada.

Si examinamos en conjunto todas las formas en que presenta la pasión amorosa, hallaremos agotadas en su teatro cuantas penas, placeres, travesuras, hazañas y crímenes puede inspirar al hombre.

Animando la encantadora fábula de los griegos, nos presenta al hijo de Venus que, embelesado en la hermosura de Psiquis , depone el arco y la flecha , y herido con sus propias armas, y sintiendo en su pecho todas las penas que ha producido en los ajenos, manifiesta , con general alborozo de sus víctimas, que *Ni amor se libra de amor.* Hércules , vencedor de hidras y sier-

pes, recobra nueva vida, y sintiendo de nuevo su pasión á Iole, confiesa apenado que, si él ha vencido fieras, *Fieras afemina amor*. Aura, ninfa de Diana, en quien la diosa castiga delitos amorosos, al convertirse en aliento de las flores, en alígera mensajera de quejas y suspiros y en sutilísima inspiradora de dulces afectos y celosas inquietudes, presenta el magnífico espectáculo de la naturaleza entera alternativamente inquieta y embelesada al vivífico soplo del amor.—Desciende á la vida real sin perder en nada su grandeza, y sabe dar á los cuadros más íntimos y familiares aquella maravillosa lontananza en que consiste el gran secreto del arte.—*Antes que todo es mi dama*, exclama D. Félix corriendo á socorrerla, y anteponiendo esta obligación á todas las que al mismo tiempo y con igual empeño le solicitan.—*No hay burlas con el amor*, confiesa afligido el desenfadado D. Alonso al sentirse profundamente enamorado de aquella peritísima señora, á quien por burla comenzó á requebrar.—Verdadero y sublime es el amor de D. Carlos en *No siempre lo peor es cierto*: al sentirse ofendido de su dama, domina valerosamente sus celos, y, creyendo comprometido el honor de ella, acude á restaurarlo, pretendiendo casarla con el hombre á quien juzga amado; porque un pecho generoso no puede tomar otra venganza de una mujer que obligarla á comprender el noble corazón que ha perdido.—Tremendos son los efectos de la amorosa llama en la singularísima creación de *La hija del aire*. Aquel Menón, favorito de Nino,

que al dar libertad á la salvaje Semíramis se apasiona de ella hasta el punto de intentar elevarla desde la gruta en que la encuentra hasta el palacio en que él habita; que, competido después por su rey, insiste en su empeño y tiene el valor de confesárselo á él mismo, y envenenado con el recuerdo del momento en que fué correspondido, suelta la rienda á su pasión y pierde la privanza, la hacienda, el honor y hasta los ojos, que el Rey, ya tirano, manda sacarle para que no la vea; y aun así busca á tientas los sitios donde pueda oir aquella voz tan funesta como idolatrada: aquel Rey tan justo por su naturaleza, tan impío por su pasión; aquella soberbia Semíramis, que abandona á su bienhechor, avasalla á su soberano y sube al trono pensando en mayores grandezas, dejan el ánimo conmovido y absorto, tristemente considerando que no hay catástrofe á que el amor no pueda conducir, ni sima más difícil de llenar que el alma de una mujer ingrata.

El Tuzaní de las Alpujarras nos enseña á *Amar después de la muerte;* y puesto que el amor traspasa la tumba, más allá de sus dinteles le persiguen los desesperados celos del Tetrarca de Jerusalén.

Vemos, pues, que la religión, el valor, la lealtad, la honra y el amor, tienen en su teatro la misma importancia que en su tiempo.

Humano y universal, sin dejar nunca de ser español, compuso sus obras con los mismos elementos que constituían nuestro carácter. Ani-

madas por su genio, contemplamos eternamente vivas las altas cualidades de nuestros padres, como, merced á la ceniza del Vesubio, nos paseamos hoy por las calles de Pompeya.

Ésta, que era parte, se ha convertido en cuerpo de mi discurso, ganando insensiblemente el espacio destinado á las otras.—Eso tienen los grandes monumentos arquitectónicos: la armonía del todo disminuye el tamaño de cada una de las partes, que, examinada aisladamente y de cerca, cobra de súbito sus colosales proporciones.

No puedo ya detenerme en contestar minuciosamente, como era mi propósito, á todos los cargos fulminados contra nuestro autor, desde que en el siglo pasado comenzó á penetrar nuestra literatura el espíritu francés hasta la triunfante aparición del romanticismo: revolución á que en gran manera contribuyó la influencia contrariada, pero nunca extinguida, de las obras que analizamos: batalla que, como el Cid, ganó Calderón después de muerto.

Ordenando los inmensos materiales hacinados por Lope, y cuidando ante todo de la disposición dramática de sus planes, no niego que sólo cultivó sus otras cualidades lo necesario para manifestar que las poseía; género de descuido que ha dado ocasión á muchos de sus críticos para acusarle de incorrección en el estilo, de falta de provechosa doctrina en los asuntos, y de variedad en los caracteres.

Cierto que era incorrecto; pero como lo es, examinada por partes, la naturaleza: estos deta-

lles defectuosos, sólo vistos desde la altura del conjunto, adquieren sus debidas proporciones. Perfectísima hallaríamos la naturaleza, si pudiéramos contemplarla desde la mente del Creador. Indignos sin duda de entender en estas materias son los que pretenden convertir al artista en mero expositor de máximas morales, ó en juez severo que administre recta justicia entre los personajes de su fábula. Juzguemos de la moralidad de una obra por los instintos ó pasiones que despierte; por la impresión final que deje en el alma, y no por la acertada distribución de premios y castigos. —Y en cuanto al provecho, harto sirve á la humanidad el que la ennoblece cultivando su imaginación; facultad del alma, que, suprimida, se llevaría consigo todo el encanto de la existencia. Bien pudiera evocar, á más de los ya citados, nuevos caracteres que defendieran á su autor del cargo injusto de no saber describirlos ni variarlos: vendría entre ellos aquel D. Lope de Figueroa, tan sobria y magistralmente trazado, que al crítico francés Viel-Castell, que ignoraba que fuese un personaje histórico, hizo exclamar: «Este hombre parece que ha existido.» No juzgo necesaria mejor defensa.

Ni ya me es posible, sin fatigar vuestra atención, considerar á Calderón como filósofo, ni, lo que más siento, examinando el Teatro anterior á su tiempo, dentro y fuera de España, demostrar los grandes y variados recursos y felices innovaciones que introdujo en el arte; tanto como á su ardiente españolismo, debió á esta rara

cualidad el cetro que Quintana acata en sus manos.

La perspectiva teatral, clara siempre á sus ojos, como nota entusiasmado Schlegel; el inmenso horizonte de que rodea los cuadros que traza; la fría exactitud con que calcula el efecto; la rica fantasía con que lo poetiza; cualidades antitéticas, que nadie, antes ni después, ha logrado juntar en grado tan eminente; la inagotable inventiva de su fábula; la amplitud con que la dispone; la facilidad con que la reconcentra; la serena superioridad con que la domina, apareciendo siempre lógico y siempre inesperado, ponen en su teatro un sello de grandeza y originalidad, que nosotros no podemos apreciar cumplidamente; porque, difundida su influencia por todas las venas de la literatura dramática, antes hemos conocido las imitaciones que el modelo, y no percibimos en toda su fuerza la alta novedad, que con tanto regocijo y asombro gozaron sus primeros espectadores.

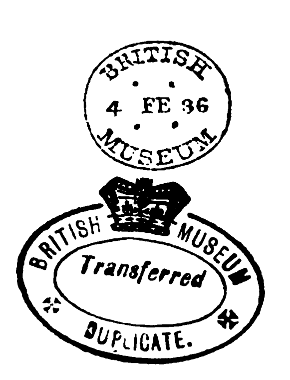
Corneille le debe su *Heraclio*; Molière halló sus *Mujeres literatas* en *No hay burlas con el amor*. En *El mágico prodigioso* está *El Fausto*, de Goethe. *Gustos y disgustos son no más que imaginación*, sugirió á Dumas la *Gabriela de Belle-Isle*. En *La hija del aire* están idénticos los caracteres que dieron vida á *Catalina Howard*. Una sola cualidad de Calderón le bastó á Scribe para dominar por largo tiempo el teatro de Europa. Muchos son sus imitadores; todos sus favorecidos.

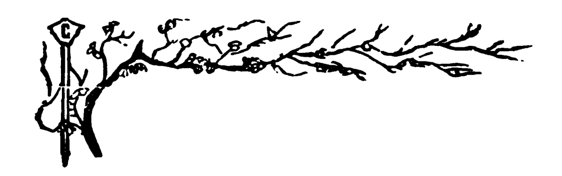
No ha dado después el Teatro un paso tan gigantesco como el que dió á su impulso. Si en él expuso una sola civilización, hizo capaz su esfera de contener todas las sucesivas evoluciones del espíritu. El alma es de su tiempo; la forma parece inspirada por el presentimiento de los futuros.

La patria le debe un monumento elevado en honra de todas sus grandezas morales; el mundo la dilatación de las fronteras del arte; y un alto ejemplo de integridad y honor los que fueron testigos de su vida. — El poeta despertó un entusiasmo que aún no se ha extinguido; el hombre mereció un respeto á que jamás osaron la mordacidad ni la envidia en el siglo de Quevedo y Villamediana. — ¡ Rara y dichosa unión de la virtud y el genio ! ¡ Feliz mil veces quien tales dones recibe del Creador, y más feliz todavía quien tan dignamente los emplea !

FIN.




BRITISH
4 FE 36
MUSEUM
BRITISH MUSEUM
Transferred
DUPLICATE.



ÍNDICE

Págs.

POESÍAS VARIAS.

AMORES Y DESVENTURAS.

PROYECTOS DE COMEDIAS.

EL ÚLTIMO DESEO.

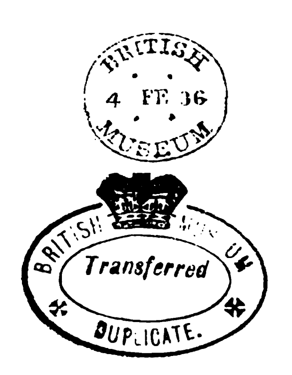
YO.

EL CAUTIVO.

TEATRO VIVO.

CONSUELO.

Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Antonio Pérez Dubrull,
el día 30 *de Junio*
del año de
1885


BRITISH
4 FE 36
MUSEUM
Transferred
DUPLICATE.

SUSCRITORES Á LOS EJEMPLARES DE LUJO.

PAPEL CHINA.

Núm. *I.*—Sr. D. León Medina.
II.—Sr. D. José de Fontagud Gargollo.

PAPEL WHATMAN.

Letra *A.*—Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.
B.—Sr. D. Gonzalo Ramos Ruiz.
C.—Sr. D. Alberto Urdaneta.
D.—Sr. D. Miguel Antonio Caro.
E.—Sr. D. Miguel Antonio Caro.
F.—Sr. D. Miguel Antonio Caro.
AA.—Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.
BB.—Sr. D. Isidoro de Urzaiz y Garro.
CC.—Excmo. Sr. Marqués de Comillas.
DD.—Excmo. Sr. Marqués de Comillas.

PAPEL TURKEY-MILL.

b.—Sr. Vizconde de Bétera.
c.—Excmo. Sr. D. Bonifacio Cortés Llanos.
d.—Sr. D. Isidro Bousoms.
l.—Sr. D. José de Fontagud Gargollo.
y.—Sr. Conde de Santiago.
aa.—Sr. D. Emilio Santillán.
bb.—Excmo. Sr. Marqués de Comillas.
cc.—Excmo. Sr. Marqués de Comillas.
dd.—Sr. D. Ricardo Sepúlveda.

PAPEL DE HILO ESPAÑOL.

Núm. 1.—M. Murillo.

2.—Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

3.—Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.

4.—Sr. D. José Enrique Serrano y Morales.

5.—Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.

6.—Sr. D. Luís González Burgos.

8.—Sr. D. José María Octavio de Toledo.

9.—Sr. D. Manuel María de Peralta.

10.—Sr. D. Leocadio López.

11.—Sr. Marqués de Viluma.

13.—Excmo. Sr. D. Salvador Albacete.

14.—Sr. D. Galo de Zayas Celis.

15.—Sr. D. Donato Guío.

16.—Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.

17.—Sr. Marqués de Cerralbo.

18.—Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares.

19.—D. Juan Llordachs.

20.—D. Juan Llordachs.

21.—D. Fernando Fe.

22.—D. José Vivés Ciscar.

23.—D. Juan M. de Goyeneche.

26.—D. Augusto Pecoul.

27.—Sr. D. Fernando Fernández de Velasco.

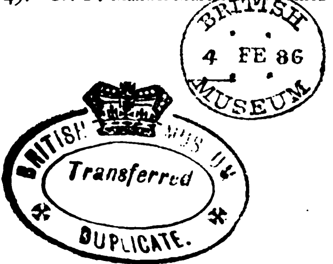
29.—Biblioteca de San Isidro de Madrid.

32.—Sr. Marqués de Olivart.

38.—Sr. Conde de Isla Fernández.

43.—Excmo. Sr. Conde de Peñaranda de Bracamonte.

45.—Sr. D. Manuel Marañón y Gómez Acebo.



COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS.

ROMANCERO ESPIRITUAL del Maestro Valdivielso.—Un tomo, con retrato del Autor, y prólogo del P. Mir, 4 pesetas.—Ejemplares especiales á 6, 10, 25, 30 y 250 id.

TEATRO de D. A. L. de Ayala.—Tomos I, II, III, IV, V y VI: el 1.º, con retrato del Autor, 5 pesetas: los restantes á 4 pesetas.—Ejemplares especiales á 6, 7 1/2, 10, 25, 30 y 250 id.

POESÍAS de D. Andrés Bello, con prólogo de D. M. A. Caro, Director de la Academia Colombiana, y retrato del Autor. —(Agotada la edición de 4 pesetas.)—Hay ejemplares especiales de 6, 10, 25 y 30 pesetas.

ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo con retrato del Autor y prólogo de D. Juan Valera, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

EL SOLITARIO Y SU TIEMPO, *biografía de D. Serafín Estébanez Calderón, y crítica de sus obras,* por D. A. Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con el retrato de D. Serafín Estébanez Calderón, 8 pesetas. — Ejemplares especiales.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Tomos I y II (éste en dos volúmenes), 13 pesetas.—Ejemplares especiales.

ESCENAS ANDALUZAS, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

DERECHO INTERNACIONAL, por D. Andrés Bello.—Dos tomos, 8 pesetas.—Ejemplares especiales.

VOCES DEL ALMA, por D. José Velarde.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con el retrato del Autor, 10 pesetas.—Ejemplares especiales.

ESCRITORES ESPAÑOLES É HISPANO-AMERICANOS, por D. Manuel Cañete.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

CALDERÓN Y SU TEATRO, tercera edición, por D. M. Menéndez y Pelayo.— Un tomo, 4 pesetas.

